

**LA CATEGORÍA CUERPO: UNA APROXIMACIÓN MORAL A LAS
CATEQUÉISIS SOBRE LA TEOLOGÍA DEL CUERPO DE JUAN PABLO II**

CÉSAR FERNANDO FRANCO NÚÑEZ

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

BOGOTÁ

2013

**LA CATEGORÍA CUERPO: UNA APROXIMACIÓN MORAL A LAS
CATEQUÉSIS SOBRE LA TEOLOGÍA DEL CUERPO DE JUAN PABLO II**

CÉSAR FERNANDO FRANCO NÚÑEZ

Trabajo de grado para optar por el título de

Licenciado en Teología

Tutor

CARLOS ALBERTO BRICEÑO SÁNCHEZ

Teólogo

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

BOGOTÁ

2013

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a mis padres, hermana y familia, quienes siempre han creído en mis capacidades y han apoyado cada decisión que he tomado. De igual forma a la Congregación de los Clérigos Regulares Somascos, pues como familia religiosa me han acogido y apoyado en todo mi proceso formativo, dándome la oportunidad de crecer como persona y como religioso entregando mi vida por la humanidad, especialmente por la juventud huérfana y abandonada a ejemplo de San Jerónimo Emiliani.

Dedico además este trabajo a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, quienes no sólo me han aportado el conocimiento, sino me han llevado a descubrir que la academia aparte de ser un cúmulo de saberes, es el lugar donde cada saber está puesto para servir desinteresadamente a ejemplo de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios.

AGRADECIMIENTOS

Principalmente le agradezco a Dios porque me ha dado la vida y ha despertado en mí ese deseo por querer seguirlo, deseo que poco a poco me ha hecho descubrir lo grande y maravilloso que es con la humanidad, llevándome a plantear esta propuesta de investigación que puede ayudar a comprender mejor que el actuar humano está en perfecta consonancia con el actuar divino.

Le agradezco también a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana por abrirme sus puertas ampliando mi conocimiento y calmando mi sed de saber, el cual me ha hecho comprender que Dios no es algo abstracto, absurdo e incomprensible, sino toda una realidad que hace parte de mi vida y de la humanidad entera, y como teólogo es mi deber ayudar a abrir los ojos de aquellos que aún no entienden ni conocen esta participación divina.

Y sobre todo le agradezco a la Congregación de los Clérigos Regulares Somascos por darme la oportunidad de alimentar mi vida intelectual para llevar todo este saber a la práctica, una práctica que no se queda en la cátedra, sino en compartir la vida con los niños y jóvenes de nuestras instituciones de protección, quienes esperan descubrir a un Dios que verdaderamente los acoge y nos los excluye a pesar de su adversa situación de vida.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I: LA TEOLOGÍA MORAL Y SU REFLEXIÓN SOBRE LA CATEGORÍA CUERPO	20
1.1 La Teología Moral.....	21
1.2 La Categoría Cuerpo.....	31
1.3 Teología Moral y Categoría Cuerpo.....	43
CAPITULO II: CARACTERIZACIÓN DE LA CATEGORÍA CUERPO DESDE LAS CATEQUÉSIS DE JUAN PABLO II	50
1.1 Justificación de escoger las catequesis de Juan Pablo II sobre la Teología del Cuerpo	51
1.2 Catequesis de Juan Pablo II sobre la Teología del Cuerpo	55
1.3 El cuerpo como nuevo cauce teológico para la Teología Moral	76
CAPÍTULO III: TEOLOGÍA MORAL COMO PEDAGOGÍA DEL CUERPO.....	85
1.1 Educación y Pedagogía.....	88
1.2 Teología Moral y Pedagogía	94
1.3 Teología Moral ¿Pedagogía del Cuerpo?	100
1.3.1 Teología Moral como Pedagogía del Cuerpo	101
1.3.2 Aproximación pedagógica sobre el cuerpo: construcción de identidad humana	107
CONCLUSIONES.....	117

BIBLIOGRAFÍA	122
CIBERGRAFÍA	124

INTRODUCCIÓN

La teología moral enfoca su mirada en el obrar humano y desde allí logra descubrir que ese obrar tiene un fundamento, una base que le orienta y le hace comprender el porqué de su actuar. Ese fundamento es Dios mismo, quien se revela y espera que el hombre le dé una respuesta positiva para así establecer una relación mutua, que poco a poco va creciendo y se va fortaleciendo gracias a la fe. Pero además y unido a ese fundamento existe un referente puntual que da sentido y brinda apoyo no sólo a la reflexión que de allí surge, sino al actuar del ser humano en el contexto social; es Jesucristo ese referente que al mismo tiempo es modelo y guía para el existir humano.

No es raro que el estudio de la teología moral se convierta en problema para quienes estén interesados en ello. Y esto por diversas razones. En primer lugar, por la complejidad cada vez mayor de la asignatura. La teología moral comparte esta suerte con todas las demás disciplinas científicas. La vida, cada vez más complicada, hace que se multipliquen los interrogantes¹.

Estas palabras de Klaus Demmer MSC en la introducción de su libro “Introducción a la Teología Moral”, han suscitado un deseo y un reto muy grande por querer realizar este trabajo investigativo, pues como lo sugiere además el título del libro escrito por Juan Masia Clavel S.J., “Moral de Interrogaciones”, la moral ha sido un tema que ha cuestionado e interrogado a hombres y mujeres a lo largo de los siglos, quienes poco a poco han descubierto que su obrar, no se da sólo de manera instintiva, sino que en el fondo hay toda una intencionalidad con sentido y razón de ser que lleva al ser humano a caminar por el mundo, avanzando y haciendo que cada paso que da esté bien enfocado hacia un horizonte y un rumbo claros que le dan al ser humano motivos para actuar coherentemente.

Al desarrollar este trabajo investigativo, vienen a la mente algunos de esos cuestionamientos que a lo largo de la historia han inquietado al hombre y le han llevado a tratar de encontrar respuestas en diversos lugares. Algunos de esos lugares han sido claros, otros complejos y algunos hasta confusos, pero poco a poco han hecho que el ser humano vaya interpretando y comprendiendo su realidad.

¹Demmer, *Introducción a la teología moral*, 4.

En ese cuestionarse surge la pregunta más que por un lugar, por una condición, es más, por un instrumento y hasta un objeto que hace parte esencial de nuestra vida y que a decir verdad, poco se ha tratado en teología moral; se trata nada más y nada menos que del cuerpo, una categoría humana que hace parte de nuestro ser y que por muchos siglos ha sido considerado como algo que materialmente se destruye y sólo sirve para crear máscaras y mostrar realidades ocultas.

Desde la época de los griegos, el cuerpo ha sido visto bajo una postura dualista. “Platón lo ve como la cárcel del alma, cuya misión ha de terminar cuando el alma esté totalmente purificada y pueda así retornar al lugar de donde salió; Aristóteles por su parte con su teoría del hilemorfismo busca demostrar que el hombre como substancia está conformado por materia y forma, lo cual mantiene una unidad, pero a decir verdad no descartada del todo la visión dualista”². Estas interpretaciones han llevado a pensar que el cuerpo no puede ser solamente una cosa, ha de ser visto desde otro enfoque, otra perspectiva que deje de lado lo puramente material.

Al elaborar esta investigación, surge una comprensión más profunda que pretende dejar ver el cuerpo desde una nueva perspectiva. El cuerpo ha de visto ahora como el auténtico lugar desde el cual todo obrar y comprensión humana cobra un sentido distinto al de una visión puramente material. Pero ese cuerpo no es ajeno a la realidad humana, está unido al hombre y hace parte de su experiencia cotidiana; él le permite relacionarse con sus semejantes interactuando y teniendo cierta conducta que le va dando identidad.

La unidad que conforma al ser humano tanto física como espiritualmente, deja ver además algunas realidades que a veces pasan desapercibidas o poco interesan: lo esencial, lo existencial y lo trascendental. Tales realidades muestran que el hombre es un ser integral que además se cuestiona y busca a través de su actuar respuestas que lo conduzcan a hallarle sentido y razón a su vida y su participación en el mundo.

Hablar del cuerpo no es tarea fácil, es una realidad que aunque tiene todo un fundamento histórico ha sido entendido de una manera tan diversa que se ha alejado cada vez más de la

²Cfr. Lago García, Carlos. “Antropología filosófica: el ser humano como problema filosófico” (noviembre de 2007) [citado el 26 de octubre de 2012], disponible en: http://cita.eap.edu/moodle/pluginfile.php/1831/mod_resource/content/1/Filosofia/Antropologia_Filosofica.pdf

auténtica realidad que representa en la vida del hombre. El ser humano está mediado por un contexto, allí es donde se mueve, interactúa, se relaciona y asume las distintas comprensiones de sí mismo y de los demás; desde este lugar llamado hombre es que la teología ha desarrollado toda su argumentación epistemológica, dejando ver que dicha realidad humana no es ajena a la realidad divina, y allí opera una experiencia que no sólo fortalece sino da sentido y razón de ser al hombre.

Lo que aquí se toca de fondo es que hay una realidad humana que poco se ha comprendido claramente, la teología moral intentando acercarse ha creado todo un andamiaje epistemológico revelando el camino que el hombre ha de seguir para que su relación con la divinidad y puntualmente con el otro no quede en el vacío (el Evangelio y la experiencia humana). La categoría cuerpo siendo parte esencial del hombre y por ende de su camino y relación con el otro se torna entonces como el cauce, el lugar sobre el cual la teología va no sólo a dar un aporte sino a identificar como un aspecto primordial que contribuye enormemente al crecimiento y formación humana.

No se trata de desvirtuar los aportes que en distintos campos de la teología moral se han dado, lo que se busca es despertar desde la conciencia una reflexión teológico-moral que ayude a vislumbrar que el cuerpo es uno de los lugares para realizar teología y desde allí, se puede generar un aporte en la formación de la conciencia y en la construcción de un adecuado proceso educativo, que tenga en cuenta el valor de la persona como aspecto que edifica y dignifica la vida humana.

Si el cuerpo es el lugar desde el cual la teología se fija para ampliar su horizonte de comprensión sobre el hombre, y teniendo además presente que la experiencia humana ha de estar articulada con la experiencia de Dios para producir una experiencia integradora que acompaña y fortalece el proceso humano, vale la pena preguntarse entonces:

¿El cuerpo se constituye, a partir de las catequesis de Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo, como un cauce teológico de la reflexión moral?

Ante este problema es importante conocer las diversas posturas que sobre el cuerpo ha tenido la teología moral, pues ello permite vislumbrar su comprensión ayudando además a

realizar una aproximación moral a una teología del cuerpo, que ve en él el auténtico lugar teológico.

En este sentido es muy significativo el aporte que el magisterio de la iglesia ha hecho en cuanto al tema del cuerpo, donde se busca mostrar que el hombre en su imperfección está y debe estar en camino de santidad; para ello ha de entender que el cuerpo es imagen de Dios. Esto, según Juan Pablo II, “está revelado en la Sagrada Escritura, y los Padres de la Iglesia lo descubrieron y presentaron para que la humanidad recordara que ha sido creado a imagen de Dios, ha sido llamado a gozar de la comunión con Dios y a actuar de manera coherente demostrando que Dios habita en él”³.

En esta misma reflexión sobre el cuerpo, Juan Pablo II poco a poco va abriendo el horizonte de comprensión pero no sin salirse de la perspectiva magisterial. Por ejemplo, tomando a San Pablo en su primera carta a los Tesalonicenses deja ver claramente que el cuerpo ha de estar puro para recibir a Dios; esto sin duda alguna muestra una clara referencia a la dicotomía griega cuerpo-alma. Sin embargo tiene muy en cuenta en la visión paulina aquella unión de Cristo con su Iglesia; aquí la adhesión de los miembros al cuerpo es fundamental, por tanto el cuerpo tiene una connotación más profunda que rompe incluso con dicha dicotomía (cfr. Catequesis Enero 28 de 1981).

Ahora, en otras reflexiones hace clara referencia al tema de la resurrección, del matrimonio, el celibato, la virginidad, el adulterio, etc., en fin, devela todo un campo de acción donde participa la categoría cuerpo muy relacionada con las acciones y la conducta humana.

Desde la moral y la ética hay autores muy importantes que trazan el camino dejando ver que el actuar del hombre está relacionado con el actuar de Dios en él, es decir, que la “Revelación y la fe enriquecen al hombre en su captación del hombre, supuesto que Cristo es novedad absoluta en el orden de la creación”⁴.

Bajo este referente moral encontramos además autores como Tony Mifsud, Marciano Vidal, López Azpitarte, Benjamín Forcano, Juan Masia Clavel, quienes de algún modo se

³ Catequesis “sobre la teología del cuerpo” en Juan Pablo II. El Magisterio de la Iglesia: Sobre la sexualidad – Matrimonio – Familia. [citado el 11 de febrero de 2012], disponible en: <http://www.mscperu.org/matrimofam/1matrimonio/1catTeolCuerp/teolcuer02.htm>

⁴ Múnera, *Moral: líneas para una teología moral general*, 6.

centran en el problema humano; es el hombre el punto de partida sobre el cual recae no sólo una reflexión sino el discernimiento que desde la moral puede y debe hacerse a la perspectiva antropológica para no quedarse en meras especulaciones y discursos que intentan opacar la realidad del hombre. Ello es lo que realmente interesa en el discurso moral, el hombre en su obrar pero en relación a la Revelación; y es a partir de la apropiación de esa Revelación que el hombre enfoca su conducta dejando ver que la participación de Dios en la vida humana tiene sentido. Jesús siendo Dios mismo encarna esa ley, esa norma de vida que transmite el Padre y que busca conducir al hombre a la plenitud de la vida.

Carl A. Anderson y José Granados se unen también a esta interpretación sobre el cuerpo basando sus reflexiones en la propuesta que surge de las catequesis de Juan Pablo II, donde se descubre una nueva perspectiva para la teología, la teología del cuerpo. El hombre como ser creado recibe de Dios el amor, y sólo es posible transmitirlo a través del cuerpo, de allí que éste no sea un objeto, sino realmente el lugar que alberga a Dios.

Bajo estas líneas la categoría cuerpo toma forma, cobra sentido e importancia, pues como nos los plantea la Conferencia Episcopal de Colombia:

“El hombre es “espíritu corporal”; el hombre existe encarnado y por medio del cuerpo se relaciona con el otro. No sería posible generar comunicación si no hay cuerpo, por ello este se convierte en el primer signo de la interioridad, es decir, que el hombre genera una comunicación simbólica o sacramental a través de su cuerpo”⁵.

Esto es sumamente interesante, ya que se ve cómo el cuerpo siendo una categoría humana es además el punto de referencia sobre el cual recae la acción de Dios; es por eso que San Pablo cuestiona a la comunidad de Corinto: ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo. (1Cor 6, 19).

Sin lugar a dudas el tema del cuerpo genera interrogantes, es a partir de allí que se puede construir toda una reflexión, un discurso, un aporte, una invitación, una exhortación, etc., pero esto no basta, hay que buscar superar el cosmocentrismo griego para mantener la

⁵Conferencia Episcopal de Colombia, *Compromiso moral del cristiano*, 188.

unidad que sólo se da por la comunión interior y exterior. La experiencia humana es clave para comprender tal unidad, por ella se llega a descubrir esa participación divina en la humana ayudando a construir una moral que sienta sus bases en un referente claro: Cristo. Este referente muestra un camino, un cauce, un lugar sobre el cual verdaderamente haya una construcción sólida. En este caso el cuerpo sería ese lugar – del que tanto habló Jesús incluso en perspectiva escatológica (resurrección) – donde la teología junto a sus fuentes: Sagrada Escritura, Tradición, Magisterio, podría generar un gran aporte que oriente los distintos procesos sociales que en relación al cuerpo han llevado a discriminaciones y malas interpretaciones.

A nivel teórico es importante también conocer la estructura conceptual que de manera disciplinar, es decir teológica, y además interdisciplinar, se presenta en relación al tema del cuerpo. Esto sin lugar a dudas abre el horizonte de comprensión y ayuda a vislumbrar de forma puntual todo aquello que teóricamente puede aportar a la visión del cuerpo como el auténtico lugar teológico.

Marciano Vidal en cuanto a la ética y la moral (*planteado en la Moral Fundamental – Moral de Actitudes, tomo I*), da un aporte significativo, pues el problema planteado en la investigación lleva a recorrer este aspecto fundamental en la vida del ser humano permitiendo identificar en primer lugar la raíz, la esencia del ser en cuanto a su conducta para luego llegar a comprender que la categoría cuerpo va más allá de una mera concepción física; además incita a indagar por el sentido y la relación que existe entre éstos términos, ya que son realidades que acompañan y orientan el caminar del hombre en la relación consigo mismo y con los demás.

Justificación de la “eticidad” en la estructura humana:

Es el primer paso indispensable para fundamentar una ética teológica. Si el hombre en cuanto tal no tiene una dimensión ética es imposible justificar la dimensión moral dentro de la estructura de la existencia cristiana.

¿Cómo fundamentar la eticidad en la estructura de la persona? En la historia de la ética han aparecido muchos sistemas de justificación. Una valoración de los mismos se hace

ineludible. Después, será necesario aportar una fundamentación positiva para la comprensión actual del hombre.

Para llevar a término esta labor de fundamentación de la eticidad dentro de la estructura de la existencia humana se requiere partir del dato de las “costumbres morales”: los esquemas de valoración dentro de la sociedad y sus sistemas de legitimación. Este punto de partida ayudará a distinguir claramente la realidad compleja de lo moral: costumbres morales, pautas de comportamiento, esquemas de valoración, sistemas de legitimación, etc. Una cosa son las costumbres morales” y otra es la moralidad.

El camino metodológico de la justificación de la “moralidad” o eticidad en su sentido estricto tendrá que hacerse en diálogo continuo y en confrontación permanente con las aportaciones de los diferentes saberes acerca del hombre:

- Dialogando con la lingüística se verán las estructuras del lenguaje moral y sus aportaciones para una fundamentación de la eticidad en el hombre.
- Dialogando con las ciencias antropológicas se pondrán de relieve los factores sociológicos, culturales y psicológicos que entran en las expresiones de la moralidad y de ahí se pasará a preguntar por la estructura ética en cuanto tal;
- Dialogando con la filosofía se tratará de encontrar la justificación última de la moralidad humana.

El hombre: una “inteligencia sentiente”:

El hombre, en cuanto todo unitario, aparece como una “inteligencia sentiente”. Con esta afirmación se rechaza de nuevo toda dicotomía entre lo corporal y lo espiritual, pero al mismo tiempo se afirma la integración de diversos elementos en la unidad de este ser vivo que es el hombre como “inteligencia sentiente”.

- *El hombre es un ser vivo.* Las notas características del ser vivo se realizan plenamente en el hombre. El viviente se caracteriza por poseer una cierta independencia respecto del medio y un cierto control específico sobre el medio.

Estar vivo significa tener una actividad propia y una interacción adaptativa con el medio.

- *El bíos humano es una originalidad.* El vegetal, el animal y el hombre son seres vivos. Pero entre ellos existen diferencias abismales. La posición erecta del hombre, el uso instrumental de la mano, el prodigioso desarrollo del cerebro en su posición frontal, la posibilidad de adquirir un lenguaje articulado y la capacidad de pensar abstractamente sitúan a la especie humana en la cúspide de la escala zoológica.
- *El “inteligir” como modalidad biológica humana.* La propia biología coloca al hombre en el trance de “inteligir”. En efecto, la vida del hombre es biológicamente más completa que la del animal. La vida del animal es limitada y la del hombre es “casi-ilimitada”. Por eso la función primaria y típica del animal es sentir estímulo; en cambio, la del hombre es inteligir realidades. “El hombre es un animal, pero un animal de realidades” (Zubiri).

El hombre: un ser para el encuentro:

La persona tiene una estructura de interioridad; pero es también una realidad abierta. Dentro de la definición de persona es necesario introducir este elemento esencial. Por otra parte, se trata de un elemento muy importante en la definición actual de persona.

El hombre: una realidad teologal:

La visión del hombre queda completada con la dimensión teológica. Es un aspecto decisivo a tener en cuenta en la antropología moral. Así pues, las dimensiones esenciales de esta visión teológica del hombre son:

- El hombre, creado a imagen de Dios: dimensión “teológica” de la moral.
- El hombre, re-creado en Cristo: dimensión “crística” de la moral.
- El hombre, ser eclesial: dimensión eclesial de la moral.
- El hombre, ser cultural: dimensión “mística y cultural” de la moral.
- El hombre, ser escatológico: dimensión “escatológica” de la moral.

Encontramos también a Tony Mifsud (*Moral Fundamental del discernimiento cristiano*), quien habla de la moral en cuanto a un encuentro con otros, esto es lo que ayuda a configurar la identidad. Es importante además comprender que la Sagrada Escritura es un referente ético indispensable para la moral cristiana, allí se encuentra toda una realidad humana que identifica y configura su identidad con Dios descubriendo un nuevo horizonte de vida que orienta y organiza el proyecto de vida.

López Azpitarte (*Simbolismo de la sexualidad humana*) hace una aproximación al significado y comprensión de la ética. Nos muestra que ética = ethos tiene dos significados:

- Carácter, modo de ser, estilo de vida.
- Actos concretos y particulares.

La moral lo que busca es dar una orientación a nuestra vida, encontrar el camino que lleva hacia una meta, crear un estilo y una manera de existir coherente con un proyecto.

La ética sería darle a nuestro “pathos” (ese modo pasivo y desorganizado que nos ofrece la naturaleza) el estilo y la configuración querida por nosotros, mediante nuestros actos y formas concretas de actuar.

El comprender la ética remite a tener una concepción más profunda acerca del cuerpo, el cual no es un simple elemento de la persona, es el mismo ser humano quien se revela y comunica a través de esas estructuras. El cuerpo lleva a comprender todo el conocimiento de una dimensión oculta y esto se logra por las acciones simbólicas que de él se producen. Por ello el cuerpo sostiene y condiciona la posibilidad de todo encuentro y comunicación.

La tarea del cuerpo no es sólo cumplir unas funciones biológicas, sino de ser epifanía de nuestro interior personal, palabra y lenguaje que posibilitan la comunión con los demás.

Siendo un poco más específicos, Joaquín Viñolas Marlet (*El culto al cuerpo*) presenta toda una realidad en torno al cuerpo, la cual revela la percepción y concepción que se ha tenido durante la historia, el imaginario al cual ha sido reducido y la preocupación por devolverle al cuerpo su naturaleza.

¿Por qué un ensayo sobre el cuerpo?

El cuerpo se hace presente en una o un escenario cultural variado, el cual es testimoniado sobre todo por las ciencias humanas.

Antes el cuerpo era rechazado debido a su concepción de placer, de satisfacción sexual; ahora parece que esto ha hallado sentido y hoy en día el cuerpo es glorificado desde una visión erótica. El cuerpo, que no parecía poder constituir un valor cultural, ahora se ha convertido en un valor fetiche que penetra todas las esferas de la cultura.

En el siglo XX, hacia finales, la temática corporal adquiere un lugar central en la sociedad. Ocuparse del propio cuerpo se convierte en prioridad. Se produce una erotización en el diseño, la arquitectura y la música. El cuerpo es expuesto y mostrado en la fotografía de moda, el cine, los sex-shops. El cuerpo se convierte en tema central de la sociedad y la cultura consumista con todas sus consecuencias.

Todas estas teorías y conceptos permiten poco a poco abrir el camino hacia una comprensión de la categoría cuerpo desde la moral. Es claro ver que desde el punto de vista de la moral y la ética el hombre es un ser de actitudes, de costumbres, de carácter, esto lo lleva a establecer relaciones consigo mismo y con los demás, las cuales le ayudan a construir la vida y la historia.

Evidentemente esta investigación tiene una meta clara y precisa a la cual pretende llegar (objetivo general), apoyado desde luego por unas metas intermedias (objetivos específicos) que van abriendo el horizonte de comprensión a la investigación; de esta manera la categoría cuerpo va cobrando sentido y valor como el auténtico lugar teológico.

OBJETIVO GENERAL

- Identificar los aspectos que constituyen y caracterizan al cuerpo como cauce de una reflexión moral.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Analizar las reflexiones que desde la teología moral se han realizado sobre la relación Dios-hombre, para comprender las fuentes de la teología moral: Evangelio y experiencia humana.
- Caracterizar la intencionalidad del magisterio de la Iglesia (catequesis de Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo), en cuanto a su reflexión y aporte sobre la categoría cuerpo.
- Generar un aporte que desde la pedagogía contribuya en la construcción de la identidad humana, a partir de una reflexión moral enriquecida por la categoría cuerpo como el lugar teológico en estrecha relación humana y divina.

Sin duda alguna la investigación parte de una comprensión epistémica clara: la experiencia humana y el Evangelio, ello lleva a descubrir que el contexto sobre el cual se va a trabajar la categoría cuerpo se mueve en el campo de la fe y la razón. Desde éstos campos se han generado diversas posturas, entre ellas la del magisterio de la Iglesia que bien quiere presentar Juan Pablo II en sus catequesis. Pero esto no es la última palabra, sobre el cuerpo no se ha dicho todo, los aportes tratan de aclarar lo que sobre esta categoría humana se ha expresado respetando cada una de las posiciones; para ello se optó por la investigación documental como método, pero la metodología que se emplea para su desarrollo es comprensiva-documental, es decir, hermenéutica, pues gracias a ella se logra hacer una aproximación moral a lo que propone Juan Pablo II con sus catequesis sobre la teología del cuerpo.

Metodológicamente la investigación presenta en un primer capítulo la reflexión que la teología moral hace sobre la categoría cuerpo, dejando ver que para la teología moral existe un nuevo horizonte de comprensión que al parecer ha estado oculto y necesita ser descubierto, para comprender que el cuerpo participa activa y dinámicamente no sólo en su realidad humana, sino también en la realidad divina, lo cual lleva a ver al hombre como un ser que interactúa con el mundo, con todo lo que le rodea pero principalmente con sus semejantes. En ese actuar es que el ser humano se cuestiona, y sólo por la experiencia de relacionarse con su entorno, esos interrogantes comienzan a hallar respuestas que son

entendidas y asumidas por la capacidad de percepción sensible, y esto sólo ocurre en el cuerpo.

La teología moral al caminar hacia ese nuevo horizonte “no ha de romper los lazos con las demás asignaturas teológicas, debe establecer un diálogo interdisciplinar⁶” que le ayude a hacer un análisis y una posterior interpretación clara para que la comprensión humana no se distorsione y realidades como el cuerpo no se encaminen hacia un horizonte oscuro y confuso que sólo confunde y lleva a equivocadas percepciones.

De esta manera la teología moral hace su primer acercamiento a la categoría cuerpo, donde primero la identifica y reconoce como categoría, luego como parte imprescindible del ser humano y después descubre que está relacionada y unida a la realidad divina, de donde le viene su fundamento y en quien radica el sentido y razón del obrar humano.

En un segundo capítulo esa reflexión moral sobre el cuerpo lleva a dar un paso, ahora la categoría cuerpo es vista desde las catequesis de Juan Pablo II, quien propone una teología del cuerpo para hacer de dicha categoría toda una nueva perspectiva, que la teología en su reflexión ha dejado un poco de lado precisamente por su errada interpretación.

Son 24 catequesis las que se toman como referentes para llegar a entender el porqué de una teología del cuerpo. Inicialmente la intención de Juan Pablo II con sus catequesis estaba dirigida hacia la vida en pareja, hacia el matrimonio; en su análisis e interpretación el Papa quiere hacer entender que los que están unidos no son sólo almas, son cuerpos que junto a cada alma conforman al ser humano, el cual a diferencia de los demás seres creados, actúa coherentemente y con un propósito claro. En teoría esto debería funcionar así, pero realmente no funciona de esta manera.

Esos cuerpos que se unen forman un solo cuerpo junto a Jesucristo, quien unido al Padre y al Espíritu revelan y transmiten todo su amor al género humano. Ese amor en cada hombre y mujer es el que se convierte en respuesta ante las preguntas ¿Quién soy yo?, ¿por qué fui creado? Ahí es donde surge una teología del cuerpo, ahí es donde la reflexión teológica encaminada a la comprensión sobre Dios, toca una fibra puntual que despierta el interés de

⁶ Cfr. Demmer, *Introducción a la teología moral*, 12.

la teología moral como ciencia que orienta el obrar humano, ya que ese obrar no tiene otra forma de manifestarse que a través del cuerpo.

Finalmente un tercer capítulo recoge lo que la reflexión de la teología moral ha hecho sobre la categoría cuerpo, y lo que el descubrimiento de una teología del cuerpo ha permitido para entender que el cuerpo sí es un auténtico lugar teológico. Todo esto es tomado por la teología moral y puesto sobre la mesa de trabajo, donde gracias a la ciencia pedagógica descubre que no tiene sentido reflexionar si no se actúa consciente y congruentemente.

Esa teología moral asume ahora un reto y es convertirse en una pedagogía del cuerpo. Desde la pedagogía se puede comprender el cuerpo como lugar, de no ser así, no tendría sentido analizar esta categoría humana desde la teología moral para entender que no es una realidad humana que anda y actúa a la deriva, sino que está vinculada a una realidad divina; o que ese cuerpo ha sido realmente creado por amor y aunque caiga en pecado no pierde la posibilidad de resucitar a una vida eterna y encontrarse nuevamente con su creador.

La teología moral junto a la pedagogía llevan al hombre a construir su identidad, identidad que lo hacen no un ser individual, sino comunitario. La pedagogía como proceso educativo no busca tanto transmitir información, sino crear saberes que ayuden al hombre en su desarrollo y evolución, y para ello unida a la teología moral, busca hacer que el obrar humano esté encaminado hacia el bien tanto propio como social.

De esta manera la teología moral como pedagogía del cuerpo puede contribuir enormemente en la construcción de identidad, ya que es a través del cuerpo que el hombre expresa su obrar, y si este es comprendido y asumido como el auténtico lugar escogido por Dios para revelarse y ser presentado como modelo en su Hijo Jesucristo, la conducta humana será totalmente coherente y estará siempre dirigida a edificar la sociedad.

CAPÍTULO I: LA TEOLOGÍA MORAL Y SU REFLEXIÓN SOBRE LA CATEGORÍA CUERPO

Hablar del cuerpo no es tarea fácil, sobre este tema se han hecho análisis, reflexiones, aportes y todo tipo de comentarios e interpretaciones que buscan presentar el cuerpo desde diversas perspectivas que por supuesto son válidas a partir de la argumentación que despliegan⁷.

Evidentemente en todo lo que se ha dicho sobre este tema la teología moral no ha sido ajena, ha mostrado cierto interés por analizar, reflexionar e interpretar el cuerpo con el fin de hallar un camino que la conduzca no sólo a hacer una reflexión, sino a generar un aporte que ayude a comprender que el cuerpo más que ser un medio, un instrumento, es el lugar desde el cual se halla sentido y razón a la esencia y existencia humana pero en estrecha relación y referencia a Dios.

Para que la teología moral pueda hacer una reflexión acerca del cuerpo es primordial “partir de su referente clave, la cristología; sólo desde allí se puede entender que en Jesucristo se tiene acceso al Padre y en Él se revela lo que Dios le exige al hombre”⁸.

Es Gracias a este referente que el cuerpo deja de verse como algo secundario, su reducción a prisión o cárcel del alma como era concebido por los griegos pierde totalmente su valor. A partir de Cristo, el Verbo encarnado, esta realidad humana deja de estar dividida, su vida, su muerte sacrificial y su resurrección asignan pleno valor al cuerpo y subrayan la gran oportunidad de dar gloria a Dios por medio del cuerpo. Todo esto de alguna manera se inscribe y se centra en el amor de Dios, amor que se manifiesta en el hombre tanto física como espiritualmente y quien a su vez lo expresa en cuerpo y alma no sólo consigo mismo sino en su relación con el prójimo, donde incluso la sexualidad que está integrada en el amor enseñado por Cristo, hace del

⁷ Cfr. Vidal, *Moral de Actitudes (ética de la persona –I I)*, 205-209. Cfr. Anderson y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 12-16. Cfr. Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 33-44. Cfr. Viñolas, *El culto al cuerpo el cuerpo como proyecto en las sociedades consumistas*, 5-13.

⁸ Cfr. Demmer, *Introducción a la teología moral*, 13.

hombre una total y plena unidad que junto al universo espera ‘que Dios redima nuestro cuerpo entero’ (Rom 8, 23).⁹

La teología moral entonces, deja claro que el ser humano en la toma de decisiones tiene un referente que orienta y da sentido a su vida, es Jesucristo. Él al igual que todos los seres humanos tuvo un cuerpo que le hizo tener diversas experiencias, y entre ellas descubrió que el cuerpo era el auténtico lugar donde Dios moraba. Este descubrir ha hecho que el cuerpo hoy sea visto con otros ojos, y la teología moral como ciencia que investiga e indaga, tiene el deber de analizar y hacer una clara interpretación con el fin de abrir y aclarar la percepción que se tiene, y que ha marcado y trastornado por mucho tiempo a la humanidad y desde luego a la Iglesia.

1.1 La Teología Moral

El hombre es un ser de constantes preguntas, el querer saber sobre su esencia, existencia y trascendencia pone en aprietos a la misma antropología quien no debe quedarse en meras especulaciones, sino buscar enfrentar el deseo intenso del hombre por querer saber más acerca de sí mismo, incluso de aquellas realidades que están fuera de su comprensión.

Unido a estos interrogantes que a lo largo de la historia han dado tanto de qué hablar y discutir, siempre ha inquietado al ser humano el tema de su conducta. Lo humano a parte de lo biológico y fisiológico implica su interior, es decir, la forma como lleva a cabo su vida desde lo esencial, existencial y trascendental. Esa forma de entender lo humano, ayuda a vislumbrar su conducta en relación a un contexto que básicamente gira en torno al mismo hombre pero en relación a los demás¹⁰.

⁹Cfr. Häring, *La moral y la persona*, 62-63.

¹⁰ Nota del Autor: La conducta del hombre implica la ética y la moral. Ciertamente la ética es un referente clave para hablar de moral. En la existencia humana la conducta es una característica propia que da identidad; lo ético no es una etiqueta que marca y define un patrón similar, sino sencillamente es el sentido de la misma existencia, es decir, que cada hombre es único, su participación no se da por repetición y su configuración interior le da estilo propio. Ese “sentido ético es la “representación” de la existencia humana en cuanto es vivida en clave de responsabilidad y de compromiso” (Vidal, *Moral Fundamental (moral de actitudes – I)*, 58). Tal forma de vivir la existencia humana conduce a insertarse en la realidad, no se es responsable o comprometido sólo por convicción propia, sino porque el mismo entorno lo exige, es decir, que el sentido ético lleva a un sentido moral donde “se manifiesta un aspecto de la realidad y a través de su lectura se puede

La moral no ha de ser vista como un obstáculo, como un tropiezo que afecta la conducta humana tanto consigo mismo como con los demás y la sociedad, el hombre no le hallaría sentido a su vida y su existencia sería como la de uno más de los seres vivos que lo rodean. El hombre tiene la particularidad y el privilegio de razonar, esto lo hace tomar decisiones para ir construyendo su personalidad y así establecer relaciones con los demás, ello sin duda alguna va determinando su conducta y le ayuda a vislumbrar un horizonte que lo encamina dándole sentido a su existir.

El hombre tiene una característica particular que lo identifica y distingue, es el hecho de ser persona. “Al afirmar la consistencia del hombre en cuanto persona, comprendemos lo humano no desde las ‘mediaciones’ (políticas, económicas, culturales, etc.), sino desde la realidad fontal del hombre como sujeto. Las mediaciones tienen sentido (y mayor del que a veces se ha pensado), pero siempre desde la presencia original e inmediata de la persona”¹¹. Esto puede sonar algo redundante y confuso pero en realidad no lo es, y Marciano Vidal habla de ello para dar a entender el sentido ético del hombre, es decir, para mostrar que el hombre forja su identidad desde dentro apoyado por su entorno, así construye una vida que partiendo de sí mismo crea un sentido moral.

En su camino el hombre se mueve en un mundo donde la experiencia de vida es fundamental, tanto la moral como la ética le han dado pautas para que tome decisiones y construya su identidad. El contexto es primordial, pues le permite tomar un rumbo según sus convicciones que además está acompañado por el otro, por aquel que está junto a él en el mismo sendero, incluso la misma trascendencia lo acompaña para descubrir el horizonte.

Pero la moral como ciencia va más allá de una simple reflexión, es decir, no se queda en solas percepciones o puras acciones normativas, busca auténticamente hacer que el hombre a

llegar a una más cabal interpretación del vivir humano” (Ibid., 59). En pocas palabras la conducta se convierte ahora en norma de vida, presentándole al hombre un modelo a seguir dentro de una determinada sociedad. Si bien es cierto la ética y la moral caminan tomadas de la mano llevando al hombre a tener una vida coherente. “La distinción entre ética y moral puede ser peligrosa en el momento que se asuma en términos de una división, es decir, una separación entre razón y fe o normas y principios” (Mifsud, *Moral Fundamental*, 16). El hombre a lo largo de los siglos se ha movido en este campo de la ética y la moral, y aunque parezca difícil de entender lo ha experimentado y lo sigue haciendo en su cotidianidad, él no es ajeno a esta realidad particular, lo que ocurre es que en su mismo indagar ha llegado a posturas tan radicales que trastocan el sentido de su existir y lo llevan a tomar decisiones que en muchos casos son equívocas perdiendo por completo toda coherencia y responsabilidad tanto de su vida como de los demás.

¹¹Vidal, *Moral de Actitudes (ética de la persona -I I)*, 87-88.

través de su identidad construya (como se ha repetido en varias ocasiones) su camino pero no a la deriva, sino con bases sólidas y claras que va descubriendo en sí mismo por su relación con los demás.

Se ha hablado del hombre como persona, lo cual es esencial en la moral, pero ¿dónde queda lo corporal desde la moral? Hay una realidad física llamada cuerpo que sin ella no podría realizarse la realidad interior. Con esto no se busca entrar en posturas dualistas, sino en interpretar el papel que juega la categoría cuerpo en la moral. Precisamente es aquí donde la moral no se queda, como se mencionaba antes, en meras aclaraciones, sino que necesariamente se une a otras ciencias, particularmente a la teología, para entrar a mirar en detalle cómo es que el hombre en su participación en el mundo es tocado e interpelado por Dios, quien le da elementos para que en su camino de vida construya su identidad basado en un modelo de persona: Jesús, quien con su vida otorga todas las herramientas éticas y morales para darle pleno sentido y coherencia a la propia existencia.

Vale la pena entonces detallar de manera puntual la comprensión que el diccionario enciclopédico de teología moral tiene sobre el cuerpo:

A manera de síntesis, lo que el diccionario pretende mostrar es una forma de entender el cuerpo; desde la parte histórica el esquema mental griego sobre el cuerpo tiene grandes implicaciones, su fundamentación es ‘cosmocéntrica’, es decir, el hombre hace parte de un mundo ‘estático-cosista-objetivo-natural’, en pocas palabras el hombre se mueve en un espacio netamente material y mundano, por ello prima el dualismo y su consecuente desvalorización del cuerpo como aquello pasajero que sirve al alma para purificarse. Desde el dato bíblico el hombre es un ser unitario que está esencialmente relacionado, tal relación tiene su origen en Dios, quien lo crea a su imagen y semejanza participando en su historia de vida. Finalmente la reflexión teológica se ubica desde la visión unitaria del hombre; teniendo como antecedente el dualismo griego y todo el soporte bíblico afirma que ‘el hombre es cuerpo y todo el cuerpo es espíritu’¹².

¹² Cfr. Rossi, y Valsecchi, *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*, 143-157.

Todo este aporte que de forma resumida se ha presentado, refleja una manera de ver el cuerpo desde la apreciación moral. Es importante entender que la moral no busca limitar la conducta humana ni imponerse como ley, lo que pretende es dar elementos, dar una orientación para que la vida tenga sentido y encuentre un rumbo claro que al seguirlo no sólo llene de satisfacción, sino que haga al hombre coherente y responsable consigo mismo. Con esta pretensión de la moral hablar sobre el cuerpo tiene sentido, porque finalmente es a través de él que el hombre manifiesta y experimenta esa configuración de sí mismo (interior-exterior) con su entorno. No es lo meramente físico lo que habla, es toda esa corporeidad que junto a la conducta habla para reflejar una identidad y seguir un proyecto de vida.

A la moral nunca le ha sido ajeno el problema del hombre y más si este se ha presentado desde una visión dualista. Aunque tal visión haya sido plasmada desde hace tantos siglos hoy sigue inquietando e influenciando el pensamiento humano. Pero “frente a esta concepción dicotómica del hombre, hay que proclamar su unidad totalizante: tanto constitutiva como funcionalmente. Afirmación que es básica para la moral”¹³. El hombre actual está llamado a la unidad, y sin excluir la visión dualista que al menos generó dudas, la unidad expresa de forma amplia el auténtico sentido, porque es la totalidad del hombre la que entra a participar y a determinar la solidez moral de su conducta.

Si bien es cierto, el cuerpo hace parte de una estructura y una comprensión biológica, es más, desde allí se dan todos los elementos necesarios para analizar y entender tal realidad humana; sin embargo la estructura biológica en su desarrollo cotidiano aporta enormemente a la condición moral, pues el funcionamiento de todas sus estructuras permiten que el hombre tenga cierta conducta, por ello “para tener una visión completa de la persona como sujeto integral del comportamiento moral es necesario ver en ella las dimensiones biológicas como elementos estructurales del ser humano”¹⁴.

Esta interpretación del cuerpo desde la dimensión moral deja ver que realmente el ser humano es unidad, es totalidad; la moral entonces es una condición integral, no basta referirse a ella en términos de normas, comportamientos, hay que ir más a fondo y eso es lo

¹³ Vidal, *Moral Fundamental (moral de actitudes – I)*, 304.

¹⁴ *Ibid.*, 320.

que la presente investigación quiere mostrar a través de la categoría cuerpo. La moral es muy clara en sus apreciaciones e intenciones, pero la interpretación que se ha hecho en cuanto al hombre moral ha pasado muy por encima aspectos como el cuerpo, que sin duda alguna es esencial en su comprensión, para centrarse en problemas que la época en su contexto plantea. No es que ello deje de ser importante, sino que en tal unidad de la que tanto se ha hablado en la historia humana y en el presente aporte moral, lo físico, el cuerpo, en relación con la interioridad, el espíritu, son, por así decir, el centro de operaciones de donde parte toda actitud moral tanto consigo mismo como con la sociedad.

Este aporte que desde distintas apreciaciones ha sido enriquecido lo que busca es abrir el horizonte de comprensión de la teología moral; las bases y los fundamentos son claros y puntuales, el hombre sigue caminando bajo estas condiciones, sólo que a ello se incluye la categoría cuerpo que siendo parte de la experiencia humana permite comprender una realidad, aunque obvia, ha sido tergiversada con mayor o menor intensidad en diversas épocas de la historia.

Indudablemente el actuar humano tanto consigo mismo como con los demás, se hace visible gracias a la acción que el ser humano ejerce con su cuerpo. Pero tal acción ¿es únicamente física? Por supuesto que no, es una acción que viene desde el interior y que en conjunto con el cuerpo hacen del hombre un ser distinto de los demás seres. Ese actuar deja ver de forma clara desde la moral, el sentido de la esencia, existencia y trascendencia humana, sentido que se hace comprensible a la razón desde “la teología moral, ciencia teológica que tiene como referente y fundamento a Cristo, el centro, norma y finalidad de la vida cristiana”¹⁵. Tal actuar humano se va dando gracias a la experiencia, ella es la que le permite descubrir que Dios se revela, participa en su vida y le invita a seguirle desde un modelo claro: Jesús de Nazareth. “Por ello, sostiene Häring que la teología moral es para nosotros la doctrina del seguimiento, de la vida en Cristo por El y con El...”¹⁶.

Ciertamente la participación de Dios en la vida del hombre se da a través de la Revelación, esto es presentado y argumentado con suficiente claridad por el padre Gustavo Baena en la siguiente afirmación: “la revelación es el encuentro de Dios con el hombre en la estructura

¹⁵ Múnica, *Moral. Líneas para una Teología Moral General*, 44.

¹⁶ *Ibid.*, 45.

de la existencia humana cuando el hombre pone en marcha su propia existencia: experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando. O sea, desplegando el propio conocimiento”¹⁷.

Esto deja ver con claridad que el hombre no queda estático ante la participación de Dios en su vida, él ha de generar una respuesta que lo lleva a descubrir quién es realmente Dios y el por qué y para qué se inserta en su existir. Esta apreciación que a lo largo del capítulo se ha venido dilucidando sirve de preámbulo para comprender desde la teología que Dios, especialmente el Dios cristiano, habita en el hombre, sale a su encuentro, hace parte de su vida, lo acompaña; esto es una realidad que fundamentalmente está sostenida en la fe y que poco a poco ha sido corroborada por el mismo hombre quien en su historia ha experimentado a Dios, es decir, se ha relacionado con Él estrechamente.

Desde la teología moral la Revelación y la fe son el punto esencial para su comprensión; toda reflexión que desde allí se suscita tiene como base estos aspectos que trazan el camino por el cual el hombre ha de dirigirse para hallarle el sentido a su vida. El obrar humano desde el cual se enfoca la teología moral está directamente afincado en la fe y ella auténticamente tiene su punto de arranque en Dios mismo. Por ello, desde la Revelación Dios está interpelando e invitado al hombre a dar una respuesta, y al hacerlo se establece un modelo de vida a seguir como propuesta para construir la propia identidad.

Tal modelo establecido cobra forma y toma nombre propio, pues la iniciativa de Dios de participar en la vida del hombre le hace llegar tan a fondo que decide estar más cerca de él haciéndolo a través de la persona de Jesús de Nazareth. Es en Jesús donde Dios establece una norma de vida, es en Él en su Hijo, donde el obrar humano se convierte en un medio que incide en la construcción de la identidad.

Jesús con su testimonio de vida invitó al hombre a caminar por un sendero, el de la verdad y la vida y esto es propio de su buena noticia, del evangelio que constantemente y aún hoy sigue invitando a seguir tal camino. Pero ese seguimiento tiene necesariamente una condición o mejor una norma que más que ser una imposición es una propuesta de vida, una invitación, que lo que realmente pretende es hacer de la esencia, existencia y

¹⁷ Baena, y Arango, *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*,9.

trascendencia humana una realidad integradora donde se configure lo humano con lo divino, donde la preocupación del hombre no sólo sea vivir para morir, sino vivir para seguir viviendo, es decir, pasar a un encuentro definitivo y eterno con Dios.

Desde la moral la actitud y el comportamiento de Jesús fueron consecuentes, como hombre su proceder tuvo sentido ético, es decir, fue responsable y comprometido consigo mismo y con su entorno, esto generó además un sentido moral que lo hizo influir en su contexto llegando a ser interpretado como un modo de vivir. No obstante y a pesar de la ley, el pueblo lo escuchó y apreció su propuesta, pero desafortunadamente esa moralidad con que Él predicaba y actuaba no fue mayor que la misma ley humana tan arraigada en su tiempo.

La propuesta de Jesús nunca fue impositiva, la ley de Dios estaba abierta para todo aquel que quisiera acogerla, es más, ni siquiera estaba escrita en un gran libro sagrado o tallada en la puerta del templo, esta ley ya existía desde el inicio de los tiempos grabada en el corazón del hombre, pero estaba tan oculta que se hacía ajena y nueva a sus ojos lo que generó todo un conflicto.

Como bien se sabe la presencia de Jesús en el mundo desató toda una confusión que puso en vilo a un imperio, la propuesta de vida hecha por Él estaba cargada de una moralidad que iba en contra de la ley humana, por ello había que tomar cartas en el asunto y al parecer la mejor decisión fue la muerte; pero aun así la ley de Dios salió victoriosa ni siquiera la muerte la pudo borrar, pues estaba grabada en el corazón del hombre, y por mucho tiempo hasta el momento presente esa ley llamada amor sigue rondando y sigue siendo una norma de vida dejada por Dios para construir la humanidad y el mundo.

Desde Moisés Dios impartió la ley a los hombres, incluso esa ley le hizo establecer una alianza con el pueblo: “Yo os haré mi pueblo, y seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy Yahveh, vuestro Dios, que os sacaré de la esclavitud de Egipto” (Ex 6, 7); ello de alguna manera buscaba orientar la vida del pueblo y recordar que Dios estaba con ellos y no los abandonaría jamás. Más tarde envía a su único Hijo haciendo de Él la nueva ley, es decir, revelando en Él que los preceptos antiguos estaban fundamentados en el amor y aún no había sido descubierto. Ahora en su Hijo la auténtica ley tiene nombre propio, Jesús y tiene una intención, ser un modelo y una norma de vida para orientar y dar sentido a la existencia

humana. Jesús no sólo actuó sino que dio testimonio con su vida del amor del Padre; todo lo que decía, sus acciones y carácter hicieron de Él una persona particular. Aun cuando fuese distinto en cuanto a su manera de pensar y proceder, no se salió del contexto judío, las costumbres y todo su alrededor fueron decisivos para el cumplimiento de su misión.

Todas sus experiencias aparte de ser humanas también eran divinas, siempre mantuvo esa configuración, esa unidad que caracteriza al hombre y que lo hace una totalidad (interior y exterior, cuerpo y espíritu). Tenía claro el sentido de su esencia, existencia y trascendencia, es más, se ofreció como modelo de vida, se presentó como camino, verdad y vida (cfr. Jn 14, 6); esa configuración de sí mismo con Dios lo llevó a experimentar su verdadera humanidad, una humanidad que no se compone únicamente de elementos biológicos y fisiológicos sino de un todo que abarca lo físico y lo espiritual y que llevó a Jesús no a romper normas o reglas, sino a ser Él mismo norma que se propone para una vida con sentido, coherencia y rumbo en medio de un mundo abrumado por lo superficial.

Todo aporte que la teología moral pueda dar, parte de la Revelación de Dios; en ella acontece claramente la persona de Jesús quien siendo Dios mismo se hace uno con y como el hombre menos en el pecado para anunciar un mensaje de salvación que busca orientar y dar sentido al obrar humano desde el obrar de Jesús. Este obrar se da alrededor de una experiencia de vida que en Jesús es tan humana como cualquier otra, dejando ver que Dios se vale de la totalidad del hombre para realizar su obra. Particularmente esa experiencia de vida toca una categoría humana que es primordial y objeto de la presente investigación: el cuerpo. Es a través del cuerpo que Dios se vale para hacerse partícipe en la humanidad y en ella Cristo cumple con la voluntad del Padre desde su encarnación hasta su muerte y resurrección.

“La Carta a los Hebreos explica la misión y la oración fundamental de Cristo al insistir en la realidad de su cuerpo. El Verbo encarnado es la presencia y proximidad corporal de Dios al hombre. Nos redime en su cuerpo y con su sangre. Por eso toda su vida dice al Padre: ‘Tú me preparaste un cuerpo... Aquí estoy para cumplir, oh Dios, tu voluntad’ (Heb 10, 5-7)”¹⁸. Como se puede percibir, el cuerpo es importante y denota una característica fundamental en la persona de Jesús; es ese cuerpo que cambia toda concepción de división

¹⁸ Häring, *La moral y la persona*, 57.

que se tenía antiguamente para convertirse ahora en una unidad que junto al espíritu forman una sola realidad, la divina, y que Él quiere compartir con toda la humanidad.

El cuerpo de Jesús no sólo ha de ser visto desde una dimensión divina, también es esencial la parte humana que es similar a la de los demás hombres, excepto claro en el pecado¹⁹; esta realidad corporal de Jesús no debe suscitar discrepancia, por el contrario debe llevar a comprenderse como una posibilidad, una manera novedosa de entender la teología moral apoyándose en una categoría humana tan discutida como lo es el cuerpo y que es clave en la comprensión del misterio divino. Sólo desde esta categoría se puede interpretar el actuar de Dios que más que estar lleno de normas y reglas, se presenta desde Jesús como el más auténtico y puro amor que no necesita de decálogos para cumplirse, simplemente ha de entregarse toda su corporeidad en beneficio de los demás tal como lo hizo Él mismo.

¹⁹Cita Contextual: Aunque el pecado no es el tema central de la investigación, si se despliega en diversos momentos de su desarrollo, por ello a continuación se presenta una breve reflexión que François Varone hace sobre esta realidad humana en su libro: *El dios sádico; ¿Ama Dios el sufrimiento?* Sostiene el autor que el pecado hace parte del problema de los orígenes. Desde los viejos mitos del Génesis hasta la segunda mitad del siglo XIX se ha tenido muy presente en las diversas reflexiones. Según lo que se ha dicho, Dios, con su acto creador, había suscitado un mundo completo, con todos los elementos y todos los seres incluido el ser humano quien poseía todo cuanto le rodeaba viviendo en una total santidad en presencia de Dios. Pero con el pecado de Adán se rompe la amistad con Dios produciendo la entrada del mal en el mundo. Tal pérdida afecta no sólo a Adán sino a todos sus descendientes. Ante esta situación, la humanidad, durante muchos siglos, ha estado sumida en una situación de pecado que a nivel de conciencia le ha generado todo un conflicto personal y con el mundo. El ser humano ha construido un muro llamado pecado que lo separa de Dios haciendo que este sea cada vez más alto y la única forma de poder llegar al otro lado es a través de la “satisfacción”, es decir, a través de la expiación y el sacrificio Dios puede salvar a la humanidad liberándola de tan grande deuda, por ello su único Hijo Jesucristo, entregó su vida. Pero la veracidad del sacrificio no está en la muerte, sino en lo que a través de él Jesucristo reveló, por tanto, la salvación cristiana no consiste en una operación jurídica de satisfacción, sino en una obra existencial de revelación. Este análisis se hace sobre la Carta a los Hebreos, que expresa en su discurso una referencia al pecado y al sacrificio. Lo que realmente se quiere mostrar en el desarrollo del texto, es que aunque el pecado haya marcado tanto al ser humano éste no necesita de prácticas de satisfacción compensatoria para agradar a Dios recibiendo de él misericordia y perdón. El sacrificio de Cristo no es el sufrimiento compensatorio, sino el sufrimiento asumido por la justicia. Dios no exige la vida del inocente; lo que quiere es que el inocente viva la justicia en este mundo de tinieblas, del que son efecto el sufrimiento y la muerte del inocente, los cuales asumidos en el amor, revelan hasta dónde puede llegar el amor de Aquel que manifiesta a Dios. La obra salvífica de Jesús se da en tres momentos: la Inauguración (donde Jesús con su vida limpia el camino que el hombre ha de seguir); la Revelación (donde en ese nuevo camino se revela el verdadero rostro de Dios que da sentido a la vida); y la Atracción (donde reconociéndolo como Dios el hombre se abandona y lo sigue). Por tanto la salvación no se da poniendo los pecados bajo el aval de un pago efectuado por Cristo, la sangre de Jesús obtiene para el creyente una liberación que lo purifica de todas sus obras muertas, es una oblación hecha para siempre; con su sacrificio Jesús revela la voluntad de Dios, que es revelarse al hombre mostrando su gloria en insertándolo en ella manifestando así que es un ser lleno de gracia desde su creación aun cuando exista el pecado. Ante esto se presenta un esquema de salvación totalmente invertido: el hombre que necesitaba de una acción de inmolación de satisfacción para obtener la gracia de Dios, ahora descubre que Dios por una acción de inmolación definitiva hecha por su Hijo Jesucristo, le está revelando esa gracia que nunca ha perdido, pues en Jesús ya manifestó Dios su amor, misericordia y perdón. Cfr. Varone, *El dios sádico; ¿Ama Dios el sufrimiento?*, 120-150; 183-185.

No se puede por tanto separar la categoría cuerpo de Jesús, es gracias a ella que el hombre comprende la participación de Dios en su existir. Él al experimentar la vida humana necesariamente lo hace desde su cuerpo, por él se alegra, se entristece, llora, sufre, esto lo hace ser más humano no quedarse en meras vivencias superficiales, sino en sentir pasión y compasión por lo que hace; “en Él vemos al hermano amante y al Hijo totalmente consagrado. Su vida entera es compasión, interés por los otros y dedicación apasionada”²⁰.

En Jesús se encuentra la prueba más fehaciente de lo que es en realidad el cuerpo, el lugar donde Dios actúa y desde el cual se puede comprender de forma más clara, precisa y contundente la dimensión humana; es desde allí donde la teología como ciencia no se impone como un mero saber y conocer de Dios, sino que a través de la experiencia humana de Jesús, concretamente en la categoría cuerpo, el Evangelio cobra vida, sentido y su mensaje directamente moral da en el centro de la vida del hombre orientando así su actuar y proceder.

Junto a categorías como el pecado, la gracia, la conciencia, la libertad y la ley está el cuerpo, y aunque ella no sea una realidad que surge de lo más íntimo del hombre si es un medio que permite a tales realidades ser presentadas y manifestadas; el cuerpo en el conjunto unitario del ser humano es un signo de la presencia de Dios y como tal ha de ser visto y tenido en cuenta por la teología moral para ampliar su percepción y comprensión de la Revelación y la fe, pues si no hubiese cuerpo humano tales fundamentos se quedarían sin piso y esto haría del cristianismo una religión de puras emociones y sensaciones pasajeras, y no de una experiencia auténtica y real que junto al Evangelio dan sentido y razón de ser a la vida del hombre. “Los cristianos no podemos mirar el cuerpo como algo secundario. Debemos rechazar toda concepción que lo rebaje a la categoría de prisión del alma o de objeto poseído por el alma, o de encarnación del pecado”²¹, así tal categoría tendría el lugar que le corresponde y sus interpretaciones estarían en consonancia con la intención y la voluntad de Dios.

No en vano la teología especialmente la teología moral ha de estar en un constante dinamismo con la realidad; si bien es cierto que se han hecho muchas interpretaciones a lo

²⁰Häring, *La moral y la persona*, 59.

²¹ *Ibid.*, 62.

largo de los siglos sobre el actuar del hombre, tal ciencia no ha de quedarse estancada en una especie de encrucijadas que lo único que hacen es congestionar la fluidez tanto de la reflexión moral como de la conducta del hombre. A este respecto hace referencia Juan Masia Clavel S.J. quien compara esta situación con el problema del tráfico vehicular de una ciudad:

Si antes del Vaticano II predominaban en teología moral las señalizaciones de sentido único o dirección prohibida, en la situación actual son frecuentes los atascos, a pesar de haberse multiplicado las autovías. Como en el tráfico de la capital, ha aumentado el número de vehículos en mayor proporción que las estructuras circulatorias. Pero no se solucionan los embotellamientos simplemente clausurando entradas a la autopista o dando órdenes por altavoz desde un coche de la policía. Hay que ir a las causas, rehacer los sistemas de tráfico o incrementar los sistemas de aparcamientos²².

Esto ha de hacer entender que las interpretaciones que se hagan desde la moral, especialmente al cuerpo elemento central de esta investigación, han de superar posturas extremistas que hacen de la humanidad una realidad ambigua; aunque la persona de Jesús de Nazareth como hombre haya dejado de existir físicamente, su realidad corporal aún vive y es el punto de referencia más claro y preciso que la teología moral tiene para su reflexión, comprensión y aporte. La Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesús son las realidades más humanas y corporales que se conocen de Él, por tanto no ha de ser desatendida o desprestigiada toda intención de hacer ver el cuerpo como un punto de convergencia, o mejor aún, como el lugar desde el cual la teología centra su mirada no sólo para hacer una reflexión, sino para llevar a cabo el plan de salvación de Dios que incluye toda la realidad humana (cuerpo y alma) revelando que Dios, el Dios cristiano, es total y plena humanidad y divinidad.

1.2 La Categoría Cuerpo

Evidentemente el ser humano es el eje articulador entre la teología y la moral. Ellas referidas por supuesto a Dios, manifiestan la estrecha relación y el vínculo existente entre la

²² Masia, *Moral de interrogaciones criterios de discernimiento y decisión*, 8.

realidad humana y la realidad divina, haciendo del ser humano el objeto fundamental y el punto de arranque para sus reflexiones y aportes. Para llegar a entender dicha relación, es importante partir de una comprensión del hombre como ser que existe, incluso tal comprensión revela que su existencia tiene un sentido profundo, es decir, que no sólo está en el mundo, sino que es parte de él, interactúa y se relaciona con todo aquello que lo rodea, descubre un horizonte, un rumbo y poco a poco va hallando respuesta al porqué de su vida y la razón de su existir.

El ser humano gracias a su capacidad de razonar es diferente a los demás seres, esto lo lleva a comprender que su existir no es una realidad meramente física, sino que hay un sentido, una razón para estar y ser parte del mundo. De esta manera llega a interrogarse, a dudar, a querer buscar respuestas y así descubrirse a sí mismo con toda su realidad humana, incluso, descubrir una realidad que hace parte de su vida e interactúa con él pero que está más allá de su misma realidad y capacidad de entendimiento.

Dice E. Coreth: Preguntar por su propia esencia sólo el hombre puede hacerlo. Aquí es válida justamente la afirmación de que ninguna otra cosa, ningún otro ser vivo del mundo es capaz de hacerlo. Todos los demás seres tienen una existencia o presencia inconsciente y por ende, ajena a cualquier problematidad. No pueden preguntarse por su propia esencia. El interrogador en exclusiva es el hombre que cuestiona todo y hasta a sí mismo por su propia esencia; con lo cual trasciende la inmediatez de la realidad dada, en busca de su fundamento.²³

Ciertamente el preguntar del hombre le permite verse como un ser diferente, un ser que camina en el mundo con un rumbo, un ser que inserto en el mundo se relaciona, un ser que además busca incansablemente hallar respuesta a tantos interrogantes que le surgen, le cuestionan y le agobian. El cuestionarse va abriendo camino, va despejando el horizonte que ha estado oculto a sus ojos, y le abre la posibilidad de ir más allá de lo que escasamente puede percibir. Para lograr avanzar en la comprensión de sí mismo, el hombre necesariamente ha de pasar por la experiencia, es decir, ha de interactuar de forma más directa con aquello que le rodea y que indudablemente le permite hallar respuestas con

²³ Bravo, *El marco antropológico de la fe*, 5.

sentido. Ese experimentar es el que lo va llevando a sentirse cada vez más inquieto por encontrarle razón y sentido a su existir.

Por eso “ser hombre”, para quien entiende la pregunta y busca una adecuada respuesta, significa, según la expresión de Karl Heinz Weger: No solamente vivir la vida sino vivirla conscientemente, en el ejercicio de la libertad y la responsabilidad; entender la tendencia natural a la búsqueda de sentido, como un deber y una tarea que se traduce en dirigir la capacidad de entrega y amor, exclusiva del hombre, hacia un objetivo que la haga digna de vivirse; significa la decisión de llegar a ser el hombre que tengo capacidad de ser y que me he propuesto ser²⁴.

Evidentemente la experiencia ha hecho que el hombre le vaya encontrando el sentido a su vida; esa experiencia es la que lo ha conducido a lo largo de la historia a profundizar en aquello que puntualmente tiene que ver con su origen, la búsqueda de respuestas, la interioridad, incluso el sentido último de su vida. Pero todo esto necesariamente requiere de una forma, un modo que ayude a comprender lo que realmente es el hombre en su existir y en su participación activa en el mundo. Para ello es fundamental la antropología filosófica, que tiene como centro de su reflexión al hombre e indaga y profundiza en su naturaleza, su esencia, su existencia y trascendencia, en pocas palabras, manifiesta un particular interés por aquella realidad interior que hace del hombre un ser único y diferente de los demás seres, que busca además un sentido pleno a su existir. “¿Qué es el hombre? ¿Quién soy yo? ¿Cuál es el sentido de la existencia humana? Estos y otros interrogantes por el estilo dominan todo el campo de la antropología filosófica. Han sido en todas las épocas y en todos los niveles de cultura, bajo formas y medidas diversas, los inseparables compañeros de viaje del hombre”²⁵.

Pero, ¿por qué hablar de antropología filosófica?, ¿qué puede ella aportar? Es muy importante lo que ella puede decir; la comprensión del ser humano a partir de su esencia, existencia y trascendencia permite vislumbrar al hombre como una realidad unitaria, aunque se maneje toda una concepción dualista. Lo que realmente interesa es entender que la antropología filosófica ha dado un gran aporte al discurso sobre el hombre, ha abierto el

²⁴ Ibid., 10.

²⁵ Gevaert, *El problema del hombre*, 11.

horizonte del conocimiento y ha permitido que no se tenga la última palabra sobre él, sino que se pueda seguir indagando e interrogando teniendo como objeto principal al mismo hombre, quien por su evolución va generando nuevas preguntas acerca de sí mismo.

En efecto, las ciencias examinan al hombre sobre todo como ‘objeto’ (aunque sin confundirlo con las cosas); lo estudian además desde puntos de vista relativos o sectoriales: psicológico (comportamiento), biológico, fisiológico, político, económico, etc. La antropología filosófica, a diferencia de las demás disciplinas que llevan el nombre de ‘antropología’, estudia al hombre como sujeto personal y en su globalidad. Esto no significa que la antropología filosófica sea una especie de síntesis de los resultados de las diversas ciencias del hombre. ‘Estudio global’ significa más bien que el hombre se presenta como unidad original de la que todos en cierto modo tienen conciencia y que se expresa precisamente en el interrogante: ¿Quién soy yo? ¿Qué significa ‘ser hombre’?²⁶

Ese querer saber más acerca de sí mismo, como se mencionaba, se ha convertido en un problema de gran envergadura; pero este problema más que tener su origen en una época determinada ha sido un constitutivo esencial que ha hecho parte de la naturaleza y vida del hombre. Solamente en un momento preciso de la historia se despertó en él esa curiosidad, esa duda por querer saber más, por buscar hallar una respuesta a su inquietante vida. Ahí es donde el problema va tomando forma y hallando sentido para el hombre, ahí comienza esa búsqueda incansable de sí mismo que hasta el día de hoy sigue generando interrogantes y respuestas que nunca tendrán fin, pues la realidad humana aparte de ser compleja es tan impredecible que hasta Dios mismo se ha de admirar.

La antropología filosófica se presenta entonces como una ciencia de los eternos interrogantes, no se ha dicho ni se dirá la última palabra sobre el hombre, de hecho si se diera por finalizado el tema, ella perdería toda credibilidad. Su validez radica en que gracias a los constantes cambios evolutivos se va abriendo su campo de acción, es decir, va descubriendo nuevos caminos donde puede hacer todo un análisis e interpretación ampliando y despejando el horizonte para tratar de comprender mejor al hombre, no sólo desde una única perspectiva sino desde diferentes puntos de vista.

²⁶ Ibid., 22.

De esta manera la antropología filosófica se presenta como un punto de arranque, una mediación que da origen a la comprensión sobre el hombre; ella al dirigir su mirada hacia el interior del hombre, ayuda a que los interrogantes surgidos en él se enfoquen en aquello particular y específico de sí, lo superficial sin dejar de ser importante puede ser más comprensible. Lo interesante aquí es que para comprender lo superficial hay que partir de lo específico y esto es lo que dicha ciencia permite y aporta en su estudio.

Ciertamente la esencia, existencia y trascendencia son el punto de partida para comprender al ser humano. En cuanto a la existencia que sería aquello específico, no se trata de una existencia en el aire o invisible que la hace incomprensible, es más bien algo real y palpable. Esa existencia que se ha convertido en un problema para su comprensión tiene forma y vida, es el cuerpo; por eso la antropología filosófica en su indagar a fondo sobre la realidad humana, ha llegado a descubrir que el hombre en su totalidad es cuerpo y es alma, gracias a ello experimenta, se relaciona, conoce su entorno y encuentra el sentido a su existir. A partir de ahí el cuerpo comienza a convertirse en el lugar desde el cual la existencia humana se hace más clara y entendible a los ojos del mismo hombre, incluso abre el camino para que la esencia y trascendencia sean asumidas como parte fundamental en el ser humano tanto física como espiritualmente. “El hombre es el propio cuerpo y sin embargo tiene cuerpo, en cuanto que no lo posee nunca perfectamente, ni lo domina totalmente, ni logra dispensarse de sus leyes y dinamismos”²⁷.

Existir entonces se relaciona con lo físico, ello llevó a los griegos a interesarse más por el cuerpo al punto de llegar a rendirle culto. Sin embargo, la filosofía griega en su sed de conocimiento no se queda sólo con ésta categoría, comienza además a preguntarse por el alma, es decir, que la existencia humana estaba conformada por dos realidades: cuerpo y alma, lo cual introdujo en su pensamiento una concepción dualista que poco a poco fue cobrando fuerza hasta convertirse en la razón más acertada que explicaba la realidad del hombre pero sobre todo su existencia. Por ello para Platón “el alma es preexistente al cuerpo e inmortal y tiene como lugar natural el mundo suprasensible de las ideas. El cuerpo es la cárcel del alma durante su existencia terrena, y constituye un estorbo para el alma que,

²⁷ Ibid., 69.

con sus pasiones, la arrastra a la extrañeza de lo material, impidiéndole su hacer propio”²⁸. Mientras que Aristóteles “va a aplicar su teoría hilemórfica a la concepción del hombre, intentando recuperar la unidad que Platón rompió al considerar nuestro ser como compuesto de dos substancias distintas difícilmente reconciliables. Sin embargo, esto no implica que Aristóteles prescindiera por completo de una visión dualista sobre el hombre”²⁹.

Con el paso del tiempo este dualismo fue aceptado y defendido pero a la vez criticado y cuestionado. Incluso antes de dar por hecho que así estaba conformado el hombre, “antropologías pre-filosóficas ilustraban cómo el dualismo no es ni primario ni universal: la antropología contenida en los escritos de Homero y la que nos ofrece la Biblia”³⁰.

La antropología de Homero no habla de alma y cuerpo sino de *psyché* y *soma*, ellos son el complemento esencial del hombre que más que ser alma y cuerpo son la interioridad y la exterioridad vividas una desde la otra. Aquí el dualismo no tiene cabida, no hay forma de dividir al hombre en dos realidades netamente opuestas, aquí lo que se presenta es una especie de engranaje que mueve y empuja a una auténtica existencia. Por su parte la antropología semita o hebrea contenida en la Sagrada Escritura no habla de cuerpo y alma, el lenguaje propio lo expresa como *Basar* que se traduce por *sarx* (*caro*, carne, a veces cuerpo); *Nefes* que se traduce por *psyché*(*ánima*); y *Ruah* que se traduce por *pneuma*(*spiritus*). Aquí el cuerpo no está en oposición al alma sino en unidad con ella, el cuerpo y el alma revelan la presencia de la persona, esto a su vez denota fuertemente la dimensión humana que lleva a hacerse uno con el otro. En el N.T. la interpretación es similar, la entrega por el otro se hace desde la perfecta unidad del cuerpo y el alma, tal testimonio de vida lo da Jesús de Nazareth³¹.

El problema del cuerpo en épocas posteriores fue pasando por todo un proceso de interpretación, cada momento en la comprensión de diversos autores dio origen a posturas que siempre se movieron en torno al dualismo; unos más, otros menos, pero todos referidos

²⁸ Lago García, Carlos. “Antropología filosófica: el ser humano como problema filosófico” (noviembre de 2007) [citado el 26 de octubre de 2012], disponible en: http://cita.eap.edu/moodle/pluginfile.php/1831/mod_resource/content/1/Filosofia/Antropologia_Filosofica.pdf

²⁹ Ibid.

³⁰ Gevaert, *El problema del hombre*, 71.

³¹ Cfr. Ibid., 72-73.

en sus discursos a este binomio, que de alguna manera explicaba fundamentalmente la existencia del hombre en un mundo claramente físico, que además se relacionaba con lo espiritual.

Para Santo Tomás, la unión del cuerpo con el alma no es de carácter accidental, como si fueran dos seres completos e independientes uno de otro; se trata de la unión sustancial de dos realidades incompletas, constituyendo juntas una sustancia única. En los siglos XVII y XVIII volvió a ponerse en crisis la visión unitaria y sustancial del hombre, al despertarse la cuestión, iniciada por Descartes, de la comunicación de las sustancias. Alma y cuerpo serán considerados como dos sustancias completas y autosuficientes. La unión de ambas será accidental. Malebranche acude al ocasionalismo, afirmando que los movimientos del cuerpo son ocasión para que Dios produzca en el alma las percepciones correspondientes a esos movimientos. A Leibniz no le satisface esta solución y la sustituye por la teoría de la ‘armonía preestablecida’: el cuerpo sería como un reloj independiente del alma, pero acordado de tal modo por Dios que sus movimientos corresponden a los del alma. Así, pues, en el cartesianismo el cuerpo figura sólo como un miembro honorario y decorativo del hombre. Un paso más da el idealismo, llegando a suprimirlo, con la tesis de que la única realidad humana no es siquiera la ‘cosa que piensa’ de Descartes, sino el pensamiento: panteísmo de Spinoza, inmaterialismo de Berkeley, criticismo de Kant, panteísmo absoluto de Fichte, Schelling y Hegel, neocriticismo de Renouvier y Hamelin, idealismo de Brunschvicg. Ni incluso Bergson, que tan atinadamente luchó contra el materialismo, pudo sustraerse a la tentación espiritualista: el cuerpo es extensión homogénea y cantidad; el espíritu, intensidad heterogénea y cualidad³².

Este paradigma – por así decirlo – sobre el hombre, ha vivido su momento de ímpetu y a la vez ha permitido que un nuevo paradigma se origine no desechando toda la elaboración anterior, sino al contrario, tomándola como punto de arranque para ayudar a comprender la realidad humana que tanto ha dado para pensar y hablar. La inquietud, la duda, los interrogantes siguen suscitando en el hombre ese deseo por saber más de sí mismo. Dejado

³²Gran Enciclopedia Rialp: Humanidades y Ciencia.[citado el 2 de noviembre de 2012], disponible en: http://www.canalsocial.net/ger/ficha_GER.asp?id=5667&cat=filosofia

atrás el dualismo la cuestión sobre el hombre se centra en la unidad, pero una unidad en perfecta consonancia con su humanidad. Esto podría generar más confusión porque entra un elemento nuevo que a pesar de estar siempre ahí es ahora punto clave en la comprensión unitaria del hombre. La humanidad no es exclusiva de una interpretación fisiológica y biológica, ella rompe con estos esquemas para enfocarse en la acción que el cuerpo ejerce pero desde una intencionalidad, es decir, que el cuerpo no actúa sólo, es movido junto con toda su interioridad formando así la persona humana; esto es lo que da sentido y valor a la unidad de la que ahora se habla. “El significado ‘humano’ del cuerpo procede del hecho de que es el cuerpo de una persona humana y está por tanto asumido y unido a la persona, que comparte su suerte con la del propio organismo”³³.

De esta manera el cuerpo se convierte en un dinamismo que alberga dentro de sí toda la existencia humana. Ahora, el hombre no se interpreta ni se asume como división, es una unidad que camina hacia el horizonte pero configurada de forma única, donde el cuerpo se convierte en el medio para alcanzarlo dándole significado y sentido. En pocas palabras la experiencia humana está dada por el cuerpo que se expresa, se comunica, se hace presente y se muestra como un lugar desde el cual el hombre se configura consigo mismo, dirigiéndose y complementándose con el otro para avanzar y crecer en una auténtica humanidad que finalmente es lo que lo hace ser persona. “El cuerpo es siempre una manifestación del hombre entero, y así ‘mi cuerpo’ es la expresión gráfica de mi vida personal, de mi personalidad como individuo único, irrepetible e inconfundible”³⁴.

Es claro que la antropología filosófica permite comprender la realidad humana a partir de su esencia, existencia y trascendencia; preguntas como ¿qué es el hombre?, ¿cuál es el sentido de su existencia?, llevan a querer indagar profundizando en ese mundo tan complejo como lo es el humano. Sin embargo tales interrogantes y muchos más, poco a poco han sabido hallar cierta respuesta que en su comprensión más fuerte se argumentó desde el dualismo cuerpo-alma. No obstante, el pensamiento antropológico-filosófico no se quedó ahí, su comprensión llevó a disgregar este dualismo para enfocarse en algo quizás con más sentido como lo es la unidad.

³³ Gevaert, *El problema del hombre*, 92.

³⁴ Instituto Internacional de Teología a Distancia, *Iniciación a la antropología*, 22.

Todo este avance sobre la interpretación del hombre es fundamental y desde la filosofía se han dado algunas pautas para su comprensión, pero a decir verdad hay una realidad que aún inquieta más y es algo que la filosofía no responde en su totalidad, pues se sale de su objeto formal. Tal inquietud se enfoca hacia la trascendencia, es algo que junto al problema de la esencia y existencia hace parte de la realidad humana aumentando su complejidad. No es que el tema de la trascendencia sea ajeno a la filosofía, sino que ello requiere de un enfoque preciso y profundo y en este caso la antropología teológica lo puede dar. A partir de esta visión se va marcando cada vez más el carácter teológico en la comprensión del hombre, que junto a la antropología filosófica, pretende dar a entender que la existencia humana por sí sola no tiene sentido, y junto a la esencia y trascendencia, se hace necesario descubrir que hay una relación directa con Dios la cual permite percibir lo que realmente es el hombre.

El hombre en su indagar, en su preguntar, en su experimentar, trata de llegar al fondo de su realidad humana. Ello indudablemente lo conduce a descubrir una realidad que trasciende su misma realidad, “este hecho fundamenta una pregunta obvia: ¿por qué existo? Si yo no soy el fundamento de mi existencia, ¿quién me la ha dado y quién me mantiene en ella? El acudir a una serie de fundamentos inmediatos (los propios padres), que a su vez carecen de fundamento autosuficiente, remite necesariamente a un fundamento que está más allá y fuera de la serie”³⁵.

Esta referencia a la trascendencia deja ver entonces que la esencia y la existencia humana no son autofundantes, el hombre gracias a la capacidad de razonar y de experimentar logra descubrir que su existir tiene un punto de partida y un punto de llegada que da sentido a su vida; por ello se pregunta y se relaciona con su entorno, no porque el instinto lo lleve, sino porque la realidad superior o trascendente lo empuja y conduce por el camino de la vida. Ello deja ver claramente que la realidad humana es parte de la realidad trascendente; en el hombre se da la participación de dicha realidad, y él a través de la experiencia, permite que el trascendente actúe llevándolo a descubrir que sus acciones tienen sentido y razón por el sólo hecho de existir. Ahora, esta experiencia solamente se puede expresar a través de la categoría cuerpo, ya que es el único medio del hombre para manifestar la totalidad de la

³⁵ Bravo, *El marco antropológico de la fe*, 11.

realidad trascendente. Esta realidad que la antropología filosófica designa como trascendente, es definida puntualmente por la antropología teológica como Dios.

Karl Rahner considera que el hombre está referido a aquella trascendencia que lo constituye en un ser que pregunta, que ama, que tiene conciencia y libertad y experimenta la culpa y la responsabilidad, trascendencia que se convierte al mismo tiempo, en el más profundo misterio que confronta al hombre. Su nombre podría ser “Dios”, pero no como objeto sino como fundamento y razón de ser de toda realidad, y ante todo de la realidad del hombre mismo³⁶.

Como lo plantea la antropología filosófica, el problema del hombre radica en su esencia, existencia y trascendencia, esto lleva a generar dudas, hacer preguntas y elaborar posturas que de alguna manera estructuran el conocimiento humano. Pero en todo ello parte del problema es la trascendencia, es decir, aquella realidad que rodea al hombre y que poco se comprende por estar fuera del límite humano. A este respecto la teología como ciencia enfocada al conocimiento y a la experiencia de Dios aparece no para hacer un discurso, sino para clarificar y argumentar la realidad hombre a partir de la realidad Dios. “El adjetivo teológica nos señala cuál es el punto de vista: se trata de lo que el hombre es en su relación con el Dios uno y trino revelado en Cristo”³⁷.

Si bien es cierto la realidad Dios ha estado siempre presente en el hombre, hace parte de su esencia, existencia y trascendencia, y es tarea de él descubrirlo para entablar una relación e iniciar toda una experiencia de vida. Al preguntarse por su propia esencia y existencia el hombre implícitamente está indagando por su trascendencia, o sea, sobre Dios; y aunque muchos a lo largo de los siglos quieran negarlo el hombre sin su referencia a Dios no es nadie, hasta la filosofía en sus orígenes daba indicios de ello. La misma fenomenología en su argumento sobre el conocimiento humano de las cosas deja ver que en el conocimiento ya está la realidad Dios; “el ser absoluto, el tiempo y el espacio son categorías ya dadas, por eso cuando el hombre se vuelve sobre sí mismo para conocer, implícitamente está conociendo a Dios, y por el sólo hecho de existir, Dios está actuando en él siendo percibido

³⁶ Ibid., 16.

³⁷ Ladaria, *Antropología teológica*, 9.

de manera categorial: experimentar, conocer, juzgar, desear, decidir y actuar”³⁸. Como quiera que sea interpretada la realidad Dios, la antropología teológica quiere mostrar que el hombre está ligado a la trascendencia, ello complementa y da respuesta a todas las inquietudes que a lo largo de los siglos han surgido y que aún hoy se siguen presentando.

Ciertamente Dios está presente en el hombre, y esto lo hace a través de la Revelación; es Dios mismo quien quiso darse a conocer, salir al encuentro del hombre en su historia para mostrar que es un Dios cercano. Esa Revelación a la esencia y existencia humana tuvo su realización plena en el mismo hombre, es decir, que Dios mismo se hizo hombre para estar con los hombres. Esto puede sonar algo confuso pero es la razón de ser de la voluntad divina. Esa participación de Dios en la humanidad se dio concretamente en la persona de Jesús de Nazareth, quien siendo su único Hijo es enviado como hombre asumiendo toda condición menos el pecado (cfr. Fil 2, 6-11). Es Jesús quien revela al Padre, quien muestra realmente la intención de Dios para con la humanidad, es Él quien deja ver que el hombre es el destinatario del amor del Padre. “En cuanto destinatario de la revelación salvífica, el hombre es, por consiguiente, también en este modo derivado, objeto de la misma. Desde este punto de vista tiene sentido la denominación ‘antropología teológica’”³⁹.

Pero en concreto ¿cómo percibe y asume el hombre la Revelación? Esto es algo que viendo la magnitud de la pregunta y del argumento puede ser difícil de responder, pero a decir verdad no lo es, lo complicado es desarrollarlo, realizarlo en la propia vida. Como bien lo argumenta el padre Gustavo Baena “la revelación es el encuentro de Dios con el hombre en la estructura de la existencia humana cuando el hombre pone en marcha su propia existencia: experimentando, conociendo, juzgando, deseando, decidiendo, actuando. O sea, desplegando el propio conocimiento”⁴⁰. Por tanto, percibir y asumir la Revelación sólo se da en la medida en que el hombre pone en marcha su experiencia humana; cuando se experimenta, juzga, desea... ahí se está estableciendo una relación con Dios, se está asumiendo su voluntad, se está siendo uno con Él.

³⁸ Cfr. Baena, y Arango, *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*, 5-7.

³⁹ Ladaria, *Antropología teológica*, 10.

⁴⁰ Baena, y Arango, *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*, 9.

La experiencia humana es lo que permite comprender concretamente cómo es que Dios participa en la vida. Por eso me atrevo a decir que la antropología teológica es uno de los soportes que junto a la antropología filosófica mantienen y sustentan la esencia, existencia y trascendencia del hombre abarcando no sólo lo externo, la dimensión física, sino también el interior, la dimensión espiritual haciendo del hombre una auténtica unidad.

Es interesante ver cómo Dios no le da al hombre todo en las manos, se hace necesario que él ponga de su parte, dé su cuota para que la relación que se establece esté dada desde la libertad y la voluntad. No en vano la Revelación en un momento puntual de la historia causó tanta incompreensión, pues el hombre aún no entendía que él también debía aportar algo, esa aceptación de Dios implicaba esfuerzo, entrega y era algo que incluso aún hoy cuesta mucho.

Hay algo que realmente llama la atención en cuanto a lo que la antropología teológica propone y argumenta, es el tema de la experiencia humana que llevando a la fe da respuesta a la Revelación de Dios. Si bien es cierto que el hombre desde antiguo ha visto la necesidad de encontrarse con Dios, no lograría hacerlo sin la propia iniciativa, es decir, en salir al encuentro, experimentar a Dios pero con una condición: estar convencido, seguro y confiado en Él para hallarlo en el otro.

Para que ello se realice, al igual que lo presentaba la antropología filosófica cuando se refería a la esencia, existencia y trascendencia humana como algo palpable y visible, es necesario valerse de una categoría que es común a todos: el cuerpo. Sí, es el cuerpo el medio a través del cual Dios mismo se valió para hacerse hombre; Jesús fue tan visible como cualquier hombre, experimentó todo aquello que el cuerpo humano vive. Esta corporalidad dada por Dios a su Hijo no significó una ruptura entre lo divino y lo humano, al contrario, fue la única manera de transmitir todo lo que Dios es: amor, gracia, libertad, unidad. Es por eso que la experiencia humana de Dios no ha de quedarse encerrada en sí mismo, ha de salir, buscar, pero sobre todo dirigirse al otro porque es allí donde está Dios y hay que descubrirlo.

Hablar de humanidad desde la antropología teológica es asumir a Dios en la vida particularmente desde la persona de Jesús. La humanidad de Dios tiene cuerpo y espíritu,

pero no vistas como dualismo sino como unidad, es más, como comunidad, ello hace que la experiencia humana sea realmente una experiencia de vida donde la intimidad de Dios y la intimidad del hombre se hacen una sola. El encuentro con Dios permite que se dé el encuentro con el otro, que se experimente auténticamente ese amor de Dios que tanto se ha derramado en el mundo como autodonación; esto lleva a afirmar “que la antropología teológica es teología en el sentido estricto porque trata de la autodonación de Dios; pero también es antropología en la medida en que acontece algo con y en el hombre por su encuentro con Dios”⁴¹.

Como se puede comprender la antropología no se queda sólo en un discurso, el hecho que su objeto material como campo de reflexión sea el hombre hace que además tenga un objeto formal, es decir, un enfoque específico. Esto es lo que realmente le da el toque particular para que cada antropología dé su aporte significativo. En este caso puntual la filosofía y la teología desde la perspectiva antropológica tienen mucho que decir y contribuir; más allá de lo meramente físico está el interior, y es allí donde se alberga el mayor número de interrogantes que inquietan pero que a su vez y gracias a la voluntad e intención de hallar respuestas, han encontrado un camino que iluminado por la razón y la fe favorecen la construcción de la identidad y ayudan a una evolución humana con sentido, pertenencia y coherencia.

1.3 Teología Moral y Categoría Cuerpo

Es evidente que el hombre es un ser de constantes preguntas, el indagar por su esencia, existencia y trascendencia lo hacen un ser único y diferente que quiere hallar sentido a su vida y más aún, a su relación con el mundo que le rodea incluyendo a sus semejantes. En este cuestionarse se descubre como un ser que no sólo está conformado por una realidad física, sino interior, es decir, que hay algo más profundo y no tan visible que lo lleva a actuar de cierta manera tanto consigo mismo como con los demás.

⁴¹ Meis W. Anneliese. “El rostro del otro: Acercamientos recientes a la Antropología Teológica”. *Teología y Vida*, Vol. 39 (1998): 13-14.

Ese descubrir del hombre lo ha llevado a lo largo del tiempo a seguir buscando más respuestas, y en ello la ciencia ha sido fundamental, pues en su indagar le ha ayudado a encontrar cada vez más, elementos que le aportan en su proceso de evolución y en la comprensión de sí mismo. Particularmente en lo que respecta al ser humano en su relación con Dios, la teología como ciencia ha aportado elementos valiosos que ayudan a comprender el vínculo existente entre lo humano y lo divino, un vínculo que sólo se descubre a partir de la misma experiencia humana, y que el mismo hombre va transformando a lo largo de su vida.

La teología no pretende imponer absolutismos, lo que busca es mostrarse como “un saber especial (ciencia “sui generis”) condicionada por la fe”⁴²; es un saber sobre Dios que se percibe y conoce desde la fe para comprender la realidad humana no sólo a partir de lo meramente físico, sino a partir de su relación con la divinidad. Tal divinidad participa en la vida del hombre, es decir, se revela a él en un momento y en la historia particular de un pueblo, mostrando que Dios es un Dios cercano que sale al encuentro y espera una respuesta positiva de parte del hombre.

Indudablemente la Revelación y la fe son el fundamento de la teología, ello no sólo implica el conocimiento humano sino que trae consigo un actuar que partiendo de la iniciativa de Dios, involucra al hombre llevándolo a percibir y a participar de su existencia. Para llegar a entender esto se hace necesario partir del soporte antropológico, es desde la realidad humana con todas sus implicaciones donde se comprende la realidad Dios, ya que el hombre en la evolución y construcción de su vida va descubriendo que su existir no es como el de los demás seres, que su esencia, existencia y trascendencia están en una estrecha relación con aquella realidad que desde su interior lo hace ser unidad y un auténtico ser humano. Esa percepción de la realidad Dios está mediada por una conducta que ayuda a interpretar tal relación con Dios, esto hace que el hombre responda a esa participación divina y la forma de hacerlo es a través de la fe.

Ciertamente la teología no es una ciencia que divaga en el mundo de las especulaciones e incomprendiones, tiene claro su campo de reflexión y enfoque específico, es toda una ciencia con fundamento, con razón de ser y no prescinde de las demás ciencias, ya que

⁴² Múnica, *Moral. Líneas para una Teología Moral General*, 2.

ellas, particularmente la antropología y la moral (sin descartar otras), le aportan aspectos esenciales para la construcción de su propio conocimiento. Ahora, tal conocimiento no se queda sólo en construcciones científicas, tiene un ingrediente principal que la hace ser única y diferente entre las demás, es una ciencia cuya fuente de conocimiento es Dios y aunque sea su particularidad no deja de lado al hombre, ya que es por medio de él, de su experiencia interpretada como fe, que se comprende tal realidad divina.

La teología al referirse al hombre en cuanto a su relación con Dios va teniendo un enfoque particular que le permite comprender mejor el sentido de su fe. Tal enfoque está muy conexo con la conducta, es decir, con la moral; ello refleja su manera de proceder pero es una manera exclusiva que está mediada por Dios mismo. Aquí la teología al articularse con la moral, lleva al hombre a ver su conducta no como normas que subyugan, sino como un obrar con sentido que va más allá de una simple acción o actitud superficial, y que busca hacer del hombre un lugar donde Dios pueda llevar a cabo su obra de amor.

Surge entonces la teología moral que “viene a constituirse en un saber teológico sobre el obrar humano con base en la fe y en método hermenéutico”⁴³. Esto permite comprender que el fundamento de la teología (Revelación y fe) son realidades que no están sueltas, están adheridas al hombre y han de ser interpretadas por él mismo desde su experiencia de vida, llegando a entender que su obrar está enfocado hacia el bien propio y común gracias a un modelo de vida dado por Dios. Este obrar humano dirigido siempre a hacer el bien y evitar el mal, es presentado por el Concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et spes*, como una respuesta clara de la conciencia moral del hombre, que le lleva a no perder la dignidad que le ha sido otorgada por Dios con todo su amor, dignidad que lo hace un ser especial y diferente. “En la profundidad de su conciencia descubre el hombre una ley que no se dicta él a sí mismo pero a la que debe obedecer y cuya voz suena con claridad a los oídos del corazón cuando conviene, invitándole siempre con voz suave a amar y obrar el bien y evitar el mal: haz esto, evita lo otro”⁴⁴.

⁴³ Ibid., 2.

⁴⁴ Concilio Vaticano II, GS No. 16.

La Iglesia en el transcurso del tiempo ha presentado algunas posturas de lo que significa la teología moral dejando ver la importancia que tal ciencia tiene para la comprensión humana y la misma teología:

La reflexión moral de la Iglesia, hecha siempre a la luz de Cristo, el ‘Maestro bueno’, se ha desarrollado también en la forma específica de la ciencia teológica llamada *teología moral*; ciencia que acoge e interpela la divina Revelación y responde a la vez a las exigencias de la razón humana. La teología moral es una reflexión que concierne a la ‘moralidad’, o sea, al bien y al mal de los actos humanos y de la persona que los realiza, y en este sentido está abierta a todos los hombres; pero es también *teología*, en cuanto reconoce el principio y el fin del comportamiento moral en el único que es *Bueno* y que, dándose al hombre en Cristo, le ofrece las bienaventuranzas de la vida divina⁴⁵.

Este planteamiento sin duda alguna parte de una realidad clara y primordial: la Revelación. Es gracias a esta acción de Dios que el hombre comienza a entender que sus actos no son simples acciones, ellos están orientados por Dios quien siendo el sumo bien quiere el bien para el hombre. La teología moral a este respecto y como se ha venido manifestando se centra en la experiencia humana unida al evangelio, desde allí el proceder del hombre tiene sentido, ya que no es sólo la participación de Dios en su vida sino la respuesta humana que gracias a la fe se da ante esta interpelación divina.

En esa experiencia humana hay un aspecto importante que abre la perspectiva de la teología moral con miras a una mayor comprensión del proceder humano en su percepción de la Revelación. La experiencia humana puede ser entendida como un camino, en él el hombre avanza gracias a las relaciones que logra establecer llegando a descubrir nuevas realidades, es decir, que todo lo que él vive lo hace descubrir nuevas formas de vivir; esto no sería posible sin la participación total del hombre, donde su interioridad y exterioridad forman una perfecta unidad en él. En esa experiencia humana vale la pena resaltar la categoría cuerpo que es el centro de la presente investigación, y que gracias a la teología moral se convierte en una categoría esencial para conjugar la experiencia humana con el evangelio,

⁴⁵ Veritatis Splendor No. 29.

llegando a convertirse en la expresión plena de la Revelación de Dios y la respuesta del hombre.

Hasta hace poco tiempo la palabra “cuerpo” suscitaba sentimientos de desconfianza, e incluso de amenaza ya que se asociaba con el sexo y éste era considerado como un mal. Y del mismo modo esta actitud negativa se extendía a las demás realidades corporales y materiales. Pero la moderna Antropología Filosófica ha conseguido recuperar el concepto como algo que es fundamental para explicar y comprender al hombre en su totalidad, considerando el cuerpo no como una parte externa, negativa y peligrosa, sino como expresión y presencia de su totalidad, como un modo fundamental de ser y de realizar la propia vida personal⁴⁶.

La totalidad del hombre, o sea la plena unidad, es el lugar central donde ocurre la Revelación de Dios. Esta participación divina gira en torno no sólo a la individualidad, sino que afecta además todo el entorno haciendo que se origine una respuesta por parte del hombre. Como se ha argumentado, tal respuesta, que ha de ser positiva, está mediada por la fe, es decir, por aquella certeza y seguridad en Dios quien afecta la vida interior generando cambios que se manifiestan en la conducta.

Tal respuesta dada por el hombre no se queda en meros sentimientos o emociones, ella sale del interior para ser presentada de forma física; no tendría sentido aceptar la Revelación de Dios sólo desde una percepción interior, ella necesita ser exteriorizada, dada a conocer, y la única manera de hacerlo es a través del propio cuerpo. Esto en menor o mayor grado lo que quiere dar a entender es que la categoría cuerpo junto a todo el conjunto humano es clave para interpretar la participación de Dios, una participación que se confirma en lo netamente humano involucrando todos sus aspectos y categorías.

Esta respuesta física dada a través del cuerpo desencadena en la conducta que desde luego está mediada por Dios, ello hace que el hombre no sólo camine sino que construya su identidad dándole sentido a la propia vida y a la historia para que el bien que haga, es decir, la moralidad de sus actos, creen un estilo de vida que no discorra en diferencias, sino que busque la unidad tanto individual como comunitaria.

⁴⁶ Instituto Internacional de Teología a Distancia, *Iniciación a la antropología*, 20.

La categoría cuerpo es sin duda alguna el instrumento y además el lugar que conduce al hombre hacia Dios; no es el alma sola la que lleva a la trascendencia como lo percibían los griegos y el cuerpo aquello corruptible, aquella “cárcel” que encierra lo esencial y existencial del hombre; es el todo humano lo que hace de Dios una auténtica realidad cercana que se revela al hombre tocando desde su interior hasta el más mínimo detalle, para que a su vez éste aceptándolo lo exteriorice por medio del lenguaje tanto verbal como corporal.

No se equivoca el hombre cuando se reconoce superior a las cosas corporales y cuando se considera algo más que una partícula de la naturaleza o un elemento anónimo de la ciudad humana. Con su capacidad de interiorización supera la universalidad del cosmos y es capaz de tocar esas profundidades cuando mira a su corazón, donde le espera Dios, que escruta los corazones (Cfr. 1Re 16,7; Jer 17,10), y donde solo él puede decidir su propio destino ante los ojos de Dios. Así, pues, cuando reconoce en sí mismo la presencia de un alma espiritual e inmortal no es víctima de un falaz espejismo, procedente sólo de condiciones físicas y sociales, sino que, en realidad, toca una verdad profundísima⁴⁷.

Es entonces tarea de la teología moral ver la categoría cuerpo no como un aspecto superficial en el hombre, sino como el lugar donde se revela Dios y desde el cual se expresa la acción divina. Desde este lugar netamente humano no sólo han de plantearse y poner en práctica normas y principios, se ha de estar abierto a recibir la buena noticia que viene de Dios, una buena noticia que de forma concreta propone un estilo de vida; desde este lugar la teología moral comprende que el hombre es la plena realización de Dios quien se inserta en su vida de forma específica en la persona de Jesús, y por medio de Él hace que su dignidad no se pierda a pesar de su conducta y los juicios y valoraciones que sobre él se hagan. Por eso el Concilio Vaticano II afirma que el hombre es cuerpo y es alma en unidad, y su vida corporal es buena y digna por ser creada por Dios; esto hace del cuerpo el auténtico lugar, donde Dios participa y el hombre se encuentra con su Creador dando sentido a su existir y a su relación con el cosmos y sus semejantes.

⁴⁷Concilio Vaticano II, GS No. 14.

El hombre, unitario en su dualidad de cuerpo y alma es, por su condición corporal, una síntesis del universo material, de tal modo que los elementos encuentran en él su plenitud y pueden alabar libremente a su Creador (Cfr. Dan 3, 57-90); de ahí que no esté permitido al hombre despreciar su propia vida corporal, sino que está obligado a considerar su cuerpo como bueno y digno de honor, ya que ha sido creado por Dios y ha de resucitar el último día⁴⁸.

⁴⁸Ibid.

CAPITULO II: CARACTERIZACIÓN DE LA CATEGORÍA CUERPO DESDE LAS CATEQUÉSIS DE JUAN PABLO II

Sin lugar a dudas la antropología y la moral son dos grandes ejes que articulados entre sí le proporcionan a la teología un punto de apoyo, mejor aún, una base sobre la cual su reflexión acerca del hombre no se queda en el aire, sino que está perfectamente asentada, sustentada y argumentada desde la realidad humana y divina. Esto lleva a comprender que la teología tiene todos los elementos necesarios, al igual que las demás ciencias, para generar un aporte significativo que contribuya en el proceso de desarrollo y evolución humano, que además está en directa relación con Dios.

La comprensión y la configuración que la teología moral hace con la categoría cuerpo, abre el camino para que su interpretación sea aún más específica. En este segundo capítulo tal caracterización es puntualizada por el aporte que Juan Pablo II hace a dicha categoría desde sus 129 catequesis sobre la teología del cuerpo. Tales catequesis han sido analizadas y presentadas por el p. Mario Pezzi en un documento de septiembre de 2005 que reúne las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia respecto a los temas candentes de la actualidad; allí en un primer punto titulado, Juan Pablo II: una aproximación inédita a la sexualidad, manifiesta que:

La finalidad de estas catequesis es la de dar a conocer la "Teología del cuerpo" que el Papa Juan Pablo II expuso en las audiencias generales de los miércoles, porque representa una forma moderna de expresar el contenido de la Revelación y de la Tradición, sobre bases más bíblicas y con un lenguaje más cercano a nosotros. La luz que proviene de la Revelación sobre la sexualidad, el matrimonio y la familia, en su esplendor y belleza desenmascara los engaños y la pernicie de las ideologías modernas que banalizan la sexualidad, la separan de la persona y del amor, y causa muchas frustraciones en los jóvenes de hoy día⁴⁹.

⁴⁹ Catequesis "sobre la teología del cuerpo" en Juan Pablo II. Una aproximación inédita a la sexualidad. [citado el 24 de septiembre de 2012], disponible en: <http://www.msperu.org/matrimofam/1matrimonio/1catTeolCuerp/teolcuer03.htm>

Esto poco a poco va abriendo la comprensión sobre la categoría cuerpo pero sobre todo va dando luces que llevan a descubrir si realmente el cuerpo es el lugar desde el cual la teología puede hacer una reflexión moral y más aún generar un aporte que dé un nuevo sentido a la existencia humana en pleno siglo XXI.

1.1 Justificación de escoger las catequesis de Juan Pablo II sobre la Teología del Cuerpo

Algo que vale la pena mencionar en cuanto al tema de la teología del cuerpo en Juan Pablo II, es que su análisis partió fundamentalmente de su libro ‘Amor y Responsabilidad’ en el año 1960. En él “manifiesta la importancia de considerar siempre en el otro, una persona digna de respeto y con igual dignidad en cuanto criatura de Dios”⁵⁰. Esto deja ver que la realidad humana no sólo se comprende desde la individualidad, en la relación con el otro está gran parte de la comprensión del sentido de la esencia, existencia y trascendencia, de no ser así, la participación de Dios en el hombre no tendría importancia y menos razón de ser, ya que como lo quiere dejar ver Juan Pablo II, Dios en su intimidad es un Dios de comunión y ello es lo que transmite al hombre desde el momento de la creación.

La teología entonces va abriendo camino, va despejando el horizonte para que el hombre encuentre el sendero que debe seguir y descubra en él aquellos lugares que le orientan y guían. Uno de esos lugares es el cuerpo, ya que lo acompaña en su paso por el mundo y le permite experimentar la realidad humana con sus semejantes pero también con Dios mismo. Es por eso que Juan Pablo II a través de sus catequesis sobre la teología del cuerpo, quiere dejar claro que la teología de hoy no puede seguir dejándose influenciar por un discurso dualista, ha de superarlo, es la unidad lo que prima, y en ello el cuerpo es fundamental, pues es la forma concreta en que Dios se basa para involucrarse en el mundo y en el mismo hombre, y hacerle ver y comprender el sentido y el rumbo que tiene su vida.

El contexto general en el que se desarrollan éstas catequesis está dado por la época moderna, la errada interpretación de la sexualidad, el matrimonio y la familia ocasionan una gran preocupación en la Iglesia, quien en la persona del Papa Juan Pablo II, siente la

⁵⁰ Ibid.

necesidad de hacer una reflexión y sobre todo generar un aporte que ayude a aclarar tal confusión provocada por corrientes nuevas, cuya única intención es la de tergiversar el sentido y la razón de ser del hombre.

Juan Pablo II viendo toda esta confusión descubrió que lo que en realidad estaba surgiendo era una crisis, y no de tipo semántico como podría entenderse en primera instancia, sino una crisis moral, es decir, que el hombre en sí mismo y en su relación con los demás estaba siendo afectado por una realidad que al ser parte de su esencia, existencia y trascendencia poco a poco perdía sentido, además lo estaba llevando a perder el rumbo y el horizonte que desde el principio Dios le había trazado. Esta situación como lo vislumbró el Papa, afectaba al hombre en su conjunto y en su caminar en la historia, por eso en las catequesis se remonta “al principio” y de ahí en adelante a la experiencia que va adquiriendo en su relación con el otro y con la divinidad; asimismo es conducido a un encuentro pleno y eterno con Dios.

La teología del cuerpo que Juan Pablo II presenta en sus catequesis “en cierto sentido es un término de trabajo. La introducción del término y concepto de ‘teología del cuerpo’ era necesaria para fundamentar el tema de ‘la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio’ sobre una base más amplia”⁵¹. La teología del cuerpo es por tanto el pretexto que el Papa utiliza para hablar de la problemática que en ese momento surgía en cuanto a la sexualidad, el matrimonio y la familia; pero sin duda alguna y aunque al parecer no fuese la intención originaria de Juan Pablo II, tocó un tema, es más, puso el dedo en la llaga de una realidad que en pleno siglo XXI sigue interpretándose, y en mayor proporción por los nuevos ambientes en que se desarrolla el hombre, como una realidad confusa y totalmente desarraigada de Dios; ello es el cuerpo.

Si se tienen en cuenta las diversas reflexiones y posturas que se han hecho sobre el cuerpo, se puede notar que todas ellas apuntan, aunque indirectamente, a entreverlo como un lugar; lo que ocurre es que se hace más fácil hablar de categoría, de instrumento, de materia,

⁵¹ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Noviembre 28 de 1984: El amor humano en el plan divino. [citado el 01 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_129.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum* No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 276-280. Cfr. Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 139-145.

carne, etc., que presentarlo como el lugar, el sitio, el cauce que conduce no sólo a hacer una reflexión o generar un aporte, sino a ser una base sobre la cual una ciencia tan antigua como la teología pueda hacer toda una interpretación del hombre y de Dios.

No es fácil en este tiempo tocar un tema que durante varias décadas ha sido, por así decir, piedra en el zapato para muchos, sobre todo para la Iglesia, pues el arraigo que el dualismo manifestó por varios siglos impidió realizar una nueva comprensión. Sin embargo y gracias a la intención del Concilio Vaticano II de darle un nuevo aire a la Iglesia, la interpretación que se ha hecho a la categoría cuerpo, especialmente la presentada por el Papa Juan Pablo II en sus catequesis, le ha dado un viraje a toda la comprensión que del cuerpo se ha desplegado. La Sagrada Escritura en ello es fundamental, por eso el Papa la toma como referente para sustentar y argumentar sus catequesis, dejando ver desde allí que la imagen de Dios es clave para tal comprensión.

La reflexión y aporte dados por Juan Pablo II en sus catequesis son muy amplios, por eso y sin dejar de lado la maravillosa contribución que el Papa hace especialmente al sacramento del matrimonio, se han tomado para esta investigación aquellas catequesis que por su contenido hablan puntualmente del cuerpo como categoría fundamental del ser humano, y dan indicios de interpretarlo como el lugar esencial para la comprensión teológica. De esta manera se va abriendo el camino a un tema que poco se ha tratado y que Juan Pablo II muy bien lo ha introducido, para que los nuevos teólogos sigan abriendo el horizonte de comprensión y la teología sea realmente una ciencia que aporta y apoya al hombre en su crecimiento tanto físico como espiritual.

El horizonte, la perspectiva, el punto de vista desde el cual Juan Pablo II realiza el intento de responder a la crisis actual en orden al amor humano, es exegético y antropto-teológico: quiere dar una fundamentación bíblica y personalista a la moral católica sobre la teología del cuerpo y sobre algunos aspectos del amor conyugal, y de esta manera fundamentar también la doctrina contenida en la Encíclica “*Humane Vitae*” avalada por la Tradición de la Iglesia⁵².

⁵² Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum* No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 281.

Como se puede entrever, las catequesis contribuyen enormemente a una comprensión más clara y lúcida de la categoría cuerpo, y aunque todas son importantes solamente se han tomado 24 de ellas para hacer un análisis e interpretación que busca comprender la postura que Juan Pablo II tiene y el aporte que desde allí se genera para la teología. Estas son:

Primer relato de la creación (Audiencia General del 12 de septiembre de 1979).

Segundo relato de la creación (Audiencia General del 19 de septiembre de 1979).

Inocencia original y redención de Cristo (Audiencia General del 26 de septiembre de 1979).

La soledad original del hombre (Audiencia General del 10 de octubre de 1979).

El primer hombre, imagen de Dios (Audiencia General del 24 de octubre de 1979).

Entre la inmortalidad y la muerte (Audiencia General del 31 de octubre de 1979).

La creación y la mujer (Audiencia General del 7 de noviembre de 1979).

Comunión interpersonal e imagen de Dios (Audiencia General del 14 de noviembre de 1979).

Las experiencias primordiales del hombre (Audiencia General del 12 de diciembre de 1979).

Inocencia y desnudez (Audiencia General del 19 de diciembre de 1979).

Significado esponsal del cuerpo humano (Audiencia General del 16 de enero de 1980).

La triple concupiscencia (Audiencia General del 30 de abril de 1980).

El cuerpo rebelde al Espíritu(Audiencia General del 28 de mayo de 1980).

Dignidad del cuerpo y del sexo según el evangelio(Audiencia General del 22 de octubre de 1980).

La redención del cuerpo(Audiencia General del 3 de diciembre de 1980).

Tensión entre carne y espíritu en el corazón del hombre (Audiencia General del 17 de diciembre de 1980).

La vida según el Espíritu (Audiencia General del 7 de enero de 1981).

El respeto al cuerpo según san Pablo (Audiencia General del 28 de enero de 1981).

El cuerpo humano en la obra de arte (Audiencia General del 15 de abril de 1981).

La teología del cuerpo (Audiencia General 11 de noviembre de 1981).

La resurrección de los cuerpos y la antropología teológica (Audiencia General 2 de diciembre de 1981).

La espiritualización del cuerpo según san Pablo (Audiencia General 10 de febrero de 1982).

La redención del cuerpo, objeto de esperanza (Audiencia General 21 de julio de 1982).

El amor humano en el plan divino (Audiencia General 28 de noviembre de 1984).

1.2 Catequesis de Juan Pablo II sobre la Teología del Cuerpo

Las catequesis de Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo son un gran aporte para la teología del siglo XX y XXI. Aunque en su momento hayan surgido en un contexto distinto al actual y por una errada interpretación de la sexualidad, el matrimonio y la familia, tales catequesis le han abierto el horizonte de comprensión al hombre, que durante siglos se mantuvo oculto a la luz de la verdad que el mismo Cristo vino a traer al mundo. Estas catequesis no pretenden ser la última palabra que se diga sobre la categoría cuerpo, pero sí son el inicio de una interpretación que aunque primeramente apunta más a la vida matrimonial, tiene la firme intención de hacer ver y entender la comunión existente entre Dios y el hombre gracias a la perfecta unidad cuerpo-alma.

En las primeras catequesis que han sido tomadas para la presente investigación, el Papa quiere dejar claro que para comenzar a hablar de la teología del cuerpo hay que partir de la

teología del *imago Dei*⁵³. Este fue un tema que cobró vida y fuerza desde el Concilio Vaticano II, pues desde allí se comenzaba a fortalecer la comprensión de la fe cristiana, buscando recuperar ese sentido de la existencia que sólo se entiende desde la relación de Dios con el hombre, la cual está sustentada en el relato de la creación.

Este tema del *imago Dei* fue tomado por la Comisión Teológica Internacional, quien “se propone reafirmar la verdad de que la persona humana está creada a imagen de Dios para disfrutar de una comunión personal con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y, en ellos, con los otros hombres, y para administrar, en nombre de Dios, de manera responsable, el mundo creado”⁵⁴. Unido a esto, el Concilio quiere dejar claro a través de la Constitución *Gaudium et spes* que “*la imago Dei* consiste en la orientación fundamental del hombre hacia Dios, Fundamento de la dignidad humana y de los derechos inalienables de la persona humana. Puesto que todo ser humano es una imagen de Dios, nadie puede estar obligado a someterse a ningún sistema o finalidad de este mundo”⁵⁵.

Esta intención con la que fue recuperado e introducido el tema del *imago Dei* por el Concilio Vaticano II, le da a Juan Pablo II luces, argumentos y sobre todo la base para

⁵³ Nota del autor: “*Imago Dei*” significa (imagen de Dios). En una sencilla comprensión este término se refiere a que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Pero en una interpretación teológica, la referencia imagen de Dios muestra que el hombre al ser creado participa, entra en comunión con el creador, por tanto Dios está en el hombre y él en Dios. El hombre al ser creado a imagen de Dios tiene la capacidad no sólo de percibirlo, sino de conocerlo y amarlo; esto evidentemente argumenta y sostiene la Revelación divina, pues Dios al revelarse al hombre sale de sí mismo para insertarse en la realidad humana, directamente en su corazón, y a su vez el hombre genera una respuesta positiva que se va fortaleciendo y creciendo gracias a la fe. La “*Imago Dei*” no hace referencia únicamente a una imagen física, es todo el conjunto humano el que hace parte y se configura con Dios. Por ello el Papa Juan Pablo II no habla solamente de un término que arroja una definición, sino de una teología, es decir, que la comprensión del “*Imago Dei*” está dado a partir de una reflexión profunda que parte de la realidad divina e involucra al hombre, haciendo más clara la estrecha relación Dios-hombre. Al parecer la intención del Papa al partir de una teología del “*Imago Dei*” es dejar claro que el hombre está en perfecta unidad con Dios, y ello involucra tanto el cuerpo como el alma. Por ende, proponer una teología del cuerpo, no es algo absurdo, pues su lógica parte desde el inicio, desde la creación del hombre, que no sólo es un ser creado, sino un ser animado y estrechamente ligado a su Creador. Cfr. Comisión Teológica Internacional. *Comunión y Servicio: La persona humana creada a imagen de Dios*. Capítulo I-II. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20040723_comm-union-stewardship_sp.html. Cfr. Comunicadores católicos. *Dignidad y Derechos Humanos*. “El hombre está creado a imagen de Dios, pero no es Dios; recuerda un teólogo del Vaticano. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: <http://es.catholic.net/comunicadorescatolicos/581/2946/articulo.php?id=19510>

⁵⁴ Comisión Teológica Internacional. *Comunión y Servicio: La persona humana creada a imagen de Dios*. Numeral 4. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20040723_comm-union-stewardship_sp.html

⁵⁵ *Ibid.*, Numeral 22.

lograr construir toda una reflexión sobre la teología del cuerpo, que como ya lo había mencionado, aunque apunte más a la vida matrimonial, trae consigo un horizonte que estaba oculto tras los velos de la incompreensión y el poco interés por entender y recuperar esa comunión, que desde el principio ha sido creada entre Dios y el hombre.

En la catequesis sobre el *primer relato de la creación*, el Papa parte de una reflexión que hace sobre el texto bíblico (Mt 19, 1-9), donde los fariseos con la intención de poner a prueba a Jesús le hacen una pregunta sobre el divorcio. En su respuesta, Jesús se remite al “principio”, es decir, al libro del Génesis donde se relata la creación del ser humano como “macho y hembra” (Gn 1, 27). Juan Pablo II, toma esta respuesta como introducción al tema de la unidad e indisolubilidad del matrimonio, la cual lo lleva a hacer todo un análisis e interpretación de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios. Esta *imago Dei* es la que el Papa toma como referencia para comenzar a hablar de la teología del cuerpo, que sin duda alguna tiene como fundamento la creación del hombre tanto espiritual como físico.

Aquí el énfasis en la imagen de Dios abre el asombro del ser humano quien siglos después se pregunta, y aún se sigue preguntando, ¿cómo es que el hombre es imagen de Dios? Esto deja ver que Dios es una realidad que se hace visible y palpable, no necesita estar escondido o ser invisible, es un Dios que se hace uno con el hombre exhalando su espíritu (aliento de vida) y tomando forma material (el hombre).

En la catequesis sobre el *segundo relato de la creación*, el Papa en su análisis a la respuesta de Jesús a los fariseos se enfoca en la creación por separado de la mujer; ella de ahí en adelante se torna complemento y ayuda para el hombre, incluso se convierte en “partner” del hombre para cumplir con el mandato de Dios: “Sed fecundos y multiplicaos, henchid la tierra y sometedla...” (Gn 1, 28). Sin lugar a dudas esto refuerza el sentido que tiene la unidad e indisolubilidad del matrimonio y da coherencia a la respuesta de Jesús, pues hay un imperativo divino que deja ver desde el principio que hombre y mujer dejarán padre y madre y se unirán para formar una sola carne (Gn 2, 24); pero en el fondo también está dando indicios a una teología del cuerpo que ve en la creación del hombre y la mujer un estrecho vínculo con Dios, quien se siente copartícipe de tal obra.

El cuerpo, lo físico está bien sustentado en este segundo relato de la creación, puntualmente cuando Dios toma una costilla del hombre para crear a la mujer: “De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada’” (Gn 2, 22-23). A través de este relato el Papa quiere mostrar además que en tal creación hay una intencionalidad divina que no es lo meramente físico, sino que apunta a una perfecta unidad entre hombre y mujer y desde luego entre Dios y el hombre. Poco a poco se va comprendiendo que la teología del cuerpo no se centra solamente en la materia, lo físico, sino que involucra en ello la intención que en primer lugar es de Dios y luego por la experiencia es manifestada por el hombre.

Desde las catequesis que van de la *inocencia original y redención de Cristo* hasta la *inocencia y desnudez* presentadas en este segundo capítulo, se vislumbra un hilo conductor que busca dejar ver la importancia y el aporte significativo que hace la Sagrada Escritura a la teología del cuerpo, fundamentalmente en el libro del Génesis.

Hay una situación puntual reflejada en el capítulo 3 del libro del Génesis que transforma la vida del hombre luego de su creación, es el pecado. Juan Pablo II lo trae a mención para mostrar la condición de inocencia que el hombre vivía desde el principio, condición que luego por su propia vivencia, es decir, por la experiencia de vida que va teniendo junto a la mujer y con toda la creación, pierde a causa del pecado rompiendo así la primera alianza hecha por Dios con el hombre. Al remitirse Cristo al “principio” cuando responde a los fariseos, lo que está haciendo es revelar que a pesar de que existe el pecado también hay redención, y Él, el Hijo de Dios, es el nuevo Adán que va a rescatar al mundo liberándolo de la imperfección para conducirlo a la salvación. Pero ¿qué lleva al hombre a ésta situación? Esto es lo que el Papa toca con mayor profundidad, por eso su reflexión arranca desde la remisión que Jesús hace al “principio”, al comienzo de todo, esencialmente de la vida humana.

Luego que el hombre es creado dice Dios: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada” (Gn 2, 18). “A pesar de encontrarse rodeado de muchos seres vivos, el hombre siente gran soledad. Es esta experiencia la que Juan Pablo II llamó

‘soledad originaria’⁵⁶. Esta soledad que el hombre experimenta es causada por una diferencia, ya sea física por así decir, que él descubre ante todo lo que le rodea; su naturaleza es distinta a la de su entorno, no encuentra satisfacción a su vida en el mundo creado; “hay una búsqueda de la identidad humana en relación al conjunto de los seres vivientes (animalia)”⁵⁷; en pocas palabras hay un anhelo, un deseo interior que quiere ser descubierto para darle sentido a su existir.

En la soledad hay un aspecto negativo: la ausencia, el horizonte abierto e incompleto. Pero importa, sobre todo, su lado positivo: la vida humana está dirigida hacia el misterio de la trascendencia, hacia el mismo Creador. En esto consiste la soledad: el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios y está llamado a convertirse en compañero suyo. Entre todos los seres vivos solo al ser humano se dirige Dios de tú a tú, como un padre con su hijo, como un amigo con su amigo. ‘Soledad’, por tanto, no quiere aquí decir ‘aislamiento’, sino apertura hacia lo sagrado, hacia Dios⁵⁸.

De esta manera Juan Pablo II interpreta la soledad originaria, y es una soledad que no termina cuando aparece la mujer, sino que lo lleva a descubrirse a sí mismo como un ser en estrecha relación con su Creador y su creación. Este descubrimiento lo va haciendo gracias a su cuerpo, es por medio de él que se ve distinto, que conoce y entra en contacto con el mundo hallando así una gran diferencia que por un lado lo hace ser superior al resto de seres vivientes (animalia), y por otro lado lo conduce junto a su nuevo “partner” la mujer, a construir el mundo y a darle vida como Dios mismo lo mandó. La misma inmortalidad y muerte es experimentada por el hombre en su cuerpo, al descubrirse distinto de los demás seres se encuentra con esta alternativa presentada por Dios, que es simbolizada por el árbol del bien y del mal, y lo llevan a reflejar que su humanidad es única y diferente del resto de la creación. Por consiguiente, el cuerpo en esta percepción, es una condición necesaria para que la creación siga dando vida y el hombre vaya poco a poco autoconociéndose y autodeterminándose para hallarle sentido a su esencia, existencia y a su relación con Dios (trascendencia).

⁵⁶ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 10.

⁵⁷ Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum* No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 285.

⁵⁸ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 11.

Algo que también es primordial para Juan Pablo II en esta comprensión de la teología del cuerpo y que bien está unido a la imagen de Dios y la soledad originaria, es la comunión. El Papa deja ver claramente este tema en el relato del Génesis, cuando Dios después de hacer caer un sueño profundo en el hombre crea de una costilla a la mujer (Gn 2, 21-24). La primera expresión del hombre al ver a la mujer es: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2, 23); ello le permite descubrir que ahora sí hay otro ser igual a él, ese hombre es “varón y hembra (mujer)” y forman auténticamente la imagen de Dios. “A este respecto dice Juan Pablo II de una manera muy clara: El hombre llega a ser “imagen y semejanza” de Dios no tanto en el momento de la soledad cuanto en el momento de la comunión de las personas que el hombre y la mujer forman desde el inicio”⁵⁹.

No sólo es la soledad originaria en relación a los demás seres creados la que lo hace descubrirse imagen de Dios, es el hecho de entrar en perfecta comunión y comunicación con aquel ser semejante a él. Esto refleja la misma comunión que hay en la intimidad de Dios, y en el hombre se expresa a través del cuerpo, donde al unirse a la mujer físicamente, forman una sola carne para dar nueva vida.

Puesto que el hombre y la mujer son seres encarnados cuyo cuerpo expresa a su persona, esta comunión de las personas incluye la dimensión de la comunión corporal por la sexualidad. Por eso, Juan Pablo II no duda en decir: ‘Esto, obviamente, tampoco carece de significado para la “Teología del Cuerpo”. Quizás constituye incluso el aspecto teológico más profundo de todo lo que se puede decir acerca del hombre’⁶⁰.

La comunión entonces va incluyendo al hombre en su plenitud de creación divina. Aquí el cuerpo cobra sentido para la existencia humana, pero no un cuerpo vacío, sino un cuerpo con aliento de vida, con el Espíritu de Dios, que se complementa y se hace uno. Tal unidad sólo es posible desde lo corporal, desde allí el hombre crea identidad y se configura con Dios revelando su imagen no desde la individualidad, sino en comunión con el otro, que en el caso del “principio” es con la mujer.

⁵⁹ Catequesis “sobre la teología del cuerpo” en Juan Pablo II. Una aproximación inédita a la sexualidad. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: <http://www.msccperu.org/matrimofam/1matrimonio/1catTeolCuerp/teolcuer03.htm>

⁶⁰ Ibid.

Muy unido a la comunión está la experiencia, algo que básicamente caracteriza al ser humano y en especial al hombre originario. Juan Pablo II hace referencia a la experiencia humana a partir del texto: “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban el uno del otro” (Gn 2, 25). El hombre desde el inicio comienza a tener experiencias, es decir, comienza a interactuar, a conocer, a vivir, a apropiarse del mundo que lo rodea y que comparte con él la vida. En ese experimentar, como ya se mencionaba anteriormente, el hombre en primer lugar descubre la soledad, la cual lo hace verse distinto de los demás seres pero al mismo tiempo le hace descubrirse semejante al creador, a Dios; luego de esto y al encontrarse cara a cara con la mujer descubre que no está solo, hay otro ser que no sólo se convierte en su ayuda sino que complementa su vida, esto ocurre gracias a la comunión que allí se crea, comunión que mucho antes se manifiesta en Dios su creador.

En esta línea de las experiencias del hombre originario, hay una en particular que marca precedente en su existencia, es la desnudez. Tal adjetivo a lo largo de los siglos ha confrontado al hombre no sólo consigo mismo sino con la sociedad, ella ha sido comprendida como parte de la intimidad humana, y como tal ha de verse con respeto y pudor. Pero en el hombre originario esto no ocurría así, el cuerpo del hombre y de la mujer recién creados eran vistos como parte de la creación y más aún como imagen de Dios. Sólo al momento de la caída, de la desobediencia, del pecado, la desnudez se convierte en vergüenza, es decir, que ahora el cuerpo comenzaba a tener una experiencia distinta a la originaria. En la reflexión del Papa esta experiencia del cuerpo comienza a ligarse con el sexo, pues ahora el hombre descubre la femineidad en la mujer y la mujer la masculinidad en el hombre, esto los hace ver el cuerpo de otra forma.

Todo lo que significa la sexualidad se vuelve así vergonzoso, indigno de lo que somos en cuanto criaturas dotadas de espiritualidad. La sexualidad aparece así como una concesión obligada en relación con la exigencia de la procreación... ¡mientras que no se haya encontrado otro modo de hacer niños!⁶¹

El cuerpo desnudo es ahora una nueva experiencia del hombre y de ahí en adelante su caminar por el mundo, por la historia, va marcando precedente. El cuerpo va tomando nuevas formas de percepción y comprensión que desafortunadamente van en la línea negativa,

⁶¹ Ibid.

por eso el Papa, remitiéndose a la desnudez originaria, quiere dejar claro que el cuerpo es más que un simple objeto, es un instrumento de comunión y representa la plena imagen del Dios creador.

Siguiendo el mismo hilo conductor, el Papa, en las catequesis siguientes (año 1980), se va adentrando cada vez más en el tema del cuerpo gracias a los datos que el libro del Génesis arroja y a la interpretación que de ello él hace.

El hombre y la mujer pasando por la experiencia de la desnudez que los hace sentirse de algún modo iguales pero a la vez diferentes a los demás seres creados, van descubriendo poco a poco que su vida tiene un sentido especial; Dios como su creador les ha puesto en aquel paraíso para que disfruten de él, para que lo vivan y experimenten intensamente en su totalidad. Esto sin duda alguna deja ver que el hombre creado tiene para Dios todo un sentido profundo, una razón de ser, y ello en la interpretación de Juan Pablo II tiene nombre propio, es el amor.

Por amor el hombre ha sido creado y por esa razón, por ese sentir, por esa experiencia divina, el hombre ‘varón y mujer’ llega no sólo a sentir sino a vivir y a experimentar el amor que le ha sido transmitido al momento de su creación. Dios al exhalar su Espíritu no sólo da vida física sino vida interior, vida espiritual, al tiempo de crear transmite y siembra en el corazón del hombre amor; ese amor, al igual que la vida es un don, un regalo de Dios para que el hombre también lo transmita y comparta con su semejante, que en ese momento es la mujer, y a su vez con el resto de la creación.

Con esta interpretación, el Papa quiere mostrar que el amor como don es fundamental en la comprensión del cuerpo; tanto lo físico como lo espiritual en su unidad permiten que el hombre originario se descubra como auténtica imagen del Dios creador. Ese amor con que fue creado le hace entrar en comunión con su semejante, la mujer, así halla sentido a la nueva creación de Dios que lo que realmente pretende es no sólo acompañarlo, sino ser su complemento en el mundo creado, ¿para qué?, es algo que más adelante ambos van descubriendo. Ese amor dado por Dios como don y que a su vez el hombre es capaz de expresarlo hacia su semejante, la mujer, es lo que Juan Pablo II llama ‘*atributo esponsalicio*’, “es decir la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que

el hombre-persona se convierte en don y – mediante este don – realiza el sentido mismo de su ser y existir”⁶².

Sin embargo, el hombre y la mujer a pesar de experimentar ese amor puro y sincero como don de Dios, donde la desnudez de su cuerpo les hace verse y sentirse como seres creados totalmente libres de vergüenza, caen en una nueva experiencia que les cambia la vida y les abre los ojos, como lo dice el texto, a una nueva comprensión del sentido de su existir. Esta nueva experiencia es llamada pecado y coloca al hombre y a la mujer de cara a una realidad que no conocían. Toda la creación se torna distinta para ellos, entre sí se ven diferentes, comienzan a sentir vergüenza llegando por completo a perder aquella inocencia originaria que los caracterizó en el “principio” y los hizo descubrirse como creaturas a imagen de su Creador. “Entonces se le abrieron a ambos los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y, cosiendo hojas de higuera, se hicieron unos ceñidores”. (Gn 3, 7).

En este aspecto del pecado, el Papa quiere introducir el tema de la *concupiscencia*. Con ello presenta una nueva situación, una nueva experiencia que el hombre y la mujer tienen a raíz de su caída o tropiezo. Esta experiencia toca de forma más directa la parte física, es decir, que aquí el cuerpo juega un papel primordial, ya que es el directamente afectado por tal situación. El tema de la concupiscencia es introducido y analizado desde la primera carta de San Juan 2, 16-17 “Porque todo cuanto hay en el mundo – la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas – no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre”.

Para entender estas palabras, hay que tener muy en cuenta el contexto, en el que se insertan, es decir, el contexto de toda la ‘teología de San Juan’, sobre la que se ha escrito tanto. Sin embargo, las mismas palabras se insertan, a la vez, en el contexto de

⁶² Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Enero 16 de 1980: Significado esponsal del cuerpo humano. [citado el 08 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_15.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 296.

toda la Biblia; pertenecen al conjunto de la verdad revelada sobre el hombre, y son importantes para la teología del cuerpo⁶³.

Aquí lo que se quiere reflejar es que el hombre y la mujer al caer en pecado, rompen la alianza hecha con Dios dando paso a una comprensión totalmente tergiversada del sentido originario del cuerpo. “La concupiscencia de la carne y, junto con ella, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, está ‘en el mundo’ y, a la vez, ‘viene del mundo’, no como fruto del misterio de la creación, sino como fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal (cf. Gn 2, 17) en el corazón del hombre”⁶⁴. La masculinidad y feminidad pierden su sentido puro y libre, el sexo ahora se convierte en deseo afectando el corazón humano, el cual ha sido interpelado por Dios para permitirles al hombre y a la mujer, descubrir la verdadera imagen del Creador.

Esta situación de pecado que afecta la existencia humana crea un conflicto entre el espíritu y el cuerpo, es decir, aquello que en el “principio” reflejaba unidad, ahora comienza a desmembrarse, y no por voluntad divina, sino por decisión humana. Todo aquello que el mundo comienza a ofrecerle al hombre va llenando su corazón, la vergüenza que los hace cubrirse crea en ellos un cierto miedo ante Dios que poco a poco hace perder esa comprensión de seres creados a imagen del Creador. “Juan Pablo II acepta sin duda este presupuesto: en el alma del hombre se contiene la imagen divina. Pero añade algo importante: esta imagen brilla también en el cuerpo humano”⁶⁵.

Desafortunadamente el pecado ha nublado la comprensión unitaria del cuerpo y el alma, por eso el Papa a través de la catequesis titulada *“el cuerpo rebelde al espíritu”*, quiere revelar que tal unidad está dada desde la creación y aunque el pecado haya llevado a una división, la intención de Dios fue, es y seguirá siendo, poner en el corazón del hombre el don maravilloso del amor que conduce a comprender que en la totalidad humana está el Dios que crea a su imagen y semejanza.

⁶³ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Abril 30 de 1980: La triple concupiscencia. [citado el 08 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_26.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 314-318.

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 69.

Esto deja ver que el cuerpo no es el que peca por voluntad propia, sino que es, por así decir, el instrumento utilizado. Lo que realmente lleva al hombre a caer en pecado es aquello que entra en su corazón y que no viene del Padre, sino del mundo. Por tanto, el cuerpo tiene *dignidad*, su condición de obra creada por Dios le hace ser valorado por el Creador. La masculinidad y feminidad que determinan el sexo no han de ser vistos en sentido negativo, sino como la participación en el proyecto de vida que Dios tiene para cada ser humano. Juan Pablo II a este respecto toma como fundamento las palabras de Cristo en el sermón de la montaña (Mt 5, 27-28), con ello quiere recalcar que es el corazón humano el que ha de buscar el sentido a la existencia evitando dejarse llevar por el mundo, así se podrá descubrir que el cuerpo es digno junto a sus necesidades y es valorado por Dios en su totalidad.

“En el sermón de la montaña Cristo no invita al hombre a retornar al estado de la inocencia originaria, porque la humanidad la ha dejado irrevocablemente detrás de sí, sino que lo llama a encontrar – sobre el fundamento de los significados perennes y, por así decir, indestructibles de lo que es ‘humano’– las formas vivas del ‘hombre nuevo’”⁶⁶. Esto es algo que el Papa quiere dejar claro en su catequesis sobre la “*redención del cuerpo*”, pues después de haber pecado, lo que sigue es recuperar la Alianza que se manifiesta en la participación de Dios en el interior.

“Es importante recordar que el cuerpo es la forma en que estamos en el mundo, el modo como nos sumergimos en la realidad y participamos en ella. Estar en el cuerpo significa aceptar que somos vulnerables y dependientes; pero también que, gracias a esto, podemos crecer más allá de nuestras propias fronteras”⁶⁷. Con la redención del cuerpo Dios busca restablecer el vínculo de unidad con el hombre que se da no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo. El hombre que ha experimentado el pecado quiere recuperar su relación con Dios y para ello ha de dominar sus deseos rescatando a su vez ese sentido sponsalicio y comunitario originario que lo llevó a ser uno con su semejante, la mujer, y por ende con Dios.

⁶⁶ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Diciembre 3 de 1980: La Redención del Cuerpo. [citado el 08 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_49.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum* No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 319-322.

⁶⁷ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 84.

Sin duda alguna el pecado produce en el hombre una cierta tensión, ello hace que tanto el cuerpo como el espíritu se vean afectados. Juan Pablo II basado en el texto de San Pablo a los Gálatas: “Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí tan opuestos, que no hacéis lo que queréis” (Ga 5, 17), quiere dar a entender que al interior del hombre, en su corazón, se suscita un conflicto. Tal situación de conflicto es originada por la concupiscencia que como bien lo muestra el Papa en la catequesis anterior, afecta de forma directa el actuar humano y crea división al interior, presentando al espíritu como lo directamente relacionado con Dios y al cuerpo como aquello que cede al pecado y aleja de Él.

La sola experiencia de pecado hace que se produzca esta resistencia, ello imposibilita y limita al hombre a verse como auténtica unidad. Esta tensión ha inquietado al hombre por mucho tiempo y en la actualidad lo sigue haciendo, pues el corazón humano expuesto al mundo es frágil y cualquier viento lo puede desviar llevándolo a desconectarse por completo de su espíritu. El Papa fundamentado en San Pablo quiere dejar claro que, aunque se presente esta tensión, ambas realidades pertenecen al hombre y forman en él aquella unidad que desde el “principio” Dios otorgó dando sentido a la existencia humana.

La interpretación que hasta el momento Juan Pablo II ha presentado en sus catequesis permite ampliar el horizonte de comprensión sobre la teología del cuerpo. Como bien lo ha analizado y dejado ver, es un aspecto fundamental de la Revelación de Dios a la humanidad, pues en el cuerpo y en el espíritu es donde Dios se revela y participa directamente de la vida humana. No es el cuerpo por un camino y el espíritu por otro, los que conducen al hombre a Dios, sino la unidad que desde el “principio” se ha dado entre ambas realidades, la que permite darle sentido a la existencia humana; tal sentido no es otra cosa que la comprensión de la propia vida en correspondencia con la vida divina, de donde básicamente se origina la esencia, existencia y trascendencia humana.

En las catequesis siguientes (año 1981 a 1984 escogidas algunas para esta investigación) el Papa se apoya en la teología paulina para mostrar más a fondo la realidad humana. Aquí espíritu y cuerpo son analizados por separado pero no con la intención de fortalecer un dualismo, sino para mostrar la participación que cada una de estas realidades tiene en la vida del hombre, desde su origen y en la experiencia.

En la catequesis sobre “*la vida según el Espíritu*” el Papa deja ver que para San Pablo tanto el espíritu como el cuerpo (carne) constituyen la unidad en el hombre, unidad que al enfrentarse al pecado se afecta en su totalidad. San Pablo en algunas de sus cartas hace énfasis en la carne como aquello que es más vulnerable a caer en pecado.

Al hablar de las ‘obras de la carne’ (cf. Ga 5, 11-21), menciona no sólo ‘fornicación, impureza, lascivia..., embriagueces, orgías’ -por lo tanto, todo lo que, según un modo objetivo de entender, reviste el carácter de los ‘pecados carnales’ y del placer sexual ligado con la carne-, sino que nombra también otros pecados, a los que no estaríamos inclinados a atribuir un carácter también ‘carnal’ y ‘sensual’: ‘idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias...’ (Ga 5, 20-21)⁶⁸.

A través de estas afirmaciones se podría pensar que el cuerpo conduce al hombre a la perdición, a una vida llena de pecado; pero lo que Pablo quiere hacer entender es que aunque el cuerpo, la carne, físicamente manifieste el pecado, no ha de ser despreciado, pues el origen de tal mal radica en el corazón, sólo allí el hombre se hace impuro y comete toda clase de pecado haciendo de su cuerpo el instrumento requerido para manifestar tal impureza. Esto mismo fue expresado por Jesús (cf. Mt 15, 2-20) y Pablo lo utiliza para sustentar sus palabras. Ante esta situación Pablo insiste en que sólo por medio de las obras del Espíritu se pueden borrar las obras de la carne, es decir, que el Espíritu, el cual manifiesta a Dios mismo en la vida del hombre, es el que ayuda a liberar del pecado y a limpiar la impureza; aun cuando sea Dios el que allí habita es el hombre desde su libertad el que decide liberarse, por eso es que tanto cuerpo como espíritu para Pablo son fundamentales, pues son dos aspectos que unidos dan sentido al existir humano y orientan la vida ya sea por el camino del bien o del mal según su propia decisión.

Estas palabras de Pablo y la interpretación que hace del cuerpo y del Espíritu llevan a manifestar un respeto por el cuerpo. Juan Pablo II tomando esta intención muestra a través

⁶⁸ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Enero 7 de 1981: La vida según el Espíritu. [citado el 09 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_52.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 311-312.

de la catequesis sobre *“el respeto al cuerpo según San Pablo”*, que el hombre ha de esmerarse por buscar dejar el pecado, caminar hacia la santidad, respetar su cuerpo. Esto lo deja ver claramente a través de los textos de San Pablo:

Escribe San Pablo en la primera Carta a los Tesalonicenses: ‘...Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación; que cada uno sepa mantener su propio cuerpo en santidad y respeto, no con afecto libidinoso, como los gentiles que no conocen a Dios’ (1 Tes 4, 3-5). Y después de algunos versículos, continúa: ‘Que no os llamó Dios a la impureza, sino a la santidad. Por tanto, quien estos preceptos desprecia, no desprecia al hombre, sino a Dios, que os dio su Espíritu Santo’ (ib., 4, 7-8)⁶⁹.

A este respecto, el Papa sostiene que “la pureza, de la que habla Pablo en la primera Carta a los Tesalonicenses (4, 3-5. 7-8), se manifiesta en el hecho de que el hombre ‘sepa mantener el propio cuerpo en santidad y respeto, no con afecto libidinoso’”⁷⁰. La pureza aquí es interpretada como la capacidad que el hombre ha de tener para mantener su cuerpo en respeto y santidad, sin ella todo impulso y deseo sensible domina el corazón del hombre y por ende el cuerpo.

En la primera carta de San Pablo a los Corintios también se hace mención a este respeto por el cuerpo.

Pablo expone allí su gran doctrina eclesiológica, según la cual, la Iglesia es Cuerpo de Cristo; aprovecha la ocasión para formular la argumentación siguiente acerca del cuerpo humano: ‘...Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido’ (1 Cor 12, 18); y más adelante: ‘Aún hay más: los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios; y a los que parecen más viles los rodeamos de mayor honor, y a los que tenemos por indecentes, los tratamos con mayor decencia, mientras que los que de suyo son decentes no necesitan de más.

⁶⁹ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Enero 28 de 1981: El respeto al cuerpo según San Pablo. [citado el 10 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_54.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 311-312.

⁷⁰ Ibid.

Ahora bien: Dios dispuso el cuerpo dando mayor decencia al que carecía de ella, a fin de que no hubiera escisiones en el cuerpo, antes todos los miembros se preocupen por igual unos de otros' (ib., 12, 22-25)⁷¹.

Estas cartas dirigidas por San Pablo a las comunidades de los Tesalonicenses y Corintios, son un gran aporte a la teología del cuerpo; ellas son presentadas por el Papa como argumento y a la vez sustento de lo que la reflexión teológica pretende con el tema de la teología cuerpo, donde se busca ampliar el horizonte de comprensión sobre el hombre pero en su relación con Dios mismo.

El hombre inserto en esta experiencia de su propia vida, puntualmente en la experiencia del cuerpo, ha llevado a Juan Pablo II a hacer toda una interpretación de esta realidad basándose en los datos arrojados por la Sagrada Escritura. Como lo ha expresado en sus catequesis, el hombre del “principio” descubrió que el contexto de la creación le ayudó a identificarse con su Creador no sólo con lo que le rodea, sino particularmente con su semejante, la mujer. De ahí en adelante comienza toda una experiencia distinta a la que tuvo inicialmente, pues ahora no se siente solo sino acompañado, al punto de llegar incluso a experimentar una realidad que cambió por completo su vida, el pecado. Todo esto ha llevado al hombre, a lo largo de los siglos, a expresar lo que ha significado para sí el hecho de ser creado y vivir en un mundo común con los demás seres.

El Papa recogiendo este deseo humano ha querido mostrar en su catequesis sobre *“el cuerpo humano en la obra de arte”* todo este sentir, que sin duda alguna es esencial para la existencia del hombre. Aquí lo realmente primordial es la cultura, pues gracias a ella la humanidad se configura totalmente en cuerpo y alma para manifestar su entera relación con el mundo, obra creada por Dios. La cultura ayuda a desarrollar la creatividad del hombre y permite que se establezcan relaciones y vínculos que dan identidad; esta cultura hace que el hombre camine con un rumbo fijo, y para ello la configuración del cuerpo y el alma como unidad es esencial, pues permite que ese caminar se haga con toda seguridad y coherencia.

Juan Pablo II en este caminar corporal y espiritual del hombre ha querido puntualizar en el tema central de sus catequesis, para ello realizó una catequesis llamada *“Teología del*

⁷¹ Ibid.

cuerpo”, en la cual hace mención de aquellas palabras de Cristo que siglos más tarde llevaron a abrir el tema de la teología del cuerpo. Jesús en su predicación, especialmente en aquellas intervenciones donde los fariseos y saduceos quieren probarlo, toma como punto de referencia las Escrituras; en ellas hace ver con claridad que Dios desde el principio tuvo una firme intención con el hombre: transmitir su amor y establecer una relación directa con él. Al tomar como fundamento el libro del Génesis, Jesús busca que se tenga claridad sobre la creación del hombre y la experiencia originaria con la obra creada; unido a ello muestra que el pecado afecta directamente el corazón del hombre haciendo de su cuerpo (la carne) algo impuro; la resurrección también entra a formar parte de estas respuestas completando así la base sobre la cual el Papa introduce el tema de la teología del cuerpo como aspecto esencial para la teología.

Junto a los otros dos importantes coloquios, esto es: aquel en el que Cristo hace referencia al ‘principio’ (cf. Mt 19, 3-9, Mc 10, 2-12) y el otro en el que apela a la intimidad del hombre (al ‘corazón’), señalando al deseo y a la concupiscencia de la carne como fuente del pecado (cf. Mt 5, 27-32), el coloquio que ahora nos proponemos someter a análisis, constituye, diría, el tercer miembro del tríptico de las enunciaciones de Cristo mismo: tríptico de palabras esenciales y constitutivas para la teología del cuerpo. En este coloquio Jesús alude a la resurrección, descubriendo así una dimensión completamente nueva del misterio del hombre⁷².

Es así como el tema de la resurrección se convierte para Juan Pablo II en el último aspecto que abarca y complementa la interpretación hecha desde algunos libros de la Sagrada Escritura, sobre la teología del cuerpo. Son varios los elementos que allí se encuentran y aportan de forma clara a la comprensión del hombre, donde a partir de dos realidades primordiales se comprende el origen y sentido de la esencia, existencia y trascendencia humana, el cuerpo y el alma.

⁷² Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Noviembre 11 de 1981: La Teología del cuerpo. [citado el 10 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_64.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 323.

El Papa presenta su catequesis sobre *“la resurrección de los cuerpos y la antropología teológica”* basándose en la respuesta de Cristo a los saduceos sobre el tema de la resurrección (cf. Mt 12, 18-27). Estas palabras llevan a entender que la unión del hombre y la mujer formando un único cuerpo es terrenal, después de la resurrección esa unidad se mantiene, sólo que ahora pasa a ser referida a Cristo, es decir, que en la plenitud de vida con Él ya no existirá ningún vínculo que ate al hombre y a la mujer, todos seremos uno en Cristo.

De igual manera este tema de la resurrección presentado por los sinópticos quiere llevar a comprender que el hombre no perderá su unidad cuerpo-alma; aunque pareciera que el alma se desprende del cuerpo, la resurrección en palabras de Jesús, conduce a una nueva vida donde la totalidad humana será recuperada. “La resurrección, según las palabras de Cristo referidas por los sinópticos, significa no sólo la recuperación de la corporeidad y el establecimiento de la vida humana en su integridad, mediante la unión del cuerpo con el alma, sino también un estado totalmente nuevo de la misma vida humana”⁷³.

Unido al tema del “principio” y la concupiscencia que hace impuro el corazón del hombre, la resurrección puede sonar algo incomprensible y hasta utópico, pues es un tema difícil de explicar y menos de entender a través de la experiencia humana. Sin embargo, este tema el Papa lo presenta en el contexto de sus catequesis no como algo fuera de la realidad, sino como una completa realidad que el hombre experimenta desde esta vida para una vida futura. Esta interpretación se enmarca en una comprensión escatológica, donde ese “ya pero todavía no”, es analizado a partir de la promesa y la esperanza hechas por Dios en la historia del hombre, que cobran vida, sentido y está puesta a la vista de todo el género humano en la persona de Jesús de Nazareth.

La resurrección en la promesa de Cristo incluye el cuerpo y el alma, por eso es que este tema aporta enormemente a la teología del cuerpo, pues su reflexión no se queda sólo en lo meramente físico, sino que revela una continuidad de esa unidad humana en una vida

⁷³ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Diciembre 2 de 1981: La resurrección de los cuerpos y la antropología teológica. [citado el 12 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_66.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 323-325.

futura, donde Dios presenciará cara a cara su obra creada en plenitud. “En efecto, la resurrección da testimonio, al menos indirectamente, de que el cuerpo, en el conjunto del compuesto humano, no está sólo temporalmente unido con el alma (como su ‘prisión’ terrena, cual juzgaba Platón), sino que juntamente con el alma constituye la unidad e integridad del ser humano”⁷⁴. De esta manera el Papa quiere hacer ver que la comprensión del cuerpo en la teología es fundamental para ver desde allí que la relación Dios-hombre es más cercana y palpable que lejana e invisible.

Unido a las palabras de Cristo Juan Pablo II en la catequesis sobre “*la espiritualización del cuerpo según San Pablo*” presenta el tema de la resurrección desde la carta de San Pablo a los Corintios capítulo 15. Allí dice:

Nuestro análisis se centra sobre todo en lo que se podría denominar ‘antropología sobre la resurrección’ según San Pablo. El autor de la Carta contrapone el estado del hombre ‘de tierra’ (esto es, histórico) al estado del hombre resucitado, caracterizando, de modo lapidario y, a la vez, penetrante, el interior ‘sistema de fuerzas’ específico de cada uno de estos estados⁷⁵.

En pocas palabras lo que aquí se interpreta es que con la resurrección el cuerpo cambia totalmente, lo que era humanamente en debilidad, flaqueza, corrupción, etc., en la vida futura será todo lo contrario, es por eso que el cuerpo no queda relegado al mundo material, sino que forma una única realidad junto al alma que lo conduce a una plenitud de vida.

Según Pablo, la fuerza que Cristo le imprime al cuerpo con la resurrección le hace convertirse en un ser espiritual. Esa espiritualización del cuerpo no deja de lado el cuerpo, al contrario, es gracias a su corporeidad que en la vida eterna el hombre en su totalidad será un ser espiritualizado incorruptible, es decir, que el hombre debe pasar necesariamente por la experiencia corporal para llegar a la plenitud de vida. Esto no expresa de ninguna manera que el cuerpo sea una cárcel para el alma, al contrario, es un instrumento, el lugar

⁷⁴ Ibid.

⁷⁵ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Febrero 10 de 1982: La Espiritualización del cuerpo según San Pablo. [citado el 12 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_72.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 323-325.

que permite ese tránsito fijo por el cual todos los seres humanos han de pasar. “El cuerpo recuerda al hombre, por tanto, que ha de morir. Da testimonio de ello en cada enfermedad y en cada nuevo achaque. Pero ¿es este el único mensaje que comunica? De ningún modo: el cuerpo no habla solo de muerte, sino sobre todo de vida”⁷⁶, de una vida que desde el experimentar y el momento presente se construye para llegar a una vida eterna.

Ciertamente el paso del hombre a una vida plena dada por la resurrección en el cuerpo y el alma, sólo se puede entender en el marco de la promesa hecha por Dios, y la esperanza que de ahí surge manifestada por Jesús a la humanidad. Juan Pablo II en su catequesis sobre “*la redención del cuerpo, objeto de esperanza*” quiere dejar claro que el mundo creado por Dios no ha sido abandonado, Él ha estado presente a lo largo de la historia manifestando su amor, y esperando que el hombre un día alcance ese gozo y esa felicidad eterna que Él está dispuesto a darle, y que además le ha prometido en el transcurso de la vida.

El Papa a través de este texto: “Y, al mismo tiempo, toda ‘la creación... está esperando ansiosa la manifestación de los hijos de Dios’, ‘con la esperanza de que también ella será libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios’ (Rom 8, 19, 20-21)”⁷⁷, quiere dar a entender que el camino del hombre no termina con la muerte, su paso por el mundo es transitorio y necesario para llegar a una vida plena, eterna. Esta esperanza ha sido puesta en el corazón del hombre desde el “principio”, puntualmente después del pecado; tal esperanza incluye además a toda la creación, dejando ver así que la redención del cuerpo no sólo se da a nivel humano, sino cósmico.

La esperanza que Dios ha puesto en el corazón del hombre se ha concretizado en el mismo hombre, en la persona de Jesús; Él a través de su testimonio de vida, muerte y resurrección, da cumplimiento a esa esperanza por la cual el hombre ha sido salvado del pecado y la muerte, es decir, que con Cristo la muerte ya no es el fin de la vida, sino el paso a una nueva vida donde se llegará a la felicidad y la gloria de Dios. “Para comprender todo lo que

⁷⁶ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 165.

⁷⁷ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Julio 21 de 1982: La redención del cuerpo, objeto de esperanza. [citado el 12 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_86.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum* No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 323-325.

comporta ‘la redención del cuerpo’, según la Carta de Pablo a los Romanos, es necesaria una auténtica teología del cuerpo”⁷⁸; esto indudablemente lleva al Papa a manifestar que tanto el “principio”, como la impureza que da la concupiscencia, y la resurrección, “encierra en sí un rico contenido de naturaleza tanto antropológica, como ética”⁷⁹. “Cristo habla al hombre, y habla del hombre: del hombre que es ‘cuerpo’, y que ha sido creado varón y mujer a imagen y semejanza de Dios; habla del hombre, cuyo corazón está sometido a la concupiscencia; y finalmente habla del hombre, ante el cual se abre la perspectiva escatológica de la resurrección del cuerpo”⁸⁰.

Según el Papa, la redención del cuerpo no sólo significa la victoria sobre la muerte, sino además, la victoria sobre el pecado. El cuerpo que ha sido creado por Dios y ha experimentado el pecado, ahora por la entrega total de Cristo en la cruz y por su resurrección es liberado de aquella caída, y más aún llevado a una nueva vida. Todo esto sólo tiene sentido desde un abandono pleno en Cristo, y ello implica una actitud de comunión, la cual parte desde el encuentro con el otro para así encontrarse con Jesús y llegar a una plenitud de vida en Dios.

Todo el tema de la teología del cuerpo bien lo ha presentado Juan Pablo II en el desarrollo de sus catequesis. En cada una ha profundizado y realizado una interpretación clara donde justifica toda su reflexión en la Sagrada Escritura. Esto indudablemente genera un gran aporte a la teología y más aún abre el horizonte de comprensión del hombre en su relación con Dios.

En su última catequesis titulada “*el amor humano en el plan divino*”, el Papa presenta a manera de síntesis los temas desarrollados a lo largo de sus reflexiones, donde el punto central es el matrimonio. Aunque la intención de las catequesis fuese el sacramento del matrimonio, se hacía necesario presentar el tema sobre la teología del cuerpo, como elemento fundamental y clave a la hora de hablar del hombre en su experiencia de unidad con la mujer. El cuerpo se convierte entonces en un aspecto primordial para entender la creación del hombre y la mujer, la experiencia de pecado que lleva a la impureza de

⁷⁸ Ibid.

⁷⁹ Ibid.

⁸⁰ Ibid.

corazón por la concupiscencia, y la resurrección del hombre en su totalidad a una nueva vida.

Estos temas sirvieron de soporte para que el Papa argumentara todo el sentido, el valor y la importancia que tiene el sacramento del matrimonio; gracias a ello, abrió el camino a un tema que poco se había tocado debido a su errada interpretación, y que no despertaba mucho interés en el campo teológico, ello es el cuerpo. Indudablemente el tema central de las catequesis: ‘la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio’, está muy bien sustentado en la Sagrada Escritura, y ello fue lo que el Papa presentó en sus reflexiones de una manera enriquecida y coherente; pero a la par se pudo descubrir que allí hay toda una riqueza en relación al tema del cuerpo que abre un nuevo campo para que la teología pueda, cada vez más, comprender la realidad humana en su totalidad y por supuesto su auténtica y estrecha relación con Dios.

La introducción del término y concepto de ‘teología del cuerpo’ era necesaria para fundamentar el tema de ‘La redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio’ sobre una base más amplia. En efecto, es menester hacer notar enseguida que el término ‘teología del cuerpo’ rebasa ampliamente el contenido de las reflexiones que se han hecho. Estas reflexiones no abarcan muchos aspectos que por su objeto pertenecen a la teología del cuerpo (como, por ejemplo, el problema del sufrimiento y la muerte, tan acusado en el mensaje bíblico). Hay que decirlo claramente. Asimismo es necesario reconocer, de modo explícito, que las reflexiones sobre el tema de ‘La redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio’ pueden hacerse correctamente partiendo del momento en que la luz de la Revelación afecta a la realidad del cuerpo humano (o sea, sobre la base de la ‘teología del cuerpo’). Esto se ve confirmado, por lo demás, en las palabras del libro del Génesis ‘vendrán a ser los dos una sola carne’, palabras que originaria y semánticamente están en la base de nuestro tema⁸¹.

⁸¹ Teología del Cuerpo: visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano. Noviembre 28 de 1984: El amor humano en el plan divino. [citado el 12 de octubre de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_audiencia_129.htm. Cfr. Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. Franciscanum No. 111, Año 37, Sept-Dic 1995: 337-339.

El contenido de estas catequesis es muy rico y evidentemente lleva a una mayor comprensión del hombre; su interpretación a la luz del sacramento del matrimonio permite descubrir que el cuerpo aparte de ser una categoría, un aspecto, un elemento humano, puede verse como el lugar, el sitio, el cauce desde el cual se parte y se recorre la realidad humana en relación a la divinidad. Si otras categorías o aspectos han servido para generar una reflexión y comprensión teológica, qué mejor que el cuerpo como creación e imagen divina para hacer fluir no sólo una reflexión, sino un aporte que visible y palpablemente borre toda concepción negativa, desviada y confusa que por varios siglos se ha tenido del cuerpo.

Después de haber conocido la interpretación hecha por Juan Pablo II sobre esta categoría humana en el contexto del sacramento del matrimonio, se pasa ahora a una interpretación y análisis del cuerpo como nuevo cauce teológico para la teología moral. Esto sirve para enriquecer la reflexión y abrir el horizonte a una perspectiva distinta, pero a la vez totalmente adherida al conjunto de lugares que por muchos siglos han aportado en la construcción de una reflexión teológica en sus diversos aspectos.

1.3 El cuerpo como nuevo cauce teológico para la Teología Moral

Evidentemente las catequesis de Juan Pablo II son un gran aporte a la reflexión teológica, la interpretación que desde la Sagrada Escritura hace es fundamental, y permite descubrir la gran riqueza interior que Dios ha puesto tanto en el corazón del hombre como en su experiencia e historia de vida. El cuerpo hace parte de esa gran riqueza, ya que ha sido el modo, el medio, el instrumento del que Dios se ha valido para hacerse partícipe en la existencia humana.

El Papa en sus catequesis iniciales presenta el tema de la imagen de Dios como punto de partida para comprender el sentido y razón de ser de la existencia humana; a través de ello se puede entender que en toda la creación el hombre es el único ser vivo que recibe en su interior la participación de Dios como esencia, existencia, trascendencia, fundamento y motor, que lo empuja no sólo a caminar sino a construir el mundo. En respuesta a ese acto creador de Dios, el hombre acepta la obra divina y se coloca a su disposición. A partir de

ahí comienza una relación estrecha y eficaz que está basada en dos aspectos primordiales: el amor y la comunión.

A primera vista esta relación y participación divina podría entenderse de manera sutil pero profunda como una participación de tipo espiritual, pues realidades como el amor y la comunión son más fáciles de entender desde una percepción interior. Sin embargo, esas realidades están totalmente ligadas a otra realidad, que a diferencia y en correspondencia a lo espiritual, permite que el hombre lleve a cabo todo aquello que en su interior habita, empujándolo a experimentar y expresar ese amor y comunión que son signos de una estrecha relación con Dios.

Tal amor y comunión sólo es posible ser vivido y transmitido por una realidad netamente física que no sólo representa la materia existente, sino una materia especial que alberga en sí una esencia, existencia y trascendencia, y un dinamismo propios, que le han sido infundidos por Dios al momento de exhalar su Espíritu de vida sobre la más grande obra de la creación, el hombre. El cuerpo al ser creado por amor, recibe en su interior la capacidad de amar, esto hace que su estructura física rompa con todo tipo de división, pues aunque el amor de Dios se manifieste al interior, en su corazón, ese amor necesita salir, ser expresado, ser compartido de la misma forma que lo hizo el Creador, y la mejor y única manera que el hombre tiene para realizarlo es a través de su cuerpo.

Pero ese cuerpo que ha sido creado, que ha recibido el espíritu de vida, que alberga en su interior el amor, pasa por una experiencia que trastorna, confunde y lleva al hombre a una situación de alejamiento y ruptura de su relación con Dios, ello es el pecado. A partir de ahí el hombre se siente y se ve distinto ante su Creador, su cuerpo ha sido el causante de su desgracia, y ahora su vida cambia totalmente. Pero hay algo que el pecado no logra romper y menos terminar, es el amor, y por él Dios sigue acogiendo su creación, sigue bendiciéndola y sigue reflejando aquella imagen suya que desde el principio transmitió al hombre, y ha de ser entendida y asumida de forma espiritual y corporal.

Evidentemente el pecado ha sido una experiencia y una condición que ha provocado total confusión e incompreensión del sentido de la existencia humana. Al separar cuerpo y alma, la unidad originaria con que el hombre fue creado se pierde, y la imagen de Dios queda

reducida exclusivamente a lo espiritual. No se puede caer en una división porque “la corporeidad del hombre participa del *Imago Dei*. Si el alma, creada a imagen de Dios, informa la materia para constituir el cuerpo humano, entonces la persona humana en su conjunto es portadora de la imagen divina en una dimensión tanto espiritual como corporal”⁸². Dejar claro que cuerpo y alma forman unidad en el hombre, es mantener la certeza que Dios creó por amor, y en ese amor manifiesta su ser divino participando, revelándose en toda la historia, incluso sembrando en el corazón del hombre la esperanza de llegar un día a gozar de su gloria eternamente, donde cuerpo y alma retornarán al Padre libres de toda corrupción. (cf. 1 Cor 15, 35-49).

Ciertamente la reflexión y el aporte de la tradición cristiana han apuntado siempre a ver y presentar el binomio cuerpo-alma, como dos realidades que forman unidad en el hombre, de ahí que “ha insistido en el modo diferente en que alma y cuerpo reflejan la imagen divina, y ha llegado incluso a ver en el cuerpo el lugar más propio para localizarla”⁸³. Es así como la interpretación sobre la imagen de Dios poco a poco ha introducido el tema sobre el cuerpo, que aunque la misma Iglesia soportada por la reflexión teológica no lo haya sabido interpretar, comprender y transmitir, es algo que viene dado desde el momento en que Dios decide crear al hombre, y más aún, en relación a sí mismo a través de su imagen.

Realmente es maravilloso comenzar a descubrir que gracias a los hallazgos y las reflexiones hechas por la tradición cristiana, se pueda llegar a comprender que el cuerpo, independientemente de haber sido el instrumento por el cual el hombre pecó, puede ser una experiencia de lugar, es decir, aquel sitio, cauce, espacio, parte o punto desde el cual Dios se ubica para llevar a cabo su plan, su proyecto de vida, que más adelante y a causa del pecado incluye la salvación para toda la humanidad.

Analizar, interpretar y comprender el cuerpo como nuevo lugar teológico no es tarea fácil; antes de hablar de ello hay todo un camino recorrido, donde la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, han elaborado y presentado auténtica y

⁸² Comisión Teológica Internacional. *Comunión y Servicio: La persona humana creada a imagen de Dios*. Numeral 31. [citado el 15 de octubre de 2012], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20040723_communion-stewardship_sp.html

⁸³ Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 32.

acertadamente toda una reflexión y aporte, dando realce a otros aspectos que como lugares, han iluminado toda la comprensión sobre la Revelación, la participación de Dios en el hombre y la relación que de ello surge (la gracia, el pecado, la redención, etc.). El cuerpo, aunque es un tema muy antiguo, ha sido dejado atrás en la reflexión teológica, es decir, que poco se ha tenido en cuenta para profundizar y más aún, generar un aporte significativo. Juan Pablo II mostró interés por el tema, y aunque al escribir sus catequesis la intención estaba enfocada hacia el sacramento del matrimonio, descubrió en el soporte bíblico toda una riqueza en cuanto al cuerpo que lo llevó a presentarlo como teología del cuerpo, es decir, como un tema digno de estudio para la teología, pues allí había todo un mensaje divino que valía la pena revelar.

En la creación del hombre como imagen de Dios se encuentra el primer argumento teológico sobre el cuerpo como lugar.

La imagen, por su parte, no es mero reflejo inmaterial, opuesto al cuerpo y ajena al tiempo y la historia. Hay verdadera imagen cuando ésta se da en interacción viva con el original; y el lugar donde se forjan las relaciones es la carne. Por ello, la imagen necesita del cuerpo, no sólo como soporte en que se estampa, sino para definir su misma cualidad de imagen viva y en relación.⁸⁴

La apertura del corazón del hombre a Dios le permite descubrirse como imagen divina; Dios que crea por amor, transmite ese amor al hombre a un lugar desde el cual es necesario pasar para llevarlo a los demás. Esto inevitablemente ha de expresarse y manifestarse a través del cuerpo, pero como él no lo hace por sí solo, el Espíritu divino que habita en su interior lo empuja, lo lleva, lo conduce a encontrarse con el mundo y a relacionarse con él.

“A través del cuerpo se le revela al hombre la riqueza del mundo del que es partícipe; el cuerpo aparece como puerta que abre su relación con los otros, lugar donde se manifiesta el amor y se traza el camino hacia una comunión plena”⁸⁵. Dios establece en el cuerpo el lugar donde manifiesta su comunión con el hombre; aquella comunión que se transmite desde su intimidad lleva a crear un vínculo estrecho entre lo humano y divino, donde el cuerpo es la

⁸⁴ Ibid., 73.

⁸⁵ Ibid., 133.

única forma de percibir y entender tal relación, que sólo puede ser experimentada cuando se entra en comunión con el otro, con el prójimo.

Dios, estableciendo esta mutua comunión humana, quiso hacerse partícipe de ella de una forma más cercana, y sólo en la persona de Jesús pudo lograr tal iniciativa. En la persona de su Hijo, el Padre logra reflejar plenamente su imagen como creador, por ello en él se logra descubrir un segundo argumento teológico sobre el cuerpo como lugar.

“‘La Palabra se hizo carne’ (Jn 1, 14). La frase del evangelio de Juan se encuentra en el centro de todos los debates acaecidos en torno a la persona de Jesús”⁸⁶; aquí claramente y sin hacer una reflexión profunda, Juan está manifestando y dando a entender que Dios viene al mundo corporal; al hablar de “la carne indica al hombre entero, situado en el mundo y unido al resto de la familia humana”⁸⁷. En pocas palabras, Jesús, el Hijo de Dios no sólo se hizo hombre, sino que se insertó en la historia viviendo y asumiendo un contexto particular, el judío.

Ese Hijo se ha encarnado, ha tomado forma humana, ha recibido un alma y un cuerpo que lo hace uno con los hombres; “Cristo es el Hijo de Dios, nacido eternamente del Padre, consustancial con Él. Es decir, el Padre desde toda la eternidad comunica todo lo que tiene, toda su esencia de Dios, a su Hijo único, que es por eso uno con el Padre, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”⁸⁸. De esta manera su cuerpo se convierte en el lugar donde Dios se presenta, se ubica para transmitir su amor y comunión. “La carne no es un velo que ofusca la revelación del Hijo eterno, sino el lugar propicio para mostrar su comunión con el Padre”⁸⁹.

Asimismo, ese cuerpo que ha sido creado y en el cual Dios ha revelado su auténtica imagen en la persona de Jesús de Nazareth, su Hijo, es un cuerpo cuyo camino de vida llega a un fin. En esta realidad se encuentra el tercer argumento teológico sobre el cuerpo como lugar. El ser humano así como experimenta la vida también experimenta la muerte, de esta forma se llega a pensar nuevamente en la división dualista que planteaban los griegos, donde se

⁸⁶ Ibid., 87.

⁸⁷ Ibid., 87.

⁸⁸ Anderson, y Granados, *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, 103.

⁸⁹ Ibid., 105.

muestra al cuerpo como lo corruptible, lo que se acaba, lo que se destruye, y al alma como aquello puro que ha de regresar a su origen. En Jesús, como ya se ha mencionado, este dualismo pierde validez, pues Él a pesar de ser Dios igualmente fue humano y su condición lo llevó a experimentar también la muerte, muerte que evidentemente sufrió su cuerpo pero que por acción del Espíritu divino retornó (resucitó) a la vida, una vida que ya no es humana sino plenamente divina, es decir, una vida eterna junto al Padre.

Esto lleva a pensar que el cuerpo no sólo tiene un pasado y un presente, sino también un futuro, “ello ¿podría conducir a hablar entonces de una escatología del cuerpo? Ya conocemos, en efecto, que media un estrecho vínculo entre la carne y el tiempo, y que este nexo no se proyecta sólo hacia lo pretérito, sino también hacia el porvenir. Nuestra condición corpórea nos permite anticipar el futuro, haciendo de él una faceta del ahora”⁹⁰.

En la Sagrada Escritura hay algunas referencias a lo que podría entenderse como resurrección de los muertos o de la carne y vida eterna (“Cfr. Os 6, 1-2; Ez 37, 1-4; Dn 12, 2; 2Mac 7; Mc 12, 18-27; Mt 25, 31-46; Jn 3, 36; Jn 6; Jn 6, 40; Jn 5, 28-29; Hch 24, 15; Ap 20, 13-15; 2 Tes 1, 6-12; Rom 8, 1-39; 1 Cor 15, 12-49”⁹¹); “esta realidad acontece en el hombre, donde bajo la acción poderosa del Espíritu, quedará reintegrado y transfigurado en la totalidad de sus elementos psicosomáticos y llegará a su perfección personal y social al final de los tiempos. La resurrección es la extensión para los elegidos de la misma resurrección de Jesucristo”⁹². Esta nueva condición del cuerpo corrobora una vez más que éste es el lugar escogido por Dios para acontecer, “por tanto, si existe un lugar en que podamos entrar en contacto con la eternidad, tal lugar es nuestro cuerpo, que en el vínculo del amor nos permite descubrir la presencia de Dios en lo más hondo de nuestra experiencia”⁹³.

El cuerpo interpretado como lugar le abre una nueva perspectiva a la teología, para que su reflexión no se quede estancada en comprensiones superficiales y hasta radicales de una realidad humana que aun siendo material, forma parte de la unidad y totalidad del hombre

⁹⁰ Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 193.

⁹¹ Resurrección de los muertos. VocTEO. [citado el 09 de noviembre de 2012], disponible en: http://mercaba.org/VocTEO/R/resurreccion_de_los_muertos.htm

⁹² Ibid.

⁹³ Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 197.

como ser creado, que camina en la historia y cuya experiencia con sus semejantes lo hace entrar en una auténtica comunión con Dios.

Para la teología es importante entender y expresar que el vínculo entre Dios y el hombre no está dado solamente por la creación, implica algo más, y es la actitud, la respuesta del hombre ante tal manifestación divina en su existencia, la que lo hace comprender que su vida está totalmente ligada a Dios. Ahora, esto no sería posible si no fuese por la experiencia, es decir, que el hombre en el transcurso de su vida experimenta y descubre a un Dios que está con él, que lo acompaña, que sale a su encuentro y lo invita a seguirle de manera voluntaria, ya que incluso Dios respeta la libertad y la autonomía del ser humano para llevar a cabo su proyecto de vida.

La teología ha buscado incansablemente a lo largo de los siglos mostrar a un Dios tan cercano, que en su labor ha encontrado diversas dificultades, pero ello no la ha hecho detenerse, al contrario ha hecho que su reflexión no se quede en meras palabras sino en acciones, haciendo que cada vez más el hombre encuentre su vínculo y relación con Dios. En esa búsqueda ha surgido como ciencia “la Teología Moral, que constituye un sector de la Teología, que se orienta a un sector de la Antropología, a saber: el obrar humano. Así la Teología Moral viene a constituirse en un saber teológico sobre el obrar humano con base en la fe y en método hermenéutico”⁹⁴. A través de ese obrar humano es que se puede llegar a descubrir que el hombre no actúa por mero instinto, sino que su actuar tiene sentido y razón no porque se base en normas o reglas puestas por los hombres, sino en un modelo particular y ejemplar: Jesús de Nazareth.

El cuerpo visto, interpretado y comprendido como el nuevo cauce teológico, lleva a que la teología moral sea aún más clara y precisa en su reflexión. Si bien es cierto que la Revelación y la fe son su esencia y razón de ser, ello no excluye de ninguna manera una realidad tan importante y clave en la vida del hombre como lo es el cuerpo, al contrario lo incluye no sólo como elemento o aspecto, sino como el lugar necesario para que el obrar humano se dé y además tenga sentido y sea coherente, ya que es Dios mismo quien está participando y actuando en su vida. Ahora, la teología moral tiene claro que su

⁹⁴ Múnica, *Moral. Líneas para una Teología Moral General*, 2.

referencia explícita es Jesucristo, y todo su actuar nunca dejó de lado su realidad física, gracias a ella se manifestó, se expresó y dio a conocer a su Padre, a Dios mismo.

“Cristo es plenamente hombre, una persona en un cuerpo, el Verbo encarnado”⁹⁵. Ese cuerpo no lo exime de su naturaleza divina, más bien lo complementa, lo hace totalmente uno con Dios, en ese cuerpo se descubre al Hijo, un Hijo que revela enteramente lo que es su Padre, la expresión máxima y plena del amor. Cristo como todo hombre experimentó la alegría, el sufrimiento, aun así nunca perdió de vista su horizonte, antes bien invitó a todos a no desfallecer, a cambiar de vida, a buscar la plena felicidad y para ello no era necesario vivir en otro mundo o en otra dimensión, sencillamente había que vivir en comunidad con el prójimo y en comunión con Dios.

A la teología moral no le interesa dar normas de vida para vivir cristianamente, ella simplemente busca que el modelo de vida por excelencia que es Jesucristo, sea tomado como patrón de vida, es más, que sea incluido en el proyecto de vida donde la única norma y ley que debe existir es la del amor, pues en definitiva eso fue lo que Él vino a traer al mundo y a toda la humanidad. En esa ley del amor se inscribe el cuerpo, pero no como una realidad puramente física, sino como aquella corporeidad que volviéndose a sí misma muestra su esencia, existencia y trascendencia descubriéndose como el lugar adecuado y propicio para hacer que el amor no se quede en un mero sentir, sino se vuelva una acción que se expresa a toda la humanidad, manifestando así la autenticidad de un Dios cercano que habita en el interior del hombre.

Por ello, la teología moral abre el horizonte de su comprensión a un nuevo lugar teológico, lugar que no sólo se queda en la Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, sino que ve al cuerpo como el lugar desde el cual el obrar humano está atado al obrar divino, ya que es él junto al espíritu los que dan identidad y hacen que el hombre manifieste la verdadera presencia de Dios. Desde luego este nuevo lugar no anula los anteriores, pues es el hombre en toda su realidad el que hace parte de ellos y les da vida, lo que ocurre es que el cuerpo como pieza esencial en la existencia humana no es solo un objeto, es más que eso, es el lugar creado y escogido por Dios para manifestar su presencia y dejar ver su intención con la humanidad. El cuerpo se inserta en la historia para dar dinamismo al obrar

⁹⁵ Häring, *La moral y la persona*, 57.

humano, un dinamismo que no sólo es físico, sino que partiendo desde el interior lleva al hombre a obrar pero de forma libre. De esta manera el cuerpo como lugar se convierte para la teología moral en un nuevo cimiento que fortalece las bases morales del hombre, haciendo comprender que la participación, la respuesta y la conducta del ser humano a lo largo de su historia no han sido percibidas y manifestadas sólo interiormente, sino que su cuerpo en total unidad con el alma han hecho que el ser humano construya su identidad, y su existir esté vinculado al existir de Dios, quien en un momento particular de esa historia se revela en su Hijo Jesucristo dando a conocer la auténtica intención y la razón del obrar humano para hacer que la vida tenga un horizonte claro y el hombre camine hacia un rumbo fijo, donde sólo obrando el bien y actuando coherentemente se puede llegar.

Para la teología moral el cuerpo como lugar teológico permite comprender que la vida cristiana no es un mero actuar sin sentido, Jesucristo actuó coherentemente siguiendo y escuchando a su Padre, invitó a tener una actitud dinámica pero centrada en el amor de Dios no sólo para consigo mismo, sino para con los demás, ese es el verdadero obrar divino. Pero como bien se ha presentado ese obrar no es puramente espiritual, pone los pies en el suelo a través de lo físico, de lo corporal, de esta manera el hombre manifiesta su conducta. Por eso el cuerpo siendo el modelo divino hace que el hombre descubra que su realidad humana está en perfecta consonancia con Dios, de ahí que tenga sentido todo acto que busque el bien, pues Dios siendo el supremo “Bien” invita a seguirle con una única intención: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo (Cfr. Mc 12, 29-31). Por esta razón, sostiene “Håring que al hombre histórico y real solo podemos comprenderlo mirándolo a la luz de Cristo, puesto que es Cristo el modelo a cuya imagen fue formado y reformado”⁹⁶.

De esta manera la teología moral entra en una nueva apreciación, la del cuerpo no como objeto, sino como cauce propicio donde la Revelación de Dios y la respuesta del hombre a través de la fe no son únicamente percepciones e intuiciones interiores, sino acciones claras y concretas que llevan a adquirir una conducta que responde positivamente a la participación e intención de Dios con el hombre.

⁹⁶ Múnica, *Moral. Líneas para una Teología Moral General*, 45.

CAPÍTULO III: TEOLOGÍA MORAL COMO PEDAGOGÍA DEL CUERPO

Ciertamente el descubrir que el cuerpo es un auténtico lugar del que Dios se vale para hacer viva y evidente su presencia, es todo un aporte significativo que la teología da a la comprensión del sentido de la existencia humana. No en vano el hombre ha sido creado bajo una condición física y material, pues ella junto al alma hacen de la imagen divina una auténtica participación en el mundo especialmente en el ser humano, ya que es la obra más grande y perfecta creada por Dios.

Desde el momento de su creación, el hombre se ha identificado totalmente como un ser distinto de los demás seres, su capacidad de razonar le ha llevado a insertarse en el mundo acercándose, comunicándose y relacionándose tanto consigo mismo como con todo lo que le rodea, especialmente con sus semejantes. Gracias a ese experimentar poco a poco fue descubriendo el verdadero sentido de su esencia, existencia y trascendencia, un sentido que apunta no a una interpretación y explicación netamente humana, sino que va más allá, una realidad que está fuera de sus límites, que trasciende toda su comprensión, en resumen, una realidad llamada Dios.

Pero ese experimentar humano no sería posible sin la participación de su condición corpórea, es decir, que gracias a su cuerpo el hombre camina en la historia, participa en ella y encuentra respuestas a tantas inquietudes que surgen no de manera externa, sino desde su interior. Sin embargo, el cuerpo no es la única realidad que hace parte de la vida humana, existe otra realidad más profunda que unida a él da razón a su actuar y proceder, es el alma. De esta manera surge una especie de dilema que confronta las dos realidades que conforman al hombre y que los griegos interpretaron como dualismo. Esta contraposición con el tiempo se fue afianzando, de ahí que “las ideas platónicas sobre el cuerpo y sobre el alma iluminaron tanto el pensamiento de los romanos como de los padres de la iglesia en la Edad Media”⁹⁷.

Evidentemente el cuerpo ha pasado, a lo largo de la historia, por diversas interpretaciones; tales posturas, que en su tiempo fueron aceptadas y posteriormente generaron conflicto,

⁹⁷ Adorni, Mariano. “Transformaciones del cuerpo en las diferentes etapas de la historia”. [citado el 10 de noviembre de 2012], disponible en: <http://viref.udea.edu.co/contenido/pdf/119-transformaciones.pdf>

marcaron enormemente toda una comprensión que aún en pleno siglo XXI sigue creando cuestionamientos en el hombre. Quizás una de las posturas más marcadas sobre el tema del cuerpo ha sido la religiosa; la sacralización de esta categoría humana llevó en un momento particular a ver el cuerpo como aquello que destruye, que lleva al mal, que aleja de Dios, algo que indudablemente, aunque no en gran proporción, se sigue viviendo. No obstante, hoy en día se ha pasado al otro extremo, el cuerpo perdiendo su carácter religioso se ha cosificado, se ha convertido en un objeto más que es utilizado para sentirse bien, para sentirse a gusto y placentero en la vida. Esta realidad aunque parezca ser nueva, ya se experimentaba desde antes, sólo que lo religioso lo opacaba y ocultaba totalmente.

La desacralización gradual de la vida social ha provocado que las creencias religiosas fueran sustituidas en gran medida por creencias científicas equivalentes en nivel de devoción, pero que no ofrecen exhortaciones morales tan explícitas. De los valores estables se ha pasado a una vida sin imperativo categórico en la que lo que prima es el individualista e indefinido mensaje de ser feliz⁹⁸.

Como bien se ha argumentado en el capítulo anterior, el cuerpo es una parte fundamental del ser humano, no sólo es un instrumento, sino el lugar creado y escogido por Dios para hacerse partícipe y crear un vínculo estrecho con el hombre. El cuerpo no es malo, no es perversión, no es cárcel, no es perdición, es el lugar de encuentro entre Dios y el hombre, lugar que ha perdido credibilidad a causa del mismo actuar humano y que requiere de una necesaria pedagogía como una aproximación, para recuperar su autenticidad como obra creada e imagen revelada de parte de Dios.

La comprensión del cuerpo como lugar teológico ha hecho que la teología moral como ciencia sienta la necesidad y el reto de abrir su perspectiva y ampliar su horizonte. La Revelación y la fe como fuente de su reflexión no se han quedado en meras apreciaciones, han sido aterrizadas e interpretadas gracias a la experiencia humana que a lo largo de los siglos ha llevado a descubrir que entre Dios y el hombre no existe un abismo que los separa, al contrario, existe una verdadera comunión que crea un vínculo de unidad total y perfecta, donde la auténtica intención de Dios al crear al hombre es estar unido a él, y para ello no hay don más grande que lo permita que el amor.

⁹⁸ Ibid.

De esta manera la teología moral se ha de convertir en una verdadera pedagogía del cuerpo que ayuda en la construcción de la identidad humana. El hombre no deja de experimentar y allí es donde el cuerpo juega un papel fundamental, pues no es un medio o un instrumento, sino el lugar que le ayuda a descubrirse a sí mismo y a participar auténticamente en el mundo y en su relación con los demás.

En el campo educativo la teología moral tiene mucho que aportar, no se trata solamente de transmitir conocimientos, sino de hacer que el ser humano tome conciencia y oriente su vida teniendo siempre un horizonte claro. Para ello es fundamental el aporte que la pedagogía le brinda, pues desde allí va elaborando estrategias y va enfocando su camino en la construcción de la identidad. No en vano el ser humano requiere de la educación desde el primer instante de su vida, pues ella en primera instancia le da las bases para que vaya forjando su identidad y pueda insertarse en la sociedad. Por ello la teología moral también abarca una pedagogía, porque el ser humano necesita ser educado y orientado para que su conducta esté siempre encaminada hacia el bien tanto propio como común.

El ser humano en su indagar va descubriendo una pedagogía que le ayuda a comprenderse a sí mismo y hallar el sentido de su esencia y existencia; más aún, desde su trascendencia encuentra respuesta al estrecho vínculo que existe con Dios. En todo, hasta en la Revelación y la fe se hace presente la pedagogía, una pedagogía que apoya a la teología moral en la comprensión del obrar humano, un obrar que está directamente referido a Dios.

La teología moral en su comprensión del cuerpo como el auténtico lugar teológico, ha estado sumida en un amplio camino pedagógico, pues el sólo hecho de que el hombre indague por su esencia, existencia y trascendencia le hacen insertarse en un proceso educativo que lo va formando no sólo en el conocimiento, sino en la conciencia para así poder llegar a descubrir que el cuerpo no es únicamente algo físico y material, sino el lugar desde el cual el hombre se puede relacionar tanto consigo mismo, con los demás y con Dios en perfecta coherencia y sentido.

De esta manera la teología moral puede llegar a convertirse en una auténtica pedagogía del cuerpo, donde este no se quede en meras especulaciones, sino que sea comprendido y asumido de forma clara para que las futuras generaciones en su proceso educativo aprendan

a valorarlo y respetarlo, viendo en él el lugar primordial que da sentido y razón a su vida, además de ser la auténtica imagen de su Creador, quien se revela, participa y transmite todo su ser para que no sólo sea percibido interiormente, sino conocido físicamente gracias a la persona de Jesús, quien aunque no esté de forma física, dejó una gran pedagogía para poderlo comprender y asumir como modelo de vida: la pedagogía del amor.

1.1 Educación y Pedagogía

Es importante hacer un breve recorrido por la reflexión sobre la educación y la pedagogía, pues ello permite y ayuda a comprender el camino que ha de seguir la teología moral para convertirse realmente en una verdadera pedagogía del cuerpo que no sólo reflexione, sino oriente la interpretación que se ha hecho a lo largo de los siglos y haga del cuerpo un verídico lugar creado por Dios, donde Él se revela, habita y actúa haciéndose uno con el hombre, para llegar a comprender de esta manera que el cuerpo ha de ser valorado en todo sentido, pues es el único medio por el cual el obrar humano es expresado y dirigido hacia los demás seres humanos no sólo para comunicarse, sino para crear una relación que transmita la auténtica intención de Dios para con la humanidad: el amor pleno.

A manera de recordar, vale la pena hacer un pequeño recorrido por la educación primitiva: El tipo de educación que recibió el hombre primitivo fue la educación espontánea o educación imitativa. El joven llegaba a adulto intentando repetir en su propia vida lo que veía a su alrededor. Lentamente se iba incorporando a los trabajos de su clan o tribu: se iniciaba en la caza y en la pesca; aprendía a cuidar el ganado; practicaba las labores de la tierra y participaba en las ceremonias de su comunidad.

La característica fundamental de la educación del hombre primitivo es que era una educación doméstica, es decir, no traspasaba los límites de la casa y la familia. Junto al padre o la madre iba adquiriendo los usos, las costumbres, las ideas religiosas, los ritos y la mentalidad propia de la sociedad a la que pertenecía. Era una educación inconsciente en el sentido de que, tanto al niño como al joven, le pasaba inadvertido el propio proceso educativo, es decir, ni ellos, ni los adultos, reflexionaban sobre el acto mismo del aprendizaje.

Otro rasgo de esta educación es la de permanecer estática, ante la ausencia de contenidos nuevos y de la falta de reflexión sobre el proceso de aprendizaje, la educación se limitaba únicamente a transmitir conocimientos. Por último, hay que decir que esta educación muchas veces se basaba en la magia: su pensamiento estaba teñido de elementos mágicos y la mayor parte de sus usos y costumbres daban lugar a fuerzas ocultas de carácter mágico⁹⁹.

Este recorrido permite analizar que desde el inicio de los tiempos el hombre ha estado en una constante búsqueda de su saber, aunque su intención plena no fuese esta, su actitud y manera de vivir lo han llevado a lo largo de la historia a descubrir una manera de integrarse y crecer no sólo física sino interior y cognoscitivamente. Es gracias a la educación que el ser humano se ha desarrollado y formado haciendo que la sociedad avance y su capacidad de interactuar en ella sea más proactiva y productiva.

La educación no está dada únicamente para transmitir información, ella es todo un proceso integrador que abarca la totalidad del ser humano, permitiéndole construir su vida y crear identidad; ella busca hacer que el hombre descubra sus capacidades para que su paso por el mundo genere un aporte al crecimiento del mismo y de la persona como tal. La educación crea, permite y vincula al ser humano en la sociedad, allí es inserto además en una cultura, la cual va dando identidad y establece cierta conducta que le permite al hombre relacionarse con los demás seres humanos. “Por eso es necesario un conocimiento no sólo de la pedagogía, sino también de la historia general y de la cultura en particular, pues sin ellas la historia de la educación como la educación misma no tiene sentido”¹⁰⁰.

Algunos autores representativos en la historia han plasmado su pensar, sentir y reflexionar acerca de la educación, proceso que hace del ser humano un ser íntegro y relacional, ello sin duda alguna aporta enormemente a la evolución y el crecimiento tanto del ser humano como del mundo entero:

Para Pitágoras la educación es templar el alma para las dificultades de la vida. Para Platón, el hombre que ha realizado el proceso, que se ha educado, sufre y se confunde

⁹⁹ Fundación educativa Héctor A. García. Educación y Pedagogía. [citado el 06 de diciembre de 2012], disponible en: http://www.proyectosalohnogar.com/Enciclopedia/NE_educacion.htm

¹⁰⁰ Luzuriaga, *Historia de la educación y de la pedagogía*, 10.

al enfrentarse con el mundo superficial y sensible. La educación es vocación para quien ha sido educado, es un llamado que exige renuncia y que no se acepta buscando placer u honor, sino soportando las molestias en pos de la superación social de la ignorancia. La educación es entonces el proceso que permite al hombre tomar conciencia de la existencia de otra realidad, más plena, a la que está llamado, de la que procede y hacia la que se dirige. Piaget considera que es derecho y obligación de los padres el decidir la educación que se impartirá a sus hijos; por lo tanto debe estar informado de la manera en que se proporciona esta en las escuelas. Basta con recordar el tipo de educación que recibimos, para darnos cuenta de sus defectos y las lagunas de aprendizaje que quedan a partir de nuestro desarrollo como integrantes de la comunidad escolar. Para él hay dos puntos fundamentales en la educación contrarios a la educación tradicional; sobre ellos se apoya éticamente para proponer la educación de forma activa; tales puntos son la educación intelectual y la educación moral. Para Paulo Freire indiscutiblemente, la educación ofrecida por una sociedad a los seres humanos que la habitan condiciona de manera inexorable el grado de libertad con el que serán capaces de vivir. El ser humano debe ser preparado para ser capaz de tener criterio propio, mirar con sentido crítico la realidad que le rodea y tener una mínima capacidad de elección sobre si lo que le está ocurriendo es bueno o malo para su desarrollo integral. Finalmente para Erich Fromm la educación consiste en ayudar al niño a llevar a la realidad lo mejor de él¹⁰¹.

Estas maneras de entender la educación dejan ver que realmente educar es un arte; a diferencia de cualquier tipo de arte que existe, la gran obra que se presenta es el ser humano, es el hombre que educa y es educado, el que enseña y aprende, el que da y recibe; por ello la educación no es un proceso limitado, es constante y permanente, de nunca acabar, pues el ser humano en las diferentes etapas de su vida va adquiriendo herramientas que le ayudan a crecer y evolucionar, y esto a su vez permite que la sociedad también experimente los mismos cambios y se fortalezca para que en su paso por el tiempo, cada vez se mejore el estilo de vida y la forma de ser un auténtico ser humano y persona.

¹⁰¹ Wenceslao Verdugo Rojas. Instituto Pedagógico de Posgrado de Sonora. ¿Qué es educación? (o qué representa). [citado el 06 de diciembre de 2012], disponible en: <http://www.slideshare.net/wenceslao/qu-es-educacion#btnPrevious>

Como bien lo menciona Lorenzo Luzuriaga en su libro *Historia de la educación y de la pedagogía*, “la historia de la educación es una parte de la historia de la cultura, como ésta, a su vez, es una parte de la historia general universal”¹⁰². Esto lleva a entender que la educación es tan antigua como la historia del mundo entero, por ello el ser humano desde el inicio y en el transcurso de su existencia tiene diversas experiencias que lo van formando y le van dando la posibilidad de crecer en todo aspecto, para más adelante hacer que el género humano no involucre, sino que avance a pasos agigantados formando sociedad y abriendo el horizonte para que la humanidad entera no se quede en la penumbra y pueda con la luz proyectar la vida individual y colectiva.

Por educación entendemos, ante todo, la influencia intencional y sistemática sobre el ser juvenil con el propósito de formarlo o desarrollarlo. Pero también significa la acción general, difusa, de una sociedad sobre las generaciones jóvenes con el fin de conservar y transmitir su existencia colectiva. La educación es así una parte integrante, esencial, de la vida del hombre y de la sociedad, y ha existido desde que hay seres humanos sobre la tierra. De otra parte, la educación es un componente tan fundamental de la cultura, como puedan serlo la ciencia, el arte o la literatura. Sin la educación no sería posible la adquisición y transmisión de la cultura, ya que por ella vive ésta en el espíritu de los hombres. Una cultura sin educación sería una cultura muerta. Y ésta es también una de las funciones esenciales de la educación: hacer que la cultura siga viviendo a través de los siglos.

A la reflexión sistemática sobre la educación llamamos pedagogía. La pedagogía es la ciencia de la educación; por ella adquiere unidad y elevación la acción educativa. La educación sin pedagogía, sin reflexión metódica, sería pura actividad mecánica, mera rutina. La pedagogía es una ciencia del espíritu, y está en íntima relación con la filosofía, la psicología, la sociología y otras disciplinas, aunque no depende de ellas, ya que es una ciencia autónoma.

La educación y la pedagogía están en la relación de la práctica y la teoría, de la realidad y la idealidad, de la experiencia y el pensamiento, pero no como entidades

¹⁰²Luzuriaga, *Historia de la educación y de la pedagogía*, 11.

independientes sino fundidas en una unidad indivisible, como el anverso y el reverso de una moneda¹⁰³.

Ciertamente esta apreciación sobre la educación y la pedagogía fue planteada hace varios años (año de 1980), pero en realidad la esencia de lo que significan y pretenden se mantiene. Si bien es cierto, la educación y la pedagogía son necesarias y primordiales para el desarrollo humano, social y cultural, de ellas depende enormemente la evolución humana y la construcción de la existencia, pues allí se encuentran “el conocimiento, las actitudes, los valores que afectan aspectos tanto físicos como emocionales y morales”¹⁰⁴. Es claro que la educación abarca la totalidad del ser humano, por eso es tan importante el aporte que ella da en cada etapa tanto de la vida personal como en la historia de la humanidad, de ahí que en cada reflexión que de ella se hace se encuentran elementos y herramientas valiosos que ayudan a edificar al hombre y a la sociedad con miras a un mejor futuro, donde gracias a la educación se avance y progrese.

Actualmente la apreciación sobre la educación y la pedagogía como se mencionaba anteriormente no han perdido su esencia, aún mantienen la connotación de ser un proceso constructivo y evolutivo que afecta la totalidad de la realidad humana tanto física como interiormente, buscando cada vez más un mejor camino para el hombre donde su respuesta ante las diversas situaciones que se presentan, ayuden a crear una sociedad propicia para que el género humano se fortalezca avance, y crezca.

La educación es el proceso por el cual le son transmitidos al individuo los conocimientos, actitudes y valores que le permiten integrarse en la sociedad. Este proceso, que se inicia en la familia, afecta tanto a los aspectos físicos como a los emocionales y morales, y se prolonga a lo largo de toda la existencia humana. Es evidente que cada cultura o época histórica ha conferido a la educación el enfoque que imponían sus diferentes concepciones filosóficas, políticas y religiosas. En un sentido lato, cabría considerar que el proceso educativo consiste en la transmisión de los valores y conocimientos de una sociedad.

¹⁰³ Ibid., 11-12.

¹⁰⁴ Fundación educativa Héctor A. García. Educación y Pedagogía. [citado el 06 de diciembre de 2012], disponible en: http://www.proyectosalohogar.com/Enciclopedia/NE_educacion.htm

Actualmente la Pedagogía ha evolucionado mucho desde su origen etimológico que significaba conducir o llevar a un niño en el sentido espiritual o enseñarlo. Hoy, la Pedagogía no es la ciencia que se ocupa de la enseñanza, esto es tarea de otra ciencia pedagógica llamada Didáctica. La Pedagogía es un conjunto de saberes que se ocupan de la educación como fenómeno típicamente social y específicamente humano. Es por tanto una ciencia de carácter psicosocial que tiene por objeto el estudio de la educación con el fin de conocerlo y perfeccionarlo. También es una ciencia de carácter normativo porque no se dedica a describir el fenómeno educacional sino a establecer las pautas o normas que hemos de seguir para llevar a buen término dicho fenómeno¹⁰⁵.

Evidentemente esta reflexión hecha sobre la educación y la pedagogía no abarca todo lo que sobre ellas se ha dicho a lo largo de la historia, pero sí se pretende dejar claro que la educación como proceso ayuda al hombre a construir su vida y crear identidad, para que siendo un apoyo a la sociedad esta avance, abra el horizonte y edifique el camino a seguir, buscando siempre lo mejor para todo el género humano. Particularmente es fundamental que la pedagogía proporcione las herramientas necesarias para que la teología moral asuma con responsabilidad y sabiduría, el reto de convertirse en una verdadera pedagogía del cuerpo, de esta manera la interpretación y comprensión del cuerpo estará acorde con los nuevos tiempos y ayudará al hombre a construir su identidad, sin olvidar su estrecha relación a Dios y su referencia primordial a Jesucristo, el modelo moral por excelencia a seguir.

La historia de la educación y de la pedagogía no es sólo un producto del pensamiento y la acción de los pedagogos y hombres de escuela, sino que está integrada por multitud de factores históricos –culturales y sociales–, los más importantes de los cuales son: la situación general histórica de cada pueblo y de cada época; el carácter de la cultura; la estructura social; la orientación política; la vida económica. A ellos se añaden los específicamente educativos y pedagógicos, como son: los ideales de educación; la concepción estrictamente pedagógica basada en las ideas educativas más importantes; la personalidad y la actuación de los grandes educadores son

¹⁰⁵ Ibid.

decisivas para la marcha de la educación: Sócrates y Platón, Lutero e Ignacio de Loyola, Comenio, Pestalozzi y Froebel; las reformas de las autoridades públicas; finalmente las modificaciones de las instituciones y métodos de la educación¹⁰⁶.

Todo esto le ha de dar indicios a la teología moral para que su aporte pedagógico a la interpretación y comprensión del cuerpo como lugar teológico, no se quede en argumentos netamente simplistas, sino que con su fundamento esencial como lo es la Revelación y la fe sustentado en Jesucristo, pueda crear una pedagogía que ayude al ser humano a comprender y tener claro que su realidad no está desligada de la realidad divina, y su conducta está referida a un modelo específico que no es obligación seguir, pero sí da las pautas para que la vida y especialmente el cuerpo sea respetado y valorado como auténtica obra creada no por invención humana sino por mano divina, la de Dios mismo.

1.2 Teología Moral y Pedagogía

Después de haber analizado la importancia que tiene la educación y la pedagogía en el proceso de desarrollo y evolución del hombre, es importante comprender que el obrar humano necesariamente tiene una implicación pedagógica, es decir, está referido a la educación en cuanto que la conducta afecta tanto a la persona como a la sociedad, y ha de ser mejorada para conducir al hombre hacia un horizonte que edifique y dé la oportunidad de crecer, haciendo que él adquiera una clara identidad en su camino de vida.

Ciertamente el campo de acción y el objeto formal de la teología moral y la pedagogía es totalmente distinto, pero hay un objeto material que es común y es lo central y fundamental de su reflexión, desarrollo y construcción científica, es el hombre. Para la ciencia ha de ser claro que aunque los enfoques sean distintos, el hombre sigue siendo el actor principal, no sólo al cual va dirigido el estudio y la reflexión, sino del que parte la iniciativa gracias a su capacidad de razonar y su intención de querer saber cada vez más sobre sí mismo y todo aquello que le rodea.

¹⁰⁶ Luzuriaga, *Historia de la educación y de la pedagogía*, 13-14.

La educación y la pedagogía como herramientas esenciales en el proceso de desarrollo humano, constantemente están generando aportes que ayudan al hombre en su crecimiento. No en vano se habla de un proceso de evolución humana, pues el hombre gracias a su razón ha adquirido a lo largo del tiempo capacidades y habilidades que le han ayudado a desenvolverse en las diversas épocas, y sobre todo a contribuir significativamente para que las generaciones posteriores teniendo un punto de arranque, puedan seguir desarrollando su conocimiento y aumenten esas capacidades que han de buscar siempre el bienestar del ser humano y por ende de la sociedad. En ese proceso evolutivo la educación ha estado presente de manera silenciosa pero a la vez activa, y aunque al inicio de la historia humana no haya surgido como una ciencia puntual que dirigiera y organizara el camino del hombre mostrando una forma específica de hacerlo, sí ha contribuido al crecimiento humano dándole claridad sobre la necesidad de avanzar y buscar lo mejor para sí mismo y la sociedad.

Sin embargo es claro que en la historia del ser humano no siempre se ha buscado el bien, también esas capacidades han sido desarrolladas, adquiridas y puestas a disposición de actos que pueden catalogarse como negativos, malos, o que simplemente van en contra del sano desarrollo del hombre. El ideal de la educación es que siempre se busque lo mejor para el hombre, lo que le sirve y le ayuda a crecer no sólo física sino espiritualmente, pero desafortunadamente también se educa para el mal, para ir en contra del bienestar humano y social, para destruir y hacer del mundo un lugar desolado y triste donde sólo unos pocos tienen el poder de decidir quién tiene o no tiene derecho a vivir.

Evidentemente la educación y la pedagogía tienen un reto constante, y en el caso particular de la presente investigación, la teología moral adquiere ese reto, pues como ciencia que se orienta hacia el obrar humano, busca además conducir al hombre no hacia un horizonte incierto, sino hacia una luz que nunca se acaba y que hace parte de su vida desde el momento en que todo fue creado; para lograr esto requiere necesariamente de la pedagogía como una herramienta del saber, que proporciona una reflexión y un aporte sobre la adecuada manera de conducir al hombre, contribuyendo así en su educación y construcción de identidad.

Ese horizonte, esa luz es Dios mismo quien se inserta en la vida del hombre gracias a que se Revela en su Hijo Jesucristo, el cual fue enviado al mundo para iluminar la mente y el corazón del hombre invitándolo a vivir no sólo individualmente, sino de forma comunitaria, es decir, haciendo del otro, de su prójimo parte esencial de su existir con quien comparte y construye la sociedad, para hacer de ella un lugar que brinde siempre beneficios para todos.

De esta manera Jesucristo se propone como un modelo de vida a seguir, pues en él Dios manifiesta lo que quiere y espera del hombre, todo ello dado desde la libertad humana. El obrar de Jesucristo es el obrar de Dios, y Él como dueño de la vida quiere lo mejor para el hombre, por eso transmite todo su amor a través de su Hijo, enviándolo al mundo para hacer que el ser humano comprenda y actúe libremente bajo una única ley y norma, la del amor, el cual sólo es entendido y asumido cuando está dirigido hacia los otros, tal como lo hizo Jesús llegando incluso a la muerte.

A la teología moral también le interesan los problemas educativos, pues de hecho es gracias a este proceso que el ser humano adquiere su identidad dándose a conocer a través de su conducta.

No debe olvidarse que la teología moral en el pasado se propuso siempre junto a sus objetivos específicos de tipo más teórico, una función también de orientación y de guía para la acción pastoral de la Iglesia en el ámbito de la formación moral, sobre todo en relación con el sacramento de la reconciliación: piénsese en la cantidad de tratados de moral que fueron entendidos como "manuales para confesores". No queremos entrar aquí en los méritos o deméritos que la teología moral haya podido tener por un simple modo de orientarse; sin embargo, es cierto que ni siquiera hoy puede olvidar totalmente el problema de la formación moral del creyente¹⁰⁷.

La teología moral busca incansablemente orientar el camino del hombre y para ello tiene como referente a Jesucristo, quien en su vida pública actuó pedagógicamente, es decir, propuso un modo de educar basado en la fe en Dios y en su propuesta de vida, con el fin de conducir a hombres y mujeres por el camino del bien, cuya estrategia para lograrlo era vivir comunitariamente amando a Dios y al prójimo como a sí mismo (Cfr. Mc 12, 29-31). La

¹⁰⁷ Gatti, G. Educación Moral; Teología Moral. [citado el 07 de diciembre de 2012], disponible en: http://mercaba.org/DicTM/TM_educacion_moral.htm

pedagogía, como se ha planteado anteriormente, “es un conjunto de saberes que se ocupan de la educación como fenómeno típicamente social y específicamente humano”¹⁰⁸, por eso Jesús a través de su actuar siempre dirigió su mirada hacia aquellos abandonados, olvidados y marginados por la sociedad, no sólo para ponerlos como ejemplo, sino para mostrar que en ellos, en su necesidad, está el único camino para llegar a Dios, sólo con una actitud de inclusión se está educando pedagógicamente a todo el género humano que inserto en una sociedad busca y anhela su salvación.

Ciertamente la teología moral y la pedagogía no son ajenas una de la otra, están estrechamente unidas dirigiendo su atención y acción sobre el hombre. La teología moral es pedagógica en cuanto busca los modos y medios necesarios para orientar el obrar humano hacia un mundo que mire y observe con ojos de amor, perdón y misericordia a su semejante, tal como lo hizo Jesucristo. Esta pedagogía no ha de quedarse únicamente en una simple educación moral, que aunque tenga elementos valiosos, se queda estancada en percepciones humanas que apuntan a hacer siempre el bien y lo correcto, dejando de lado el referente divino que en Jesús ha sido dado y que invita a acoger al prójimo.

Hacer el bien tiene un sentido y coherencia, y eso fue lo que Dios en Jesucristo vino a traer, por eso, la teología moral asume este reto para evitar que la moral se quede en solas propuestas normativas que lleven al hombre a hacer el bien sin un auténtico sentido en su actuar; desde la pedagogía la teología moral no transmite ni enseña, crea un saber que orienta y da las pautas para que hombres y mujeres vivan coherentemente y acorde al deseo y la intención de Dios: amar incondicionalmente para llegar a ser feliz eternamente.

Los efectos positivos que la pedagogía moral en la educación tiene son muchos y según Siegfried Uhl, profesor en el Departamento de Educación de la Universidad de Constanza, Alemania, se presentan en tres formas:

En primer lugar, la educación moral puede dirigirse a hacer que se susciten en los educandos unas disposiciones vivenciales y conductuales moralmente buenas y, por lo mismo, deseadas, procurando fomentarlas, ampliarlas y reforzarlas. En segundo lugar, puede pretender las buenas disposiciones morales ya existentes y, si fuere

¹⁰⁸ Fundación educativa Héctor A. García. Educación y Pedagogía. [citado el 07 de diciembre de 2012], disponible en: http://www.proyectosalohogar.com/Enciclopedia/NE_educacion.htm

preciso, actuar contra su debilitamiento. La tercera posibilidad es que con la educación moral se evite la aparición de disposiciones moralmente malas o, en caso de que ya existan, se las aminore o incluso se las haga desaparecer. En síntesis: el fin más general que se pretende con la educación moral es la personalidad moralmente buena¹⁰⁹.

Indudablemente hay que ir más allá de solas acciones y disposiciones morales, y la teología moral tiene un fundamento, un valor esencial, Dios mismo revelado al hombre en su Hijo Jesucristo; sólo en Él se alcanza un auténtico estilo de vida cuyo obrar humano se hace con sentido, otorgando una serie de valores que son aquellos que permiten entrar en el Reino de Dios, valores que sólo son entendidos cuando se expresan y manifiestan humildemente hacia los otros, hacia el prójimo.

La pedagogía hace que la teología moral no se atasque, le proporciona las herramientas necesarias para que al dirigirse al ser humano lo haga evitando imposiciones normativas que lo único que logran es alejar al hombre y hacerle perder su relación con Dios. “Juan Masia Clavel S.J., sostiene que la teología moral hoy en día está atorada en una serie de encrucijadas que, a semejanza de un embotellamiento vehicular en una gran avenida de la ciudad, dificultan el discernimiento”¹¹⁰ y hacen del obrar humano una acción totalmente confusa, incoherente e incomprensible.

Tales encrucijadas son: *de fe y moral*, donde hay un exceso de mapas detallados que estorban. La concentración en los preceptos, en vez de en la vida moral sofoca la moralidad...; *de jerarquía y comunión*, donde hay dos visiones contrapuestas de Iglesia, la piramidal y la concéntrica. Desde algunas instancias burocráticas se tiende a manejar la Iglesia con la uniformidad que habrían pretendido los constructores de la torre de Babel; *del cambio*, con sus tensiones entre tradición y renovación; *del ecumenismo y la inculturación*, donde se cruzan mensajes ambiguos y no faltan quienes intenten quitar por un lado lo que se esconde por otro; *del laicado*, donde no se acaba de evitar la tensión entre una Iglesia docente y discente, haciéndose necesario releer las palabras de Pío XII (Catecismo n.899); *de las fundamentaciones*,

¹⁰⁹ Uhl, *Los medios de educación moral y su eficacia*, 13.

¹¹⁰ Cfr. Masia, *Moral de interrogaciones. Criterios de discernimiento y decisión*, 8.

donde no es aún suficiente el diálogo entre dos líneas de pensamiento opuestas, dentro de la misma corriente central de la teología católica; *de principios y aplicaciones*, donde hacen falta nuevos carriles; *del disentir*, donde siguen siendo frecuentes los atascos desde los días de la *Humanae Vitae*; *Canónica*, donde han aparecido nuevas complicaciones, desde la *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, de 1990, hasta el *motu proprio*, de 1988 *Ad tuendam fidem*; *de feminista*, donde más que atascos se da un bloqueo de los problemas; *de las ciencias de la vida*, donde no escasean los teólogos que tienen miedo a los datos científicos preocupados quizás por tener que repensar posiciones tomadas durante siglos; *de la ley natural*, donde la conciliación entre relativismo cultural y búsqueda de universalidad sigue siendo asignatura pendiente¹¹¹.

Por ello es que la teología moral requiere de una pedagogía como un medio que ayuda a llegar a un fin, el cual siempre está referido a Jesucristo quien con su actuar lleva al ser humano a Dios reflejando así la verdadera unidad que existe; esa unidad queda clara a los ojos del hombre, quien por la fe y desde su libertad opta por seguirle asumiendo su propuesta de vida, la cual tiene toda una pedagogía que orienta y educa bajo la única ley y norma verdadera, la del amor, que invita a incluir y hacer de la sociedad un lugar donde reine la unidad y la paz.

En la intención del hombre por indagar y preguntar por el origen de su esencia y existencia se encuentra una realidad divina (la trascendencia). Tal realidad llamada Dios hace que el hombre la descubra y no por mera intuición, sino por la experiencia de vida que lo va llevando a hallar la respuesta a todos sus interrogantes. En ese preguntar y responder se hace presente la pedagogía, ella en su interés por lo social y humano hace de las respuestas un camino que construye la vida, pero también ese camino puede estar deshecho por la errada comprensión y la poca atención a aquella voz interior que siempre quiere el bien. Esa voz sin duda alguna es Dios mismo que se vale de la realidad humana para darse a conocer; por eso la pedagogía no queda fuera de la reflexión y acción de la teología moral, pues ese proceso que permite al ser humano avanzar, incluye además un reconocimiento de Dios como aquel modelo que enseña y forma para la vida no superficialmente, sino a través

¹¹¹ Ibid., 8-15.

de un proyecto de vida que es la carta de navegación que el ser humano debe seguir para llegar a su meta.

Indiscutiblemente la teología moral y la pedagogía no son ajenas, se complementan; la sociedad siempre va a estar necesitada de valores y principios que la orienten y dirijan por el camino adecuado. Esos valores y principios no se dan ni se mueven por sí solos, requieren de todo un proceso que los encauce e inserte en la vida haciendo del ser humano un ser en constante evolución y construcción; para ello la pedagogía da las herramientas necesarias. La teología moral por su parte, hace que esos valores y principios sean interpretados y comprendidos a la luz de la fe, donde en Jesucristo, el Hijo revelado, se encuentra toda acción humana dirigida y encaminada hacia la plena felicidad. Dichas ciencias buscan y hallan respuestas en el ser humano, quien con toda la disposición permite que se edifique el camino de su existencia y descubra que la intervención de Dios no es impuesta, sino de invitación y libertad, así el obrar humano se torna coherente, apuntando siempre a lograr el bienestar no sólo individual, sino colectivo, donde la sociedad juega un papel primordial en la promoción del bien común.

1.3 Teología Moral ¿Pedagogía del Cuerpo?

Claramente la teología moral y la pedagogía son ciencias que se complementan y buscan orientar al hombre en su proceso de desarrollo y evolución, esto ayuda al ser humano a construir su identidad pero no sólo de manera individual, sino colectiva, es decir, que primero hallándose y comprendiéndose a sí mismo como un ser en estrecha relación con Dios y su prójimo, puede llegar a ser un aporte significativo para la sociedad, donde el otro importa y es indispensable en la edificación de un mundo que espera ser construido sobre unas bases fuertes, bases que están alimentadas por valores, los cuales son transmitidos por un modelo preciso, Jesucristo.

La teología moral como pedagogía del cuerpo indiscutiblemente forma al hombre, lo educa y lo orienta en su obrar. Es fundamental que el hombre construya una identidad, pues de esta manera su actuar está acorde con toda su realidad humana que además incluye la divina. Una pedagogía del cuerpo lleva a tener en cuenta una serie de aspectos que estando

presentes en la esencia, existencia y trascendencia humana, van haciendo descubrir un camino que invita y que no se cierra a la posibilidad de hacer del cuerpo no un objeto, sino el auténtico lugar que conduce al ser humano no a ser juzgado, sino valorado y respetado sin importar su condición física y social.

Por eso para la teología moral asumir el reto de convertirse en una pedagogía del cuerpo es todo un avance y un aporte que da luces al horizonte de comprensión sobre el hombre, permitiendo de esta manera descubrir que el obrar humano tiene un punto de referencia, Dios mismo, el cual lo lleva a identificarse como un ser en perfecta unidad de cuerpo y alma que junto a su prójimo construyen un mundo más justo y más humano, donde se valore al hombre y a la mujer no por lo que tiene, sino por lo que es en esencia, existencia y trascendencia.

1.3.1 Teología Moral como Pedagogía del Cuerpo

Para la teología moral, el reto de convertirse en una pedagogía no le hace perder su esencia, al contrario la complementa y la fortalece toda vez que el obrar humano está orientado hacia el bien, pero con una razón y un sentido para llevarlo a cabo, y no como una simple acción o gesto expresado desde las emociones. A partir de la Revelación y la fe dadas en Jesucristo, el hombre comenzó a descubrir que su realidad y participación humana en el mundo tenía un sentido y una razón de ser. No en vano la obra creada poseía cuerpo y alma, y aunque fueron divididos equivocadamente, siempre estuvieron en la mente humana, es más, su reflexión estaba sustentada y argumentada de manera pedagógica, pues era el nuevo saber que los griegos habían descubierto y que sin duda alguna generaría un gran aporte a la sociedad griega y por ende al resto del mundo.

Proponer que la teología moral se convierta en una auténtica pedagogía del cuerpo, no es una idea salida de contexto, pues como se ha manifestado, el obrar humano requiere de un proceso que lo conduzca y lo lleve a un fin claro, para de esta manera hacer de la esencia, existencia y trascendencia humana un verdadero caminar que incita a vivir y no quedarse estancado y menos retroceder ante un mundo que está evolucionando constantemente, y que clama por una humanidad sensata y responsable que no sólo cuide, sino proteja y

construya el mundo para convertirlo en el lugar apropiado que Dios creó y entregó al hombre para vivirlo y disfrutarlo.

Evidentemente el ser humano es un ser que posee cuerpo y ese cuerpo es el que lo lleva a caminar en el mundo, donde cada paso que da es una construcción histórica de su vida que gracias a la experiencia le va formando, desarrollando y evolucionando junto a cada época. Pero ese cuerpo no se mueve por sí sólo, está acompañado, es más, está unido por su complemento, el alma, la cual posee, por así decir, la información fundamental que luego ha de ser transmitida y plasmada por la condición física.

Esta unidad de cuerpo y alma ha sido vista de diferentes maneras a lo largo de la historia, especialmente el cuerpo, cuya razón de ser a nivel general, siempre es pensada, analizada e interpretada desde una simple visión material. El cuerpo y el alma son una sola realidad, la cual ha sido creada por Dios no para dividir las, sino para que ambas sean una y den al hombre el sentido pleno a su existir y no se queden como los demás seres creados que actúan por instinto sin tener un horizonte hacia el cual puedan dirigirse con proyección, sensatez y responsabilidad.

Hoy en día hablar de una pedagogía del cuerpo puede tornarse algo confuso y hasta fantasioso, la interpretación que se ha dado al cuerpo, como ya se ha mencionado, ha tenido siempre una tendencia dualista. El paso de los siglos ha hecho que su interpretación al menos tenga otros elementos y otra visión que rompa con este “círculo vicioso”, del cual no se ha querido salir, así el hombre y su pensamiento haya evolucionado.

Ver el cuerpo como el lugar es un reto que la ciencia teológica, especialmente la teología moral, ha asumido no sólo para acrecentar su campo de acción y aumentar sus reflexiones y percepciones sobre el hombre, sino para descubrir una verdad que ha permanecido siempre oculta en él y que poco se ha llevado a la luz. Es más, los cambios de época han dado su cuota y aporte a la comprensión del cuerpo, pero eso sí, sin dejar de lado una visión dualista que desde el siglo VI a.C. con el pensamiento griego, dio origen a esta interpretación dividida de cuerpo y alma.

Etapas posteriores como la Edad Media y el Renacimiento abrieron una brecha que reforzó aún más la interpretación dualista; “el discurso cristiano sobre el cuerpo y las imágenes que

suscita tienen por consiguiente un carácter pendular, hay un doble movimiento de ennoblecimiento y de desprecio del cuerpo”¹¹². Por su parte “la Iglesia de la Contrarreforma refuerza la desconfianza que el magisterio ya había manifestado en los siglos medievales respecto al cuerpo, ‘ese abominable vestido del alma’. Cuerpo despreciado del hombre pecador al que se le dice sin cesar que por el cuerpo corre el riesgo de perderse”¹¹³.

Incluso la cristianización de la sociedad desde la Edad Media ha venido a contrariar la expresión de un viejo fondo de cultura agropastoril en la que el cuerpo no era sentido de la misma forma que en la cultura de la Iglesia, ya que ésta, al insistir ante todo en las postrimerías, no le concedía al cuerpo individual sino un valor irrisorio y una duración efímera¹¹⁴.

Esta manera de visualizar y comprender el cuerpo llevó de alguna forma a que su percepción estuviera cada vez más alejada de su verdadero sentido e intención; la Iglesia aunque quería darle un sentido más profundo y teológico, lo único que hizo fue enfocarse en lo meramente físico provocando confusión y un alejamiento total en la comprensión de la participación de Dios en la vida del hombre. “Pero la Iglesia tuvo que enfrentarse a partir del siglo XVI con un nuevo desafío. Los hombres de ciencia, con Copérnico, Kepler, Galileo y muy pronto Newton, pudieron poner los jalones de una nueva visión del mundo y, con Vesalio, de una nueva imagen del cuerpo; y todo ello fue posible porque las mentalidades habían evolucionado”¹¹⁵.

La entrada de la Edad Moderna trajo nuevos cambios de pensamiento, la idea de una sociedad caracterizada por el progreso, la ciencia y la técnica, hizo que la conducta humana diera un vuelco total afectando incluso su aspecto físico, el cuerpo. Este ahora pasaba a ser un elemento indispensable en la comprensión del sentido de la esencia, existencia y trascendencia humana, de hecho era tan importante que marcaba enormemente las relaciones con los demás, siendo aceptado o rechazado. “La forma de moverse, las maneras, la sexualidad, los juegos y el espacio próximo se transforman”¹¹⁶.

¹¹² Corbin, Courtine, y Vigarello, *Historia del cuerpo, volumen I del Renacimiento a la Ilustración*, 28.

¹¹³ *Ibid.*, 27-28.

¹¹⁴ *Ibid.*, 29.

¹¹⁵ *Ibid.*, 106.

¹¹⁶ *Ibid.*, 24.

A partir del siglo XVI, efectivamente, empieza a imponerse la idea de que hay que conservar la salud del cuerpo y preservarlo el mayor tiempo posible. La multiplicación de los tratados exaltando la salud corporal y el buen envejecimiento así lo atestiguan. Esta nueva aspiración a prolongar la existencia en la tierra no es separable de la idea de que la existencia terrenal no necesariamente es el valle de lágrimas que prometen ciertos discursos rigoristas... En este contexto, el cuerpo, lejos de ser un lugar de perdición puede por el contrario convertirse en fuente de plenitud¹¹⁷.

Bajo esta nueva percepción del cuerpo en la Edad Moderna el hombre comienza a modificar su interpretación. Posteriormente en la Edad Contemporánea hasta nuestros días, esta comprensión parece conservar restos de aquella interpretación dualista que sólo trae consigo división. Hoy más que nunca el cuerpo y el alma están separados, se ha llegado al extremo y esto lo único que hace es alejar cada vez más al cuerpo no de una dependencia, pero sí de una configuración unitaria con el alma haciendo del ser humano un ser completo, no sólo desde lo humano sino en su relación con lo divino, con Dios.

Este corto recorrido histórico acerca de la interpretación y comprensión del cuerpo, ayuda a entender la visión y percepción que de él se tiene en la época actual. Aunque su interpretación pareciera evolucionar, la verdad es que se ha desvirtuado y desviado; el consumismo y el capitalismo que tanto han sofocado a la sociedad, han llevado al cuerpo a ser asumido más desde lo físico que desde lo que realmente significa y revela sobre el hombre en su historia de vida y en su relación con sus semejantes y con Dios. Hoy, el cuerpo es el referente para que la sociedad y especialmente los jóvenes se sientan identificados y acogidos, es gracias a él que la vida tiene sentido, no tanto por lo que piense, sino por lo que refleje físicamente, ya que el cuerpo es asumido como un objeto que se puede manipular para conseguir lo que se desea.

Según Joaquín Viñolas Marlet, la sociedad actual ha llegado a crear un culto al cuerpo, el cual hace de él el centro de atención y el punto de referencia para lograr insertarse y entablar relaciones humanas. Más que ser parte fundamental de la esencia, existencia y

¹¹⁷Ibid., 107.

trascendencia, el cuerpo es ahora un elemento, un objeto material que hace parte del consumismo al que está sometida la sociedad contemporánea.

En el siglo XX, hacia finales, la temática corporal adquiere un lugar central en la sociedad... Ocuparse del propio cuerpo se convierte en prioridad... Se produce una erotización en el diseño, la arquitectura y la música. El cuerpo es expuesto y mostrado en la fotografía de moda, el cine, los sex-shops. El cuerpo se convierte en tema central de la sociedad y la cultura consumista con todas sus consecuencias¹¹⁸.

Esta realidad no es consecuencia de una interpretación y una comprensión hecha desde el inicio de la edad contemporánea y mucho menos en la actualidad, ello es el resultado de todo un proceso histórico que en un momento particular generó duda y cuestionamiento en el hombre, tratando de descubrir quién era realmente y sobre todo buscando claridad acerca de su origen y el sentido de su existir. Es de notar que la historia pesa y marca la vida del ser humano, ello ocurre no por el mero hecho de ser acontecimientos pasados, sino porque hay una cultura, hay un encuentro de seres humanos que ponen en común sus creencias, su manera de ser, de pensar, de actuar, y esto hace que se cree una configuración, un modo particular de ser, una forma específica de pensar, en pocas palabras, una identidad. Ahora, a nivel humano sólo existe una forma de manifestar esto y es a través del cuerpo, de aquella realidad humana que vive, siente y experimenta para descubrirse no sólo como individuo, sino como un ser en constante relación con sus semejantes y por ende con Dios, su creador.

Esto lleva a revelar que aunque haya sido tan marcado el proceso histórico sobre la interpretación del cuerpo, aún hoy se siguen haciendo interpretaciones que para muchos pueden ser equívocas, pero para otros son la plena verdad y la claridad que justifican la vida del hombre no sólo en su pensar sino en su actuar y proceder en la sociedad.

Nunca como hoy ha sido tan evidente que el cuerpo que nos aloja y nos identifica es una obra cultural, una “producción” inmersa en una red material y simbólica en la que intervienen tanto relaciones económicas y políticas, como tradiciones y valores, hallazgos científicos y tecnológicos, expectativas, deseos, y proyectos. Los piercings, los tatuajes, las cirugías reparadoras y estéticas; las dietas y los ejercicios

¹¹⁸ Viñolas, *El culto al cuerpo el cuerpo como proyecto en las sociedades consumistas*, 5-8.

modeladores; las pinturas bronceadoras; las válvulas gástricas animales; las extensiones, pelucas y microtransplantes capilares; las intervenciones para cambios de géneros, etc., van mucho más allá de las posibilidades y limitaciones que las “modas” han ofrecido desde la consolidación de los Estados burgueses y la sociedad de consumo.¹¹⁹

Esto lleva a mirar con detenimiento a la juventud, pues es en esta etapa de la vida donde surgen los cambios y a la vez se comienza a configurar el proyecto de vida. Pero en este proceso ¿qué tiene que ver una interpretación y comprensión del cuerpo? Pues aunque no lo parezca, mucho, es el cuerpo el modelo y el ideal que muchos jóvenes siguen, es el cuerpo de algunos hombres y mujeres la perfección del ser humano, lo que da sentido a sus vidas y de paso a todos aquellos que quieran seguir sus ideas. Puede que esto sea una visión muy negativa del cuerpo, pero es la realidad que la sociedad de hoy presenta, vende y trae especialmente para los jóvenes.

Como bien se ha presentado a lo largo de los capítulos, el cuerpo no es sólo una categoría humana, sino que es el lugar, es decir, aquel sitio desde el cual el hombre se comprende a sí mismo, experimenta y camina en su historia de vida, y además el lugar creado y escogido por Dios para participar haciéndose uno con el hombre a través de un estrecho vínculo que hace de su realidad humana una perfecta y auténtica unidad con Él. Ahora bien, ver el cuerpo como lugar muestra que tras su comprensión hay una pedagogía, es decir, todo un proceso que ayuda a entenderlo, percibirlo y vislumbrarlo como algo no sólo físico sino como aquella categoría que junto a las demás, conforma al ser humano dándole sentido y razón a su experimentar en el mundo.

Unido a esa pedagogía se presenta la teología moral no como una ciencia externa, sino como aquella ciencia que complementa ese proceso evolutivo del ser humano, para convertirse en una auténtica pedagogía del cuerpo, la cual busca hacer del obrar humano no unas simples acciones, sino toda una experiencia de vida con sentido, razón y con un fin claro que pretende únicamente el bien para el ser humano. Ese bien está dado por un modelo revelado y presentado como camino de vida, es Jesucristo el Hijo de Dios; Él no sólo se presenta espiritualmente, sino en un cuerpo, haciéndose Él mismo la norma a seguir,

¹¹⁹ Morgade, y Alonso, *Cuerpos y sexualidades en la escuela*, 11.

una norma que tiene en cuenta lo corporal no como algo negativo, sino como aquel lugar legítimo que es capaz de ayudar a construir una identidad no estandarizada, sino tan propia que lleva al ser humano a poseer unos valores que lo hacen único pero en estrecha comunión con sus semejantes.

De esta manera sí es posible hacer de la teología moral toda una pedagogía del cuerpo, ya que esto amplía el horizonte de comprensión de la ciencia teológica, la cual se dirige hacia Dios a través de diversos caminos, y en este caso quiere hacer del cuerpo ese camino que además se torna lugar, para que Dios se revele y de esta manera pueda ser visto con dignidad y respeto.

1.3.2 Aproximación pedagógica sobre el cuerpo: construcción de identidad humana

Algo que caracteriza a la ciencia teológica, especialmente a la teología moral, es que su saber no es exclusivo, involucra a las demás ciencias para enriquecer su reflexión y así dar un aporte que ayude y engrandezca la vida del hombre en su comprensión y relación consigo mismo, con sus semejantes y con Dios. Esta característica ha permitido que el hombre a lo largo de la historia vaya descubriendo que su naturaleza no es simplemente humana, hay una clara referencia a un ser superior que la experiencia y la tradición de un pueblo, de una cultura particular ha llamado, asumido y presentado como Dios.

Ahora bien, ese Dios no se ha quedado oculto a los ojos del hombre, se ha hecho uno con ellos, ha participado de su naturaleza humana y ha hecho de su vida una total y plena entrega; es Jesús, su Hijo, quien ha hecho de su experiencia humana una auténtica experiencia divina, donde su entrega física y espiritual ha vencido las fronteras haciendo de Dios y el hombre una plena unidad.

Ese Dios que hoy en día para muchos es confuso y algo irreal, es un Dios que por amor ha creado al hombre a su imagen y semejanza; su creación no se queda en el plano de lo estrictamente espiritual, “la imagen requiere de lo palpable, de lo físico, de aquello que haga de ella una total realidad, y qué mejor forma que la otorgada por Dios en el cuerpo humano, lugar donde Él se estampa haciendo de su imagen una verdadera revelación de su

existencia y su relación”¹²⁰. Este es el punto de partida que da claridad al sentido de la esencia, existencia y trascendencia humana, un sentido que escapa a una visión dualista y conduce a ver al hombre y a la mujer no como seres aparecidos y encontrados por casualidad, sino como aquellos seres creados por amor que “en su condición física, reflejo de la imagen divina, hacen de su vida un auténtico encuentro con el mundo y sus prójimos”¹²¹ para así insertarse en el mundo, y a través de la experiencia corporal adquirir una clara identidad.

Evidentemente a la percepción humana dada a través de las ciencias, le cuesta comprender que el hombre es el resultado de una creación divina, y menos que la imagen de su cuerpo es el vivo reflejo de Dios. “La imagen del cuerpo es una imagen de sí mismos, nutrida por las materias primas que componen la naturaleza, el cosmos, en una suerte de indiferenciación. Estas concepciones imponen el sentimiento de un parentesco, de una participación activa del hombre en la totalidad del mundo viviente”¹²². No obstante la teología y en especial la teología moral prescinde de una percepción puramente material y se fundamenta en Dios, aquella realidad que crea, participa y se revela al hombre haciendo de su cuerpo el lugar apropiado y escogido para que la imagen divina sea descubierta pero no sólo en sí mismo, más en su experiencia y relación con el entorno y sus semejantes.

El aporte que la teología moral puede dar a la construcción de la identidad humana está estrechamente ligado y argumentado a una realidad divina, o sea a Dios. No se puede negar que el ser humano está conformado por cuerpo y alma, esto es una realidad que ha sido descubierta por él gracias a su capacidad de conocimiento, que lo hace cuestionarse y sobre todo tener una experiencia de vida consigo mismo y con todo lo que le rodea incluyendo sus semejantes, ello hace del ser humano distinto de los demás seres. El cuerpo que podría decirse es algo que como seres creados es semejante pero a la vez diferente en su composición biológica en algunos seres, ha sido desde el inicio de los tiempos el elemento o instrumento que hace del hombre un auténtico ser humano, que por supuesto no sólo es lo físico, sino que unido con el alma, con su interior, le dan identidad como ser humano en medio de un mundo rodeado por otros seres.

¹²⁰ Cfr. Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 73.

¹²¹ Cfr. *Ibid.*, 73.

¹²² Le Breton, *Antropología del cuerpo y modernidad*, 22.

Reconocer el cuerpo como el lugar teológico, hace de dicha ciencia todo un saber activo y propositivo que no se queda en meras reflexiones, sino que sale al encuentro del hombre, como lo hizo Dios en un momento particular de la historia y hoy lo sigue haciendo, para llevarlo a facilitar una respuesta coherente a esa Revelación divina, cuya intención es dar a conocer su realidad haciéndose partícipe de la vida humana y fortaleciendo así el vínculo que desde la creación lo une con el hombre.

Esta respuesta humana es la que la teología moral busca orientar e iluminar a la luz del evangelio, para que el hombre en su totalidad descubra a través de su experiencia de vida que forma una perfecta unidad con Dios, donde su cuerpo se convierte en el lugar principal y necesario que manifiesta y expresa el amor y la participación divina, no sólo en el compartir con el otro, sino en el encuentro físico y espiritual con su prójimo.

La identidad no se adquiere por el mero hecho de ser seres humanos; aunque la condición física pueda ser un argumento, no es la respuesta y menos la comprensión e interpretación plena que otorga la identidad. Dios mismo en su participación en la humanidad alcanzó una identidad; en la persona de Jesús, su Hijo, se identificó y mantuvo su condición de ser humano haciendo de su vida una completa, coherente y fiel respuesta a la voluntad del Padre.

El Hijo se identifica con el Padre y el Padre con el Hijo, ello lleva a Jesús a actuar de una manera tan normal como cualquier ser humano; su conducta no es la de un ser fuera de este mundo, es la de un hombre como cualquier otro que con su cuerpo expresa su identidad, la de Dios. El amor con que ha sido enviado y creado, es ahora transmitido con todo su ser, pero este amor no fue bien recibido, al punto de llegar a ser despreciado y maltratado física y espiritualmente. Todo ello lo hace porque vive, siente y experimenta el amor del Padre que es un amor que acoge, perdona e invita; esto sólo es entendido por el ser humano desde aquello que percibe con sus sentidos, el cuerpo.

Gracias a su corporeidad Jesús es Él mismo haciendo de su condición física un lugar para que Dios se Revele a todo el género humano como un ser totalmente real que quiere la salvación para toda su creación. Por eso el Padre en su Hijo da un modelo a seguir, una norma de vida que sin salirse de la condición humana propone una identidad, la cual no

separa del resto de los seres humanos, al contrario, insertada en ellos, abre un camino, propone una vida, donde la experiencia no se quede en meras acciones y la condición corpórea sea el lugar que además de vincular a Dios, conduzca a un auténtico y definitivo encuentro que junto al prójimo y su corporeidad son necesarios para lograrlo. Por ello, “gracias al cuerpo podemos ser afectados, en el núcleo mismo de nuestra identidad, por algo nuevo, diferente; gracias al cuerpo acontece en nosotros la maravilla que nos transforma y conduce más allá de las propias fronteras”¹²³.

El Papa Juan Pablo II en sus catequesis sobre la teología del cuerpo, deja ver que el cuerpo representa claramente el sentido y razón de la esencia, existencia y trascendencia humana. Aunque el cuerpo pareciera ser una categoría que se comprende sencillamente a causa de su percepción sensible, su interpretación a lo largo de los siglos ha llevado a distorsionar el auténtico sentido y valor que tiene para el ser humano. Por ello el Papa se basa en tres situaciones particulares y esenciales que sustentadas bíblicamente, ayudan a ver el cuerpo con otros ojos, los ojos del corazón que sin duda alguna son el reflejo del amor de Dios, el cual sólo es percibido y transmitido una vez que Él ha entrado en la vida del ser humano. Tales situaciones son: la creación a imagen y semejanza, el pecado como experiencia que aleja y la resurrección que se espera reúna nuevamente al hombre en cuerpo y alma. Todo esto es expresado y manifestado por Jesús, quien humanamente experimentó y divinamente le llevó a crear una identidad que se convirtió en modelo y norma de vida.

La teología moral en esto ha descubierto un campo de acción que ya existía, pero que por erradas interpretaciones ha permanecido oculto y distorsionado desviando la comprensión del sentido de la esencia, existencia y trascendencia, y opacando el proyecto de vida del hombre. Este campo de acción requiere de un lugar, y que mejor lugar que el propio cuerpo del ser humano, el cual abre un camino y despeja el horizonte para que la comprensión teológica no se quede estancada o dé vueltas sobre un mismo lugar, sino vaya haciendo que la realidad humana y la realidad divina cada vez encuentren más razones y motivos que justifiquen su relación y perfecta unidad, relación que no se da provisionalmente, sino de forma permanente y eterna.

¹²³ Granados, *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*, 47.

Toda ésta interpretación, comprensión y aporte que da la teología moral no puede quedar en el aire, se necesita de un proceso que la haga entendible y comprensible a la razón humana, y más aún, a través de la experiencia de vida como fruto de ese proceso, se pueda hacer una interpretación clara y adecuada de lo que significa la realidad corporal para el hombre en sus relaciones con la naturaleza, con el prójimo y con Dios.

Este proceso necesario para apoyar la teología moral es la pedagogía, ella proporciona las herramientas necesarias para que el discurso teológico no se quede únicamente en una opinión o reflexión, sino que abra el horizonte de comprensión y haga de realidades como el cuerpo no un simple objeto material, sino el lugar adecuado y preciso para poner en función toda la experiencia adquirida por el hombre a lo largo de la historia, donde ha sabido descubrir a Dios como aquel ser divino y humano que se Revela e interpela y sale a su encuentro.

Evidentemente la pedagogía tiene como objeto de estudio la educación, ella busca que no sólo se transmitan conocimientos, valores, costumbres, sino un vivir, un experimentar, un pensar la educación de manera que se contribuya al buen proceso evolutivo del hombre desde su conocimiento hasta todo su ser físico. Educar es un proceso complejo que se ha venido haciendo, según la historia, “desde la edad antigua en culturas como la india, china, egipcia y hebrea. Durante el primer milenio a.C. se desarrollan las diferentes *paideias* griegas (arcaica, espartana, ateniense y helenística). El mundo romano asimila el helenismo también en el terreno docente, en especial gracias a Cicerón quien fue el principal impulsor de la llamada *humanitas* romana”¹²⁴. Esto deja ver que hay una preocupación del hombre por formarse e instruirse tanto de manera intelectual como en su actuar, sentir y comportarse.

La educación hace del hombre un ser en constante relación, ello le permite descubrir que su vida no es un simple cúmulo de acciones ejecutadas de forma instintiva, sino que lo que piensa, hace y siente, lo experimenta con una razón y un sentido. Gracias a ese proceso educativo es que además el ser humano se pregunta, se cuestiona y busca respuestas sobre sí mismo haciendo que la estructura del conocimiento descubra que además de su realidad

¹²⁴ Educación. Wikipedia, la enciclopedia libre. [citado el 22 de noviembre de 2012], disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Educaci%C3%B3n>

humana existe una realidad trascendente, que más adelante es conocida como una realidad divina, como Dios. De esta comprensión se puede deducir que teología moral y pedagogía caminan juntas, como ya se ha manifestado, y han de “entablar un diálogo para hacer que la fe y la educación no tomen rumbos diferentes, sino que se entrelacen para responder positivamente a una sociedad que sólo vive del consumismo y materialismo que ha invadido la época actual”¹²⁵.

José Luis Corzo en su amplia experiencia sobre la educación quiere dejar ver a través de un pequeño artículo titulado “sobre una relación compleja: Pedagogía – Teología”, que tal relación no es fácil de comprender. La teología moral como ciencia basada en la Revelación y la fe, presenta a Dios en la persona de Jesús como la norma y el modelo a seguir que conduce al hombre hacia una coherencia y una proyección de vida, manteniendo vivos y activos unos valores que le permiten adquirir cierta identidad; por su parte la pedagogía busca que el ser humano aprenda, se forme y se instruya en un mundo bombardeado por la información y cuya realidad espera una respuesta clara y bien estructurada, para hacer del hombre un ser vinculado estrechamente a la sociedad dando un aporte para la construcción de un futuro mejor.

Evidentemente cada una de estas ciencias defiende sus intereses, pero en el fondo ambas, aunque su relación pueda ser difícil, buscan ayudar al ser humano a adquirir identidad; por ello más que las diferencias hay que buscar los puntos convergentes, para que esa experiencia de vida donde Dios se hace presente, sea más comprendida y asumida, y el hombre avance hacia un horizonte que no se opaca, sino que es claro sirviendo de guía y meta para todo el género humano.

La realidad actual tiene una experiencia de vida que poco, por no decir nada, le interesa cualquier reflexión o vivencia que tenga un tinte religioso. La fe que es el camino por el cual las religiones sostienen y nutren sus creencias, en este caso particular el cristianismo, ha sido, en cierto sentido, apartado de la razón humana llevando al hombre a poner su confianza, su certeza y seguridad en cualquier elemento o forma de pensar que a nivel emocional y psicológico al menos le hace sentirse bien. Esta situación muestra que hay una

¹²⁵ Cfr. Artículo de José Luis Corzo, *Sobre una relación compleja. Pedagogía – Teología*, elaborado en Madrid el 7 de septiembre de 2010, 1.

urgencia por recuperar todos aquellos valores que la tradición independientemente de sus falencias, ha aportado no tanto a una religión particular, sino a la vida humana, a su experiencia y a su compromiso con el mundo entero. Tras esta realidad Andrés Torres Queiruga quiere expresar su pensar y sentir a través de la siguiente afirmación:

Pero cada vez es más fuerte mi convicción de que, más que las dificultades u objeciones particulares, lo que de verdad se opone a la comprensión y vivencia de esa maravilla que es la “figura de la fe” –cuando, aunque sea desde muy lejos, se ha descubierto algo del verdadero rostro del Dios de Jesús– es la deformada visión global que se ha ido configurando en el imaginario colectivo. Se proclama sinceramente su amor y su perdón, se le confiesa como salvador; pero luego se siguen alimentando imágenes, estereotipos e ideas que lo contradicen clamorosamente. Tony de Melo solía decir que de Dios decimos tranquilamente cosas que no osaríamos afirmar de ninguna persona decente. Realmente urge un gran esfuerzo de renovación de nuestro lenguaje catequético y de nuestro pensamiento teológico, a fin de ser, como enunciaba el libro famoso del obispo Robinson, mínimamente “honestos con Dios”¹²⁶.

Desde la teología moral no hay que desconocer la verdad que se esconde tras la realidad que se presenta. A través de la educación hay que aprender a descubrir los símbolos que están detrás de los signos, pues sólo allí se alcanzará una auténtica educación, ya que como se mencionó anteriormente, la educación no debe ser sólo formación o transmisión de conocimientos, sino una búsqueda constante de la verdadera realidad que ayuda a establecer relaciones humanas, a ser persona y a no ignorar el mundo que está alrededor.

Por tal razón la pedagogía en la teología moral contribuye enormemente a que el proyecto de vida del hombre no se quede en meros sentires. El proceso educativo que el ser humano experimenta, asume también la condición religiosa pero no para confundirlo, sino para sacarlo, llevarlo y formarlo e instruirlo en la fe, gracias a la cual él adquiere no tanto una postura, más bien su propia identidad como ser humano unido a Dios. Ello ayuda además a recuperar la unidad original en la que fue creado el ser humano y que por diversas interpretaciones fue perdiendo valor y validez, para así comprender que aunque el mundo

¹²⁶ Artículo de Andrés Torres Queiruga, *Creer de otra manera*, 1.

avance y el hombre junto a su entorno evolucione, Dios es parte de su humanidad y le otorga sentido y valor a su paso por el mundo.

Aunque la pedagogía como proceso educativo busque conducir, guiar, acompañar al hombre en la transformación y construcción de su vida, no siempre se tienen en cuenta aspectos tan importantes y fundamentales como el cuerpo. Por eso el descubrir y presentar el cuerpo como el lugar teológico, hace que la pedagogía no se quede estancada, sino que reflexione y actúe estratégicamente para hacer de esta categoría humana un verdadero lugar de comprensión y participación divina que hace del ser humano un ser responsable, comprometido y proyectado hacia una meta clara, cuya conducta no depende de normas y leyes humanas, sino de la norma normativa no normada por excelencia (Jesucristo) que hace del hombre un ser totalmente libre y feliz.

La percepción que a nivel educativo se tiene del cuerpo en la escuela especialmente en los jóvenes, hace que se imponga un reto pedagógico donde partiendo de una atenta escucha y diálogo, se puedan crear estrategias que aporten al crecimiento humano tanto físico como interior.

En el juego de situaciones escolares, alumnos y alumnas actúan roles sociales con cierto grado de prescripción que responden a la heteronormatividad. En particular, encontramos etiquetas referidas a modos de experimentar la sexualidad, que recrean las contradicciones de la norma: prostituta, gay, machona. La norma que regula la sexualidad considera necesaria la presencia de mujeres que se prostituyen, como contraparte de aquellas que se preservan para la vida matrimonial y el ejercicio de su función “natural”: la maternidad¹²⁷.

Realmente es un verdadero reto el que la pedagogía asume con las nuevas generaciones, un reto que no sólo afecta la educación de hombres y mujeres, sino a la fe que ellos profesan, una fe que como se presentaba anteriormente está perdiendo fuerza y valor, para diluirse en el mundo de lo superficial donde la nueva fe está ligada al aspecto físico, pues si el cuerpo se ve bien, la persona está y se siente bien. Desafortunadamente la mala interpretación e incompreensión sobre esta categoría humana ha llevado cada vez más a que hombres,

¹²⁷ Morgade, y Alonso, *Cuerpos y sexualidades en la escuela*, 59.

mujeres, niños y jóvenes del siglo XXI dirijan su mirada al cuerpo como un mero objeto, y peor aún, como una “cosa” que se puede manipular desde una intención sexual que es la encargada, según lo percibido por ellos mismos, como aquello que marca y da identidad.

Los licenciados en biología, Beatriz Goldstein y Claudio Glejzer en un artículo titulado: “Las preguntas de los y las adolescentes... comenzar por escuchar”, hacen referencia a la sexualidad como al conjunto de procesos emocionales y comportamentales en relación con el sexo que intervienen en todas las etapas de la vida de un individuo. Por ello, no aludimos solamente a la función biológica, sino también a los sentimientos y emociones, y concebimos al cuerpo en su interrelación con la cultura (Goldstein y Glejzer, 2006^a; Groisman, Rabinovich e Imberti, 1999)¹²⁸.

Es el cuerpo entonces el lugar donde convergen todo este tipo de situaciones y aspectos que a nivel humano marcan y determinan enormemente la vida. Pero a nivel pedagógico-teológico, ¿por qué no hacer que esta visión, esta postura, esta interpretación, se analice desde un campo más humano-divino donde Dios y hombre no sean una excusa religiosa, sino una razón y un sentido para vivir? El proceso educativo del ser humano ha de llevar a dar una respuesta a esta inquietud, la cual no ha de estar influenciada por posturas extremistas o conservadoras, sino por una libertad que desde el inicio le fue otorgada al hombre no para hacer lo que quiera, sino para estar en perfecta unidad con su creador y en armonía con toda la creación.

Jesús fue un ser humano que supo articular su vida con la de Dios, y aunque fue su Hijo, llegó a descubrir que realmente hay un camino trazado que lleva a la plenitud de la vida (plenitud que algunos filósofos de la edad antigua llamaron felicidad), haciendo del ser humano una realidad tanto física como espiritual que le da sentido a su existir. Por esta razón, Jesús en su experimentar corporal y espiritual entendió la voluntad de Dios, la cual lo llevaba a entregarse en cuerpo y alma por la humanidad, humanidad que no lo entendió y que siglos después hasta la época actual está más alejada de la voluntad divina, la cual sólo desea que el hombre y la mujer sean felices viviendo coherentemente y con un horizonte claro, para que su paso por el mundo a pesar de las dificultades sea experimentado en una auténtica unidad como lo fue desde su origen.

¹²⁸ Ibid., 65.

El mensaje de Cristo está cargado de elementos que ayudan a descubrir la verdadera intención de Dios con la humanidad. El evangelio es la pedagogía que invita, conduce, forma, instruye y transforma la vida del ser humano a través de una experiencia no individual sino comunitaria, es decir, que sólo en el encuentro con el otro, con el prójimo, el evangelio es entendido y asumido como auténtica norma de vida, norma que no exige, sino que invita y espera una respuesta que desde la libertad lleve a una conducta sincera que realmente cree identidad.

Tal identidad es expresada y manifestada por Jesús a través de sus acciones, Él se identifica plenamente con el Padre, el cual lo creó y envió bajo la condición humana; por eso su cuerpo aunque haya sido maltratado y exterminado, se convirtió en signo de la presencia viva y real de Dios que por medio de la realidad física se presentó al hombre tal cual es, un Dios misericordioso, amoroso y compasivo, actitudes que expresó su Hijo para con todos sin exclusión alguna.

Por tal razón ese cuerpo y ese espíritu de Jesús se quedaron en la humanidad no de forma humana, física, pero sí de manera interior, espiritual, para que el hombre fijándose en su corazón comprendiera que su cuerpo no es una cárcel o un objeto de pecado, sino el lugar de participación divina que ha de ser valorado y respetado en todo sentido, procurando siempre mantener la unidad en la que Él se nos entregó por medio de su Hijo Jesucristo.

Esta es la pedagogía que la teología moral ha de transmitir como un aporte significativo a la interpretación y comprensión del cuerpo como verdadero lugar teológico. Una pedagogía que invita a volverse a sí mismo para recuperar su condición original, la de ser creado en perfecta unidad, donde el cuerpo expresa lo que el alma siente, es decir, lo que Dios mismo transmite y que es puesto en marcha única y exclusivamente por el cuerpo, el lugar preciso para crear identidad. De esta manera la teología moral en su reflexión, abre una ventana que estaba cerrada y que ahora es parte fundamental del horizonte de comprensión sobre el ser humano, cuyos cuestionamientos aún no terminan, sino que ahora apuntan a tener una perspectiva diferente, la de su cuerpo. Por eso el saber ¿quién soy yo?, ¿qué me gusta?, ¿qué me da placer?, se integran en una sola pregunta: ¿quién soy yo corporalmente?

CONCLUSIONES

El desarrollo de este trabajo investigativo fue un gran reto para mí, pues entrar en el campo de la moral es entrar en un mundo complejo y lleno de muchos interrogantes. Incluso se pueden herir susceptibilidades de algunos teólogos morales que a lo largo del tiempo han desgastado su vida en este campo no sólo creando y acrecentando su propio conocimiento, sino generando incluso posturas que están bien arraigadas y sustentadas y han sido desarrolladas con largos años de investigación y entrega.

Inicialmente la intención al desarrollar este trabajo, y me atrevo a decir, era la misma que la de la mayoría de los estudiantes: responder a un requisito exigido por la universidad para poder obtener el título de teólogo. Pero más allá de una exigencia, este trabajo se convirtió para mí a lo largo de su proceso, en una especie de expedición, donde a medida que iba avanzando me inquietaba cada vez más por querer saber hasta dónde podía llegar mi reflexión y qué aporte podía generar como teólogo a la sociedad.

No obstante y a pesar de algunas equivocaciones y apreciaciones algo elevadas o salidas del contexto, mi anhelo es poder ser claro, primero para mí y de ahí para los demás, pues al fin de cuentas yo sé qué es lo que quiero investigar y hacia dónde quiero llegar, así por el camino el objetivo se me cambie, pero aquellos que van a consultar este trabajo, son los que finalmente han de tener la última palabra sobre si hubo claridad y si el desarrollo del tema fue lo suficientemente pertinente. Desde luego, esto lo fui corroborando a lo largo del proceso y gracias a la ayuda de mi tutor, pude tener claridad en mi intención investigativa y por ende ser claro con aquellos quienes crean les puede generar un aporte.

Por todo esto considero y concluyo diciendo que:

Desde el inicio de la investigación la pregunta responde de manera clara y objetiva a un problema real sobre la categoría cuerpo. Ciertamente hablar sobre el cuerpo resulta algo confuso y más aún si este tema ha sido tan influenciado por culturas tan antiguas como la griega, que hasta la época actual sigue pesando ese pensamiento en la reflexión hecha sobre el cuerpo. Comprendí que como teólogo es importante dar un aporte en cuanto a todo lo que sobre el hombre se trate y más en un tiempo como el actual, donde la comprensión humana cada vez está más alejada de su referente divino, Dios, en la persona de Jesús. Para

mí fue claro entender que la ciencia teológica, particularmente la teología moral, tiene tanto que decir sobre el hombre, que ésta investigación es apenas un abre bocas a la gama de reflexiones que sobre el ser humano se pueden hacer, y mejor aún si tal reflexión puede volverse acción, es decir, que no baste con plantear teorías, sino que ellas lleven a un actuar donde el hombre crezca y descubra cada vez más su cercanía, vínculo y unidad con Dios.

Vislumbré gracias al objetivo general y los objetivos específicos, un horizonte que al parecer estaba opaco ante la mirada absorta de la teología moral, una mirada que parecía perderse en las nubes de una tradición, que no es errada, pero sí condiciona y hace del obrar humano una monotonía enterrando por completo al hombre y haciendo que su camino sea el mismo que se ha recorrido por tantos y tantos años por generaciones anteriores. Bien decía Juan Masia Clavel S.J.: “si antes del Concilio Vaticano predominaban en teología moral las señalizaciones de sentido único o dirección prohibida, en la situación actual son frecuentes los atascos, a pesar de haberse multiplicado las autovías”¹²⁹. Con esta reflexión el objetivo general fue claro y a la vez ambicioso al querer identificar aquellos aspectos que constituyen y caracterizan al cuerpo como cauce de una reflexión moral, que principalmente busca dejar de ver el cuerpo como un objeto para verlo y observarlo como el lugar donde Dios se hace presente y nos hace uno con Él.

A nivel de temática me aproximé y comprendí en primer lugar la teología moral y lo que ella reflexiona sobre el cuerpo. Allí descubrí que su mirada siempre ha estado puesta hacia el género humano, hacia su obrar y sobre todo hacia esa participación divina que desde la Revelación abre los ojos del ser humano haciendo que éste dé una respuesta, la cual gracias a la fe le hace estar convencido y seguro de que Dios está en su vida y le invita a caminar y estar con Él. En esa comprensión entendí además que es fundamental su relación con las demás ciencias, pues ellas aportan elementos y aspectos claves para entender la realidad humana. El cuerpo para la teología moral es una perspectiva nueva que abre su campo de acción sobre la realidad humana, donde el obrar del hombre está encaminado hacia una búsqueda de sentido cuyo modelo base es Jesucristo.

En segundo lugar caractericé y comprendí la categoría cuerpo desde las catequesis de Juan Pablo II. En ellas descubrí que realmente el hombre en todo sentido y por donde se le

¹²⁹ Masia, *Moral de interrogaciones. Criterios de discernimiento y decisión*, 8.

observe, está estrechamente ligado y vinculado a Dios a través de su Hijo Jesucristo. El Papa tuvo una intención inicial con sus catequesis, enfocó su mirada hacia el matrimonio pero encontró una realidad que antecede ese vínculo y es la realidad corporal; de allí surge toda una teología del cuerpo que quiere convertirse en el nuevo horizonte de la teología y que me ayudó a comprender y argumentar que el cuerpo tiene todas las herramientas necesarias para ser el auténtico lugar teológico, desde el cual se asuma mejor la realidad Dios en la vida humana y se pueda llegar a un obrar con sentido y coherencia.

Auténticamente el cuerpo es la base sobre la cual se construyen las relaciones humanas, pues a través de él el hombre se expresa, se relaciona con sus semejantes y puede transmitir aquello que a su interior le ha sido transmitido desde el momento de su creación, el amor. Es claro para mí ahora, que el cuerpo no es algo puramente físico, es un todo que junto al alma crean unidad en el hombre, y una unidad que directamente se dirige hacia Dios. La imagen de ese buen Dios que creó al hombre es la imagen que física y espiritualmente se posee; esa imagen hace del ser humano un ser auténtico y a la vez distinto de los demás seres creados. A esta imagen se le une el pecado y el fin al cual ha de llegar, todo ello dejando ver que el cuerpo no es una simple prisión del alma como lo manifestaba Platón, sino todo lo contrario, un lugar que alberga el sentido y la razón de la esencia, existencia y trascendencia humana.

Vislumbré además, gracias a las catequesis, que el cuerpo cobra forma y vida, es la persona de Jesús quien mejor representa el cuerpo y el espíritu de Dios, es gracias a Él que la conducta del ser humano no son simples acciones instintivas, es todo un obrar con sentido que siempre ha de llevar al ser humano a buscar el bien, pues eso es lo que Dios quiere y tiene trazado para él. Esto me hace razonar y comprender que el cuerpo siendo lugar teológico tiene su incidencia en la teología moral. Sin duda alguna el obrar humano no sólo necesita de un cuerpo físico, necesita de un cuerpo lugar que le haga entender que cada gesto, cada acto ha de estar dirigido hacia el bien tanto propio como común. Evidentemente no se puede obrar sin una intención, pero esa intención ha de ser la intención de Dios, el cual solo quiere la felicidad para el hombre, y aunque existan intenciones negativas o “malas”, el obrar no se produce por un objeto, sino por un cuerpo con alma que le hace ver cuál es el

camino adecuado a seguir y estoy seguro que en ese camino siempre está Jesucristo guiando y orientando cada paso que se da.

Finalmente analicé y comprendí que la teología moral tiene el reto de convertirse en una pedagogía del cuerpo. Esto puede sonar algo extraño, pero no sólo en el fondo, ni en la reflexión, sino en la práctica es donde tiene sentido, razón y coherencia. Si el cuerpo es el auténtico lugar, ese lugar necesita de una manera, una forma que lo haga ser entendido y comprendido, y más aún, que lleve al hombre a entender que su obrar es una forma a través de la cual se educa. Gracias a la pedagogía es que el ser humano más que aprender adquiere herramientas necesarias para avanzar en la vida; esto lo hace un ser con metas, propósitos y con un camino trazado que lo único que necesita es ser descubierto.

Para la teología moral asumir el reto de ser una pedagogía del cuerpo, es una oportunidad de abrir puertas y ventanas a una época que pide claridad sobre sus reflexiones. El hombre como bien se ha dicho es un ser racional y esto le ha permitido entender muchas cosas que eran confusas, incluyendo a Dios mismo, y que ahora son un poco más claras, aunque ¡por supuesto!, aún hay cuestionamientos que esperan ser clarificados. Esto me ayudó a comprender que la teología moral siempre ha estado unida a la pedagogía, pues si no fuera así, nuestro actuar sería como el de los animales, pero es gracias a ella que el hombre ha podido avanzar dando pasos grandes dejando herramientas claves para que cada generación busque mejorar y así avance hacia un mejor futuro. Esta unión indudablemente conduce a un aporte, y considero que el mejor de los aportes es ayudar al hombre a construir su identidad. Aunque por la cultura el hombre adquiere identidad, la auténtica identidad humana es aquella que se construye junto a Dios. Prueba de ello es la persona de Jesús, quien en todo momento se identificó con el Padre mostrando que Él era el Padre; “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14, 9).

Para mí y gracias a esta investigación, la teología moral, independientemente de su tradición, es toda una ciencia pedagógica, y no porque pueda ser enseñada, sino porque deja ver que el hombre a lo largo de su vida entra en un proceso, donde Dios en su Hijo Jesucristo pedagógicamente está acompañando y guiando su obrar, para que siempre su vida esté orientada hacia el bien y por ende hacia la plena felicidad. Un hombre que es educado y formado pedagógicamente, es un hombre que crece y hace crecer la sociedad,

pero un hombre que además de su educación obra con Dios en su corazón, es un hombre que hace de todos sus actos un camino que edifica un mundo mejor. Ahora, esos actos no tienen otra forma de manifestarse que a través del cuerpo, por ello este se convierte en el lugar propicio para que junto a los demás, construyan el mundo. Si esto es claro para la teología moral, el reto de convertirse en una pedagogía del cuerpo, no la ha de asustar, al contrario, la ha de llevar a ampliar su reflexión y a ser un punto de apoyo para que la vida moral del hombre no sea un asumir normas y reglas por obligación, sino un completo abandono en la única ley y norma con auténtico sentido, Jesucristo.

Con esta investigación no sólo queda claro el gran reto y la justificación que tiene la teología moral de convertirse en una pedagogía del cuerpo, sino que abre una nueva posibilidad de ver y asumir la categoría cuerpo descubriendo en él todo un lenguaje que enriquece y construye la comprensión sobre el ser humano. Ese cuerpo que tanto ha sido criticado, juzgado y maltratado físicamente a lo largo de los siglos, es ahora el lugar sobre el cual están puestos los ojos de la teología moral y ella quiere darle una visión más profunda, más clara y más abierta donde realmente se invite a una inclusión y acogida de todo el género humano.

A través de esta investigación se deja claro entonces que la categoría cuerpo es una realidad humana que aún necesita seguir siendo explorada y una interesante manera de hacerlo sería desde el aporte de una teología de género, donde sin duda alguna la mujer quien ha sido la más afectada en su corporeidad pueda contribuir en la construcción de una identidad humana basada en el respeto y la igualdad, ya que Dios no la creó como un objeto, sino como un ser humano que complementa y forma unidad junto al hombre para así edificar el mundo. De esta manera a posteriori queda abierta la posibilidad de explorar con mayor profundidad la línea de género, enriqueciendo así no sólo la reflexión sino el aporte que la teología, puntualmente la teología moral le da al hombre en su experiencia humana, donde Dios se hace partícipe de manera plena.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Carl A., y Granados José. *Llamados al amor: Teología del cuerpo en Juan Pablo II*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2011.

Baena, Gustavo, y Arango José Roberto. *Introducción al Antiguo Testamento e historia de Israel*. Bogotá: Colección apuntes de teología, 2006.

Bayer, Raymond. *Historia de la estética*. México: Fondo de cultura económica, 1965.

Bravo, Carlos S.J. *El marco antropológico de la fe*. Bogotá: Universidad Javeriana Facultad de Teología, 1993.

Calvo Cubillo, Quintín. *El placer en la ética cristiana*. Navarra: Verbo Divino, 2008.

Carrera, Jorge José. “El amor humano en el plan divino: la redención del cuerpo y la sacramentalidad del matrimonio en el pensamiento de Juan Pablo II”. *Franciscanum Revista de las ciencias del Espíritu* Vol. 37, No. 111 (1995): 271-394.

Concilio Vaticano II.

Corbin, Alain, Courtine, Jean-Jacques, y Vigarello, Georges. *Historia del cuerpo*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2005.

Demmer, Klaus. *Introducción a la teología moral*. Pamplona: Verbo Divino, 1994.

Gevaert, Joseph. *El problema del hombre: Introducción a la antropología filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1997.

González B., Edith, y Remolina de Cleves, Nahyr. *Aprender a investigar investigando*. Bogotá: Ediciones Induamerican Spres, 2000.

Granados, José. *Teología de la carne: El cuerpo en la historia de su salvación*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2012.

Häring, Bernhard. *La moral y la persona*. Barcelona: Herder, 1973.

Iglesia Católica. Conferencia Episcopal de Colombia. *Compromiso moral del cristiano*. Bogotá: Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano, 1988.

Instituto Internacional de Teología a Distancia. *Iniciación a la antropología*. Madrid: Instituto Internacional de Teología a Distancia, 1994.

Ladaria, Luis. *Introducción a la antropología teológica*. Estella: Verbo Divino, 1993.

Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2006.

López Azpitarte, Eduardo. *Hacia un nuevo rostro de la moral cristiana*. México: Universidad Iberoamericana, 2000.

Luzuriaga, Lorenzo. *Historia de la educación y de la pedagogía*. Buenos Aires: Editorial Losada S.A., 1980.

Masia Clavel, Juan. *Moral de interrogaciones criterios de discernimiento y decisión*. Madrid: PPC, 2000.

Meis W., Anneliese. "El rostro del otro: Acercamientos recientes a la antropología teológica". *Teología y Vida* Vol. 39, (1998): 13-38.

Mifsud, Tony. *Moral fundamental, el discernimiento cristiano*. Bogotá: CELAM, 2002.

Morgade, Graciela, y Alonso, Graciela. *Cuerpos y sexualidades en la escuela: De la "normalidad" a la disidencia*. Buenos Aires: Paidós, 2008.

Múnera Duque, Alberto. *Moral: líneas para una teología moral general*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, colección profesores No. 1, 1976.

Rodríguez, Cira Morano. *Ídolos del siglo XXI tecnocracia, culto al cuerpo y fundamentalismo religioso*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2007.

Rossi, Leandro, y Valsecchi Ambrogio. *Diccionario enciclopédico de teología moral*. Roma: Ediciones Paulinas, 1973.

Uhl, Siegfried. *Los medios de educación moral y su eficacia*. Barcelona: Herder, 1997.

Varone, François. *El dios sádico; ¿Ama Dios el sufrimiento?* Santander: Sal Terrae, 1985.

Veritatis Splendor.

Vidal, Marciano. *Moral Fundamental (Moral de actitudes I)*. Madrid: Editorial Covarrubias, 1990.

Vidal, Marciano. *Moral de actitudes II. Ética de la persona*. Madrid: Editorial Covarrubias, 1977.

Viñolas Marlet, Joaquín. *El culto al cuerpo el cuerpo como proyecto en las sociedades consumistas*. Madrid: Bubok Publishing S.L., 2009.

Autores/as con perspectiva de género: Mara Viveros; Emma Martínez Ocaña; Elisa Estévez; Socorro Vivas; María Teresa Porcile; Mercedes Navarro; Leonardo Boff y Ross Muraro; Ivonne Gebara; Trinidad León; Juan José Tamayo.

CIBERGRAFÍA

Características de la investigación documental. [citado el 19 de febrero de 2012], disponible en: <http://www.mitecnologico.com/Main/CaracteristicasInvestigacionDocumental>

Catequesis “sobre la teología del cuerpo” en Juan Pablo II. El Magisterio de la Iglesia: Sobre la sexualidad – Matrimonio – Familia. [citado el 11 de febrero de 2012], disponible en: <http://www.mscperu.org/matrimofam/1matrimonio/1catTeolCuerp/teolcuer00Ind.htm>

Comunicadores católicos. Dignidad y Derechos Humanos. “El hombre está creado a imagen de Dios, pero no es Dios; recuerda un teólogo del Vaticano. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: <http://es.catholic.net/comunicadorescatolicos/581/2946/articulo.php?id=19510>

Teología del cuerpo. “Visión del Papa Juan Pablo II sobre el amor humano”. [citado el 11 de febrero de 2012], disponible en: http://www.corazones.org/santos/juan_pablo2/Teologia%20del%20cuerpo/teologia_frontal.htm

Lago García, Carlos. “Antropología filosófica: el ser humano como problema filosófico” (noviembre de 2007) [citado el 26 de octubre de 2012], disponible en: http://cita.eap.edu/moodle/pluginfile.php/1831/mod_resource/content/1/Filosofia/Antropologia_Filosofica.pdf

Gran Enciclopedia Rialp: “Humanidades y Ciencia”. [citado el 2 de noviembre de 2012], disponible en: http://www.canalsocial.net/ger/ficha_GER.asp?id=5667&cat=filosofia

Comisión Teológica Internacional. “Comunión y Servicio: La persona humana creada a imagen de Dios”. [citado el 04 de octubre de 2012], disponible en: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_con_cfaith_doc_20040723_communion-stewardship_sp.html

“Resurrección de los muertos”. VocTEO. [citado el 09 de noviembre de 2012], disponible en: http://mercaba.org/VocTEO/R/resurreccion_de_los_muertos.htm

Adorni, Mariano. “Transformaciones del cuerpo en las diferentes etapas de la historia”. [citado el 10 de noviembre de 2012], disponible en: <http://viref.udea.edu.co/contenido/pdf/119-transformaciones.pdf>

Fundación educativa Héctor A. García. “Educación y Pedagogía”. [citado el 06 de diciembre de 2012], disponible en: http://www.proyectosalohogar.com/Enciclopedia/NE_educacion.htm

Wenceslao Verdugo Rojas. Instituto Pedagógico de Posgrado de Sonora. “¿Qué es educación? (o qué representa)”. [citado el 06 de diciembre de 2012], disponible en: <http://www.slideshare.net/wenceslao/qu-es-educacion#btnPrevious>

Gatti, G. “Educación Moral; Teología Moral”. [citado el 07 de diciembre de 2012], disponible en: http://mercaba.org/DicTM/TM_educacion_moral.htm

Educación. Wikipedia, la enciclopedia libre. [citado el 22 de noviembre de 2012], disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Educaci%C3%B3n>